



SEIS TESTIGOS SENTENCIADOS

peter debry

Los seis testigos convocados por la honorable acusación efectuaron ya sus declaraciones. Someto a la consideración del tribunal mi absoluto convencimiento de que la petición fiscal en el sentido de proceder a un breve y nuevo interrogatorio de los seis testigos de cargo, carece de fundamento legal.

Y sentándose, el abogado defensor aguardó el dictamen de la mesa presidencial.

Bi abogado fiscal, Norman Sanders, parecía muy absorto en la insistente contemplación de la procesada.

Muriel Kendal era casi translúcida en su frágil esbeltez. Sus facciones poseían una delicada belleza, de exangüe palidez. Facciones exquisitas, pero con un matiz contradictorio: los negrísimos ojos de fría dureza.

—Atendiendo a la sugerencia de la defensa, exponga la acusación las razones legales por las que considera pertinente un nuevo interrogatorio —manifestó el magistrado rector del debate procesal.



Peter Debry

Seis testigos sentenciados

Bolsilibros - Servicio Secreto - 685

ePub r1.0
LDS 20.10.17

Título original: *Seis testigos sentenciados*
Peter Debry, 1963
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Seis TESTIGOS sentenciados

por PETER DEBRY



CAPÍTULO PRIMERO

Los seis testigos convocados por la honorable acusación efectuaron ya sus declaraciones. Someto a la consideración del tribunal mi absoluto convencimiento de que la petición fiscal en el sentido de proceder a un breve y nuevo interrogatorio de los seis testigos de cargo, carece de fundamento legal.

Y sentándose, el abogado defensor aguardó el dictamen de la mesa presidencial.

Bi abogado fiscal, Norman Sanders, parecía muy absorto en la insistente contemplación de la procesada.

Muriel Kendal era casi translúcida en su frágil esbeltez. Sus facciones poseían una delicada belleza, de exangüe palidez. Facciones exquisitas, pero con un matiz contradictorio: los negrísimos ojos de fría dureza.

—Atendiendo a la sugerencia de la defensa, exponga la acusación las razones legales por las que considera pertinente un nuevo interrogatorio —manifestó el magistrado rector del debate procesal.

Abandonando su asiento, Norman Sanders avanzó con parsimonia, inserto el pulgar diestro en una abertura de la toga. Rectificó el ángulo de su blanca peluca dirigiéndose a la tarima de les jurados.

—Los precedentes interrogatorios tendieron exclusivamente a dilucidar la existencia de hechos que se escalonan desde el notorio abuso de confianza y la más ruin de las ingratitudes, hasta el infame envenenamiento progresivo de dos seres indefensos. El interrogatorios que ahora solicito, lo fundamento legalmente en la demora inevitable para la consecución de un cúmulo de pruebas, obtenidas a última hora, y que demuestran un nuevo delito hasta

ahora no encausado. Un delito que supera en maldad al doble asesinato que estamos juzgando.

Norman Sanders adelantó las manos en gesto efectista que ampliaba el vuelo de las mangas. Y añadió:

—Encarecidamente suplico que me sea permitido, con la ayuda de varios testigos, demostrar que la procesada Muriel Kendal sólo puede aspirar a la misericordia divina, no a la terrenal.

El magistrado consultó con la mirada a sus dos auxiliares y decretó:

—Sean llamados los testigos de cargo que la acusación solicite.

—¡Carol Charmer! —proclamó el ujier, repitiendo los nombres indicados por el fiscal.

Carol Charmer ofrecía un saludable aspecto de provinciana elegante. No demostró estar cohibida y había contestado con llana precisión.

El fiscal Sanders tenía fama de sonreír poco.

—En la presente ocasión, señorita Charmer, abreviaré —anunció con grave expresión—. Reitero que en Caleyham, usted ocupa el cargo de auxiliar en la farmacia del licenciado Sheridan. Ha llegado ahora a mis manos un atestado en el que figura una conversación sostenida entre usted y el licenciado Sheridan. El tema principal de la conversación se refería a la intensa expresión de horror desorbitado que alentaba en el muerto semblante de Irene Roos, ¿es cierto o no?

—En estos momentos, no recuerdo exactamente.

—Haremos memoria, señorita Charmer —y miró Sanders la cartulina que acababa de extraer del puño de su camisa—: Atestado de la conversación sostenida el día 9 de setiembre del año en curso, en el laboratorio de la farmacia Sheridan, entre el licenciado Sheridan y usted. Oída desde el mostrador por el agente de policía Hilary Cobb y comentada por éste con su colega Cyril Wilmot, en su referencia a la expresión de terror desorbitado que plasmaba el muerto rostro de Irene Roos. ¿Recuerda ahora, señorita Charmer, sí o no?

—Efectivamente, ahora recuerdo que el señor Sheridan aludió… a la expresión desorbitada de la señora Irene Roos.

—Nada más, gracias. Solicito la presencia de Basil Bond.

Instantes después, en la silla de testigo, Basil Bond, alto y de

aspecto ascético, escrutó el semblante impasible del fiscal.

—Doctor Bond, en su calidad de experto, le ruego me ilustre sobre la graduación entre una impresión que asusta, un ruido que atemoriza, un hecho que produce miedo y un… ¿cómo diría yo?… un sobrecogimiento de ánimo que provoca terror. Resumiendo: ¿Puede especificarme los grados de escala progresiva entre el susto, el temor, el miedo y el terror?

—La respuesta pertenece más bien a un sicólogo.

—Y usted es médico por profesión, aunque sicólogo por hábito. Le consulto en su calidad de médico. Un susto ¿paraliza el corazón?

—Acelera más bien la circulación sanguínea.

—El terror, ¿puede paralizar el corazón?

—Depende de la constitución orgánica del sujeto.

—Dos seres débiles, enfermizos y muy impresionables. La señora Irene Roos y su hermana Lucy. Muertas en un lapso de dos meses. Irene Roos, por afrente ataque cardíaco. Lucy Roos, por idéntico diagnóstico.

—Mis diagnósticos, señor fiscal, fueron corroborados por el forense y el juez comarcal, en funciones de «coroner». El nitrato de estricnina es un alcaloide que se localiza en la médula espinal y provoca la muerte por paralización del corazón —definió el doctor Bond adustamente.

—Nadie puso jamás en duda su pericia, doctor. Si se procedió a la exhumación de los dos cuerpos, fue por expresa petición del también testigo, el sargento Howard Mason. Reitero, doctor Bond: ¿es lenta la acción corrosiva y mortal del alcaloide que mencionó?

—Lenta.

—¿Con huellas visibles en vida?

—Sin aparentes huellas.

—¿Produce terror en la víctima?

—No.

—Su rotunda negativa, doctor Bond, es la que deseaba oír. La expresión facial de Irene Roos en su lecho de muerte, era de intenso horror, ¿sí o no?

—Un espasmo de dolor puede…

—Perdón por atajarle, doctor. El sentimiento que expresaba el semblante de Irene Roos, era un intenso pavor, ¿sí o no?

—No as posible definir con exactitud, porque la facies «*post*

mortem» presenta…

Le interrumpió Sanders, enseñándole una cartulina, antes de leer:

—Atestado de la conversación sostenida el 10 de octubre del año en curso. Hablan el sargento Howard Mason y el doctor Basil Bond. «Sí, en efecto», admite el doctor Bond. «En la faz de Irene Roos se plasmaba una contracción de infinito pánico»… Comprendo ahora sus reticencias, doctor. Yo empleé los términos terror, horror y pavor. Emplearé ahora su calificación, ¿era o no de infinito pánico la tan mencionada expresión facial?

—Sí.

—Muchas gracias, doctor Bond. Solicito la presencia de Sheila Price.

Una mujer, pasada la cincuentena, de hombros contrahechos, grises cabellos, gafas oscuras y vistiendo anticuadamente, contempló con mucho recelo al fiscal.

—Señora Price, pese a su condición de quiromántica, echadora de cartas y pitonisa local, rió pudo predecir el próximo fin trágico de las hermanas Roos. Pero sin recurrir a sus dotes cabalísticas, usted, señora Price, supo calificar de «temor a lo sobrenatural», la contracción que desfiguraba los rostros de las dos víctimas. ¿Sí o no?

Mostró el fiscal la cartulina y la testigo replicó agudamente:

—En una conversación banal yo pude…

—¿Dijo sí o no que era «temor a lo sobrenatural» el pánico infinito de las hermanas Roos?

—Sí. Lo dije, porque…

—Nada más. Gracias, señora Price. No abuso más de sus dotes. Solicito la presencia de Howard Mason.

Un individuo de facciones regulares y maciza complexión, ocupó el asiento abandonado por la pitonisa pueblerina.

—En su calidad de sargento de policía, y máxima autoridad investigadora en la localidad de Caleyham, sus respuestas me evitarán tener que convocar nuevamente a la señora Mary Atkins, hotelera, y al licenciado Vince Sheridan, farmacéutico. Cuando el día 12 del pasado agosto falleció la señorita Lucy Roos, aparentemente de muerte producida por crisis cardíaca, circuló el rumor de que Lucy Roos era muy propensa a temores y

lógicamente, si dicha expresión de temor persistió en su último aliento, no le llamó la atención. ¿Le llamó la atención, sargento Mason?

—No. Entonces, no.

—Ahora bien, al tener lugar el segundo fallecimiento, el del único miembro restante de la familia Roos, usted, tres días después, solicitó y consiguió la exhumación. Por favor, repítame en qué se basó para solicitar la exhumación.

Howard Mason se acarició la saliente mandíbula inferior. Era lento y precavido en sus manifestaciones.

—Me basé en datos que me facilitó el licenciado Sheridan, sobre las dosis infinitesimales de tóxico, contenidas en productos reconstituyentes destinados a uso terapéutico.

—Productos que le habían sido expedidos a Muriel Kendal, institutriz y dama de compañía, que tenía el privilegio de ser remunerada y convivir bajo el mismo techo de las hermanas Roos. Las dosis infinitesimales a que usted alude, se hallaban en los productos reconstituyentes, que lo habrían sido de ser administrados normalmente. Pero Muriel Kendal…

El abogado defensor se levantó agitando los brazos, dispuesto a protestar. Dijo Sanders rápidamente:

—De acuerdo, señor defensor. Y todos estamos de acuerdo en que se halló en dosis abundante, el veneno contenido en los productos de farmacopea adquiridos por Muriel Kendal. El veneno se halló en el organismo de las dos víctimas. Por favor, sargento Mason, ¿qué le sugiere la mención de gritos de terror, alaridos de pánico y chillidos horrorizados?

Howard Mason se acarició la mandíbula inferior.

—He sido poco concreto, sargento Mason. Discúlpeme. Esta misma mañana ha obtenido usted la última declaración de las cinco que reunió. Hecho que causó la demora y obligó a la petición de nuevo interrogatorio. Los cinco testigos cuja presencia solicité, además de la suya, han sido: Carol Charmer, Basil Bond, Mary Atkins, Vince Sheridan y Sheila Price. Entre ellos, y por razones diversas, comentaron que el día anterior a la muerte de Irene Roos, se oyeron, procedentes de la casa propiedad de Irene Roos… —y girando la cartulina, leyó el fiscal en el reverso—: «Gritos de terror», admitid Mary Atkins. Los mismos calificativos emplearon

Carol Charmer y Basil Bond. «Chillidos horrorizados», declaro Vince Sheridan. «Alaridos de pánico sobrenatural», afirmó Sheila Price. Fueron éstas las últimas manifestaciones que usted obtuvo, ¿cierto o no, sargento?

—Cierto.

—Muchas gracias, sargento Mason. Solicito la presencia como testigo, de Muriel Kendal.

—¡Protesto con la máxima energía! —exclamó airado el defensor—. Me opongo rotundamente a que sea citada como testigo mi defendida.

—Oposición denegada. Se han presentado nuevos aspectos en la acusación —dictaminó el magistrado—. Debe usted trasladarse sin escolta al estrado de testigos, Muriel Kendal.

La procesada se dirigió al sitio que señalaba el juez.

Alta y de sinuosa flexibilidad, vestía un severo traje sastre gris oscuro. Sus largos cabellos rubios se recogían en ancho rodete tras la nuca.

Al sentarse, examinó con aparente serenidad a Norman Sanders. Pero sus negras pupilas condensaban rencor.

—La galantería cede por completo el paso a mi repulsión, Muriel Kendal. De acuerdo, señor defensor. Sin comentarios personales.

Volvió a sentarse el aludido, y prosiguió Sanders:

—Los comentarios los hemos oído anteriormente y con gran repugnancia íntima. Visitó usted repetidamente a Sheila Price, ¿cierto o no?

—Para hacerla desistir de su pasatiempo, impropio de una persona culta —alegó Muriel Kendal.

—Pero la señora Price ha declarado hoy que usted es espiritista ferviente.

Y Norman Sanders hizo una pausa, mirando hacia los jurados.

La procesada cerró los ojos.

—La procesada que hasta ahora demostró firmeza y aplomo, presenta ahora un lamentable aspecto de repentino odio inquieto. ¿Hacia mí? Lo celebro. Reconozco que no debí retener hasta última hora esta revelación. Si lo hice, fue porque el eficaz significado de esta revelación, sólo quedaría endenté al poderse aunar a las recientes declaraciones mencionando gritos, chillidos y alaridos de pánico sobrenatural. ¡Usted los provocó, Muriel Kendal!

La procesada contemplaba a Sanders con intenso odio. Añadió el fiscal:

—Por escrito y firmado, aparece expuesto su persistente intento de obtener de Sheila Price una involuntaria colaboración en la credulidad de las hermanas Roos. Concretamente, usted, Muriel Kendal, solicitó que Sheila Price confirmase la posibilidad de apariciones ultraterrenales.

—Reconozco haberle preguntado por curiosidad…

—¡No, no y no! —atajó Sanders aplicando, con cada negativa, un golpe en la palma de su diestra abierta, con el canto de la zurda —. Admito reticencias en honestos testigos y tolero mentiras en vulgares asesinos. Pero execro la maldad y detesto la ruindad infamante de la que abusó de la generosidad de dos pobres seres, laborando con lenta e inhumana perversidad en el progresivo envenenamiento de Lucy e Irene Roos, y en la muerte por terror impuesta a Irene Roos, por usted, en sus prisas codiciosas por heredar, Muriel Kendal. Renuncio a más preguntas.

El alegato de la defensa se basó principalmente en la falta de pruebas fehacientes de que Muriel Kendal administrase el veneno.

La requisitoria fiscal fue leída en la Prensa, con verdadera avidez por la población de Caleyham, localidad situada a cincuenta kilómetros al nordeste de Londres.

Los párrafos más comentados fueron los siguientes:

> «La honorable defensa en cuya conciencia impera la obligación profesional, sugirió delicadamente, sin insistir, que el máximo delito imputable a Muriel Kendal pudo ser la aplicación de la eutanasia. Para abreviar sufrimientos, alegaría algún pseudofilósofo. Pero la ley divina y humana nos imponen la fe en el medicamento salvador. Y esta fe debe alentar siempre.
>
> »Si suprimimos la obligatoriedad de esta esperanza, ¡cuántos crímenes se cometerían en nombre de una falsa piedad que ningún ser humano, sin arrogarse derechos divinos, puede aplicar!
>
> «El maligno, el monstruoso proyecto de Muriel Kendal, estuvo a punto de dar resultado. Los

diagnósticos fueron muerte por ataque cardíaco, en Lucy Roos. De muerte por síncope en Irene Roos. Pero los comentarios de seis testigos condujeron a la exhumación de los dos cuerpos.

»La defensa pide el beneficio de la duda y pretende abrumar a seis testigos de cargo, acusándoles de haber estado presentes en el exacto momento en que Muriel Kendal administraba a diario el mortal veneno. Realmente, los seis testigos, con toda su mayor y buena voluntad, no pudieron llevar a tal extremo su colaboración.

»Un licenciado en farmacia y su auxiliar, registraron la venta del preparado conteniendo nitrato de estricnina. Un tónico que es reconstituyente aplicado en las dosis prescritas. Un lento veneno corrosivo o implacable, absorbido en dosis mayores. La doble exhumación reveló la presencia del tóxico. ¿Lo administró a Lucy Roos su hermana Irene? Irene Roos estaba incapacitada, desde años antes, por parálisis de ataxia en el torso y brazos. En la casa sólo residían las hermanas Roos y Muriel Kendal, quien las atendía en su doble empleo de institutriz para Lucy Roos y de enfermera para Irene Roos.

»Un doctor en medicina, un funcionario de la policía local, la dueña de la hostería de Caleyham, un licenciado en farmacia, su auxiliar, y una inofensiva quiromántica muy local y provinciana, añadieron los datos precisos con sus alusiones a gritos de horror, prácticas de espiritismo simulado, ya que otro no existe, y mentaren la disposición en legado, por la cual al fallecimiento de Lucy Irene Roos, pasaba Muriel Kendal a ser propietaria de la mansión Roos y de los demás bienes bancarios.

»Esta sala no puede albergar la menor piedad para una serie de crímenes de tanta monstruosidad. Muriel

> Kendal demostró su gratitud administrando veneno, acechando solapadamente el progreso del tóxico, el progreso de la lenta muerte en sus benefactores, lloriqueando ante la tumba de su primera víctima y exasperándose frente a la resistencia que el minado organismo de Irene Roos le oponía para el pronto disfrute de una confortable renta que aseguraba su porvenir. El porvenir de Muriel Kendal.
>
> »Pero no hay porvenir en Inglaterra para los asesinos.
>
> »Nunca, en el ejercicio de mi profesión, he solicitado con tan gran fervor y ansiedad la pena de muerte. Único y limitado castigo que me es posible solicitar para Muriel Kendal. He dicho».

La Prensa añadía diversas versiones del incidente provocado por Muriel Kendal, que sin el menor decoro británico, descompuesto el semblante, se encaró con los seis testigos de cargo, gritando:

—¡Os maldigo a los seis! ¡Os maldeciré desde el fondo de mi tumba! Y uno tras otro, enloqueceréis de terror.

Pudo ella, lanzar sus imprecaciones, porque el tribunal le había concedido el uso de la palabra.

Quince días después, Muriel Kendal subió al patíbulo y fue encapuchada bajo el nudo corredizo.

Circularon versiones extraoficiales «fidedignas», relatando que la sentenciada, en el corto trayecto hasta quedar encapuchada sobre la plataforma que había de ceder bajo su peso, lanzaba maldiciones contra los seis testigos de cargo y el fiscal Norman Sanders.

Debatiéndose con epilépticas convulsiones afirmó con agudos gritos que la muerte visitaría en fecha cercana a los seis testigos y al fiscal Sanders.

Cinco días después del amanecer en que fue ejecutada Muriel Kendal, el fiscal Norman Sanders recibió un telegrama a media tarde. Procedía de Caleyham y lo firmaba el sargento de policía Howard Mason.

«RUEGO SU INMEDIATA PRESENCIA ANTE PRENSA INTERVENGA *STOP* DOCTOR BASIL BOD MUERTO EN EXTRAÑAS CIRCUNSTANCIAS ESTA MADRUGADA».

CAPÍTULO II

Telma Smith se observó críticamente en el espejo y dijo:

—Las mangas abullonadas no me sientan nada bien, pero nada, Tess. Y aquí en las caderas, este pliegue o frunce, me engorda. Este vestido de noche me cae mal, malísimo, Tess.

La modista sonrió complaciente:

—Usted no puede ser juez imparcial, señorita Smith. Este modelo es ideal para usted porque pone de realce su magnífica prestancia. Joan dice que tiene usted la figura de una marquesa francesa del siglo XVIII.

—Esto es lo malo. Desde entonces han pasado trescientos años. Voy a consultar a mi sobrino.

Norman Sanders, en el despacho privado de la mansión Sanders, introducía en una cartera la copia del proceso Roos-Kendal.

—Tienes que darme tu opinión, Norman —dijo Telina Smith, entrando.

Avanzó unos pasos, y arqueados los antebrazos a cierta distancia del opulento busto, describió dos lentas vueltas al estilo maniquí.

El negro tejido sedoso moldeaba una carnación lozana y atractiva, los encajes del cuadrado escote alentaban expectantes.

—Yo, que lo he de llevar, encuentro muy arcaico este modelo de Tess, ¿verdad que sí? Dime que sí.

—No has venido a que te diga que no. Ya conoces mi parecer, Telma. Dada la abundancia de neuróticas esqueléticas y desgreñadas, tu figura saludable y preciosista es un encanto. Y ahora, déjame en paz.

—Dice Tess que parezco una marquesa francesa del siglo XVIII.

—Decapitaron a una buena parte, porque eran frívolas y con seso de chorlito. Encantadoras como tú, a pequeñas dosis. Sus

hombros y los tuyos inspiraban e inspiran recónditos atavismos canibalescos.

—¡Qué horror! —rió ella muy satisfecha—. Estás preparando tu maletín de viaje. No me dijiste que salías fuera este fin de semana.

—Pienso visitar un pueblo norteño llamado Caleyham.

—¿Caleyham? Casi al borde del mar, pero a fines de noviembre hará mucho frío allí. Te acompaño, Norman.

—Soy mayor de edad, y el asunto que exige mi presencia se opone a la tuya.

—De todos modos tenía que ir a Caleyham. No sé si te dije que allí pasa los fines de semana Katryn, una amiga mía que…

—Ruego despejes la sala, tía Telma. Sigue incitándome con tus dengues y te convierto el vestido de noche en blusa deportiva.

—¡Qué horror! —bisbiseó ella abandonando el despacho precipitadamente.

A las cinco de la tarde, Telma Smith, conduciendo su «Zodiac», exponía:

—Así podrás pensar tranquilamente. Norman, sin tener que conducir tu cacharro. ¿No sabes que despedí con cajas destempladas a Bert Airedale? El muy…

—Incalificable —apuntó Sanders.

—Eso es. El muy becerro incalificable, quería invitarme a un viaje de luna de miel.

—Diantres. Una ocasión propicia para abandonar el celibato, Telma.

—Sí, pero es que Bert añadió que dando por cierto que yo sería la esposa ideal, la luna de miel se anticiparía a la ceremonia de rigor convencional. Le arreé un tortazo que aún andará palpándose las quijadas.

—Tu léxico prospera y pronto te permitirá instalar un puesto de verdulera.

—Al pan, pan. Yo no soy leguleya. ¿Cómo te dio por ir a Caleyham?

—Ya te enterarás. ¿Quién es tu amiga de fines de semana allá?

—Katryn Diggle, la familia que fabrica chocolates.

—Elabora.

—Ella no labora. Se da la vida padre.

—Un chocolate no se fabrica, sino que se elabora.

Se extendió ella en detalles sobre su amiga y anécdotas ajenas.

El kilómetro 27 de la carretera nordeste, el cielo gris plomizo pareció aproximarse más al asfalto, y la densa negrura barrida por los faros, hizo más visible el primer copo de nieve que se aplastó sobre el parabrisas.

—La nieve me encanta —aseguró Telma.

La nieve siguió cayendo, y en el kilómetro 32 dijo Telma:

—Me encanta ver caer la nieve desde la ventana, en un salón bien caldeado. Es poético y delicioso, deliciosísimo.

En el kilómetro 41, Telma Smith, reducida la marcha al mínimo, se lamentó:

—¡Qué modo de nevar más pesado! No llevo cadenas antideslizantes.

—Faltan solamente nueve kilómetros.

Recortándose contra los cercanos acantilados del Canal de la Mancha, se extendía Caleyham, blanqueada por la nieve que seguía cayendo con persistencia.

—Las ruedas patinan, Norman. Empiezo a estar asustada, Norman. Debe haber casi un metro de nieve y si no estuviera blanda, no podríamos seguir.

Un farol sobresalió, iluminando una fachada.

El farol vertía directamente su resplandor sobre el escudo metálico colgante de un vástago de hierro. El escudo tenía como emblema un ciervo verde.

—Hostería del Ciervo, Norman —insinuó ella.

—Allí me alojaré. Tú puedes ir a casa de tu amiga Katryn.

—¿Con este tiempo tan infernal? Esperaré a que despeje.

—Entonces, cédeme el volante. Pide una habitación para mí. Yo he de pasar la noche en el pueblo.

Al volante del «Zodiac», tras haber entrado Telma en la hostería, prosiguió Sanders por la carretera que a unos cien metros bifurcaba en la calle principal.

La nieve tapizaba espesamente el suelo ante el umbral Iluminado por otro farol, señalando que en aquel caserón se hallaba la representación local de la policía.

En su despacho, el sargento Howard Mason, poniéndose en pie, tendió la diestra, comentando:

—Un tiempo prematuramente invernal, señor Sanders. Tendrá

que excusarme por haberle importunado, pero a la vez que telegrafié a Scotland Yard, le anuncié el suceso a usted.

—Suceso que debe ser complejo cuando recurre a Scotland.

—En este pueblo y similares, que no rebasan los cinco mil habitantes, los funcionarios no somos nombrados por nuestra sagacidad, sino por nuestra fidelidad a la rutina.

—Mencionó que trataría de impedir la propagación en la Prensa.

—Hasta mañana lo consigo fácilmente. No se publica diario aquí, y el corresponsal de la Prensa londinense, por ahora, permanece ignorante.

—Deberá tolerarme mi deformación profesional, sargento. Su telegrama mencionaba la muerte del doctor Basil Bond. Muerte que usted deduce no ha sido natural, ya que hace referencia a circunstancias extrañas.

—Aparentemente, la muerte ha sido natural. Esta mañana, a las diez aproximadamente, la señora Barney, que se ocupa de la limpieza diaria del consultorio, llamó a la puerta de la habitación del doctor Bond. Éste ejercía la Medicina general en Caleyham desde hace unos dos años.

—No tenía familia, entonces, que residiese con él.

—No. La señora Barney, al no recibir respuesta, se alarmó, sin podérselo explicar, según me dijo. Me telefoneó y envié al agente Wilmot. Éste requirió mi presencia para efectuar las pertinentes comprobaciones. Las efectué y Wilmot fue a recoger al médico suplente que reside a cinco kilómetros. El doctor suplente, Percival Lodge, certificó muerte por embolia. El juez comarcal en funciones de «coroner» dio la autorización de sepelio. Al obrar en mi poder esta autorización, redacté los dos telegramas dirigidos respectivamente a Scotland y a usted.

Apartando la vista de la ventana, manifestó Sanders:

—La nevada arrecia, sargento. Siendo la nuestra una conversación estrictamente personal, podríamos apear los tratamientos. Olvide al fiscal y olvidaré al sargento. Howard Mason, ciudadano muy equilibrado, rechazó en dos casos anteriores la decisión forense y legal, cuando comprobó la existencia de indicios que exigían una ulterior investigación. ¿No teme que Scotland le acuse de aficionarse a percibir misterios? ¿Misterios existentes o inexistentes en este tercer caso?

—Esto es lo que me hizo titubear un cuarto de hora antes de telegrafiar. Los funcionarios de Londres comentarán que el rústico sargento rural Howard Mason al haber atinado en dos casos, adquirió un complejo de superioridad, y de ahora en adelante, hasta en el atropello de tres gallinas, percibirá indicios de asesinato premeditado.

—Me agrada su ecuanimidad, Mason. ¿Sus dos auxiliares son eficaces?

—Un capitalino diría que los dos son más brutos que cuatro arados. Son jóvenes, robustos y pletóricos de buena voluntad, pero no aciertan una ni por casualidad. Yo les comprendo, porque también soy de pueblo. Ellos abandonaron el azadón con la ilusión de llegar a ser detectives famosos, tras un aprendizaje por aldeas. Me tocó ser el maestro y, francamente, van listos conmigo.

—Su modestia, ¿no es excesiva, Mason?

—Tengo cuarenta y cinco años. Si fuese un talento, no estaría vegetando en Caleyham. Mientras auscultaba el cuerpo de su colega, el doctor Lodge, su suplente, comentó que Bond, tenía un corazón como una roca. Elástica, naturalmente.

—En Medicina, salvo que me presenten el caso concreto y pueda estudiarlo, consultando los adecuados textos, soy un profano, Mason.

—Somos. Yo también acudí al texto adecuado. Una embolia puede producirse en un robusto aparato circulatorio, roquizo y elástico, por diversas causas.

—Cíteme lo que más le atrajo —insinuó Sanders.

Hurgó Mason encima de su mesa y colocó bajo la pantalla una hoja de libreta.

Leyó el fiscal:

> «Honda aversión hacia algo o alguien. Repentino *shock* emocional o impresión súbita».

Tocando con el índice la hoja escrita, añadió Sanders:

—Basil Bond era un hombre difícil de definir, Mason.

—Reputado insensible a toda emoción y con control total de sus ignoradas simpatías, desconocidas aversiones y súbitas impresiones.

—Muy bien definido, Mason. ¿Estas fotografías?

—Son mi «*hobby*» personal. Otros tocan el violín o aprenden carpintería. Yo saco fotos y las revelo yo mismo. Las fotos rutinarias para los expedientes las realiza Hilary Cobb, uno de mis dos auxiliares.

Examinó Sanders las cuatro fotografías en color. Un primer plano de un rostro demacrado. Otro del perfil. La tercera foto abarcaba una mano colgante a ras del suelo. La cuarta, la otra mano sobre la sábana revuelta.

—Me instruiría su comentario, Sanders —pidió el sargento rural.

—Podrían adornar las paredes de un Museo de Angustias. Ojos vidriosos y desorbitados. Perfil contraído en mueca de espanto. El suplente doctor Lodge debió hacer algún comentario.

—Dijo que la muerte pudo ser diagnosticada en los segundos precedentes por el propio doctor Bond. De ahí la expresión aterrorizada.

—La mano a ras del suelo, tiene varias uñas rotas. La otra mano tiene las uñas intactas. Unas fotos muy inteligentes, Mason.

—Gracias en nombre de mi «Leika». El doctor Lodge comentó que en sus estertores, Bond arañó el suelo.

—Ahora muestre su as, Mason.

La sonrisa del fiscal era mefistofélica. La reprodujo el sargento, al colocar boca arriba la quinta fotografía.

Un balcón al fondo de la habitación en cuyo lecho estaba tendido el doctor Basil Bond. Cerrados los dos portantes encristalados. Descorrida la cortina. Un cristal, en la esquina izquierda superior, estaba astillado.

—Tengo que añadir lo que no es posible divisar en esta foto. El balcón da al patio posterior de la casa de una sola planta. La foto ha sido obtenida como exige la rutina. Sin tocar nada. Entramos, pasadas las diez de la *mañana*, pero la alcoba estaba en las mismas circunstancias ambientales que las que existían por la noche.

—Con la cortina descorrida. Hay quien emplea este sistema como despertador, y así, la luz del día le anuncia que es hora de levantarse.

—Sana costumbre, pero por muy sano que fuera el doctor Bond, no hubiese podido dormir en una habitación sin calefacción, con una brecha por la cual penetraba una temperatura de dos sobre cero

que es la que imperaba entre cuatro y cinco y media esta madrugada.

—Howard Mason, usted carece de influencia. Cualquier sargento rural con sus dotes, si tuviera influencia, sería ya inspector en Londres. Porque presumo que usted recorrió detalladamente el patio. Le pertenece el derecho de citar el refrán que le exige al zapatero que se ocupe exclusivamente de sus medias suelas.

—La Prensa publicó a raíz de un caso en el que intervino usted en la indagación preliminar, que el fiscal Sanders había demostrado unas cualidades deductivas de superior dinamismo al habitual en muchos gerifaltes de Scotland. Además, el doctor Basil Bond fue uno de los seis testigos del caso Kendal. Testigo de cargo.

—Recuérdeme esta insinuación luego. Mason. Ahora, regresemos al patio. Explíqueme el resultado de su recorrido por el patio.

—Esto.

Señaló Mason un cenicero plomizo, añadiendo:

—Pesado y empleado como proyectil puede descalabrar. Fue lanzado con violencia. Normalmente, estaba en la mesita de noche de Basil Bond.

—Un gato maullando de noche en un balcón inspira deseos exterminadores, Mason.

—¿Cuántos gatos ha visto usted que miden un metro setenta?

—Por ahora, ninguno. ¿Por qué?

—Es la altura en que se halla la brecha en el cristal superior.

—No se le podía exigir una gran puntería al doctor adormilado.

—Que era el campeón de la comarca, en el juego pueblerino llamado «grazna o muere». El juego es sencillo. Una oca de caucho macizo reposa encima de un tronco serrado. El cuello de la oca queda visible entre los dos maderos clavados horizontalmente sobre los dos verticales de soporte. Los dos maderos horizontales dejan la exacta anchura del palo que es lanzado desde veinte pasos. El buen pulso y tino decapita la oca. El fallo hace bambolearse a la oca, y provoca imitaciones de graznidos en los espectadores.

—El doctor lanzó el cenicero, astilló el cristal y el cenicero apareció lejos, en el patio. Falló el doctor, porque su objetivo podía ser una lechuza levantando el vuelo.

—Me queda otro as, Sanders. El definitivo.

Y tendió Mason una sexta fotografía. Un primer plano del cristal

intermedio del portante izquierdo del balcón.

—En la otra fotografía, tomada a distancia, no se puede apreciar el dibujo de tiza. Tuve que usar una lente de aumento. Las iníciales se ven mejor.

Examinó Sanders el dibujo. Una horca en miniatura. Dibujada torpemente, con trazos trémulos. Y el mismo trazo había diseñado dos iníciales, temblorosas también:

M. K.

CAPÍTULO III

—Una taza de té nos vendría bien, creo yo —comentó Mason.

—Efectivamente.

—¿Limón, ron? —brindó el sargento.

—Puro.

Mason se escanció ron, comentando:

—Un sacrilegio, pero es mejor que una camiseta de lana. Me pidió antes que le recordase mi insinuación sobre el testigo de cargo.

—Me esfuerzo siempre en procurar ser ponderado, positivo y concreto. Usted evocó que el doctor Bond había sido Uno de los seis testigos de cargo. Su muerte, cinco días después de la ejecución de Muriel Kendal, podría provocar en el pueblo una sicosis supersticiosa.

—Que ya alienta desde la ejecución. ¿Por qué cree que se alarmó la mujer de limpieza al no contestar Bond? Porque la pregunta que flota en el pueblo es: «¿Se cumplirá o no se cumplirá la maldición de Muriel Kendal?». Yo deseo evitar que se propague la ola de temor y alarma. Pero no pude amordazar a la señora Barney, la mujer de limpieza.

—Realmente, Mason, ¿no creerá usted en ninguna anormalidad inexplicable?

—Creo firmemente en un cristal astillado a la altura de un metro setenta.

—Muriel Kendal medía… un metro setenta y cinco, ¿no?

—Ésta era su talla. Las dos íniciales corresponden a sus nombres. El dibujo de la horca nos ahorra, deducciones. El cenicero estrellando el cristal, si se aplasta en un rostro de carne y hueso, apareciendo tras el cristal aproximadamente a un metro setenta de

altura, no puede llegar al fondo del patio. No me haga caso, Sanders. Soy un aldeano imaginativo.

—Usted *es* cazurro, socarrón, taimado e inteligente. En las capitales, los bosques no nos dejan ver los árboles. En los pueblos, el sentido común tiene tiempo de desarrollarse y se agudiza en las personas inteligentes. Prosiga, Mason, y sin ironía le aseguro que le escucho con suma atención.

—Irene Roos, muerta, tenía las uñas rotas y su contracción facial era muy semejante a la que ostenta el doctor Bond. No creo en espíritus desplazándose para asustar a mortales. Creó, sin embargo, y rotundamente, que en la embolia del doctor Bond influyeron causas… anormales.

—Comparto su opinión. Supongamos que algún familiar de Muriel Kendal…

—Muriel Kendal era soltera. Tenía lejanos parientes en el Canadá, y padres en Australia. Ningún familiar en Inglaterra. Por lo menos, no en Caleyham, actualmente.

—Muriel Kendal, a su modo, y aunque madura, era bonita. Algún enamorado, ahora desquiciado y deseando vengar su desaparición, ¿no?

—El pueblo entero, antes de ser ella detenida, comentaba la devoción con la cual Muriel Kendal se clausuraba en la mansión Roos, de la que apenas salía, a no ser para las compras ineludibles. Nadie la cortejaba.

Levantándose, afirmó Sanders:

—Consultaré con la almohada, Mason. Tengo verdadera curiosidad por conocer la opinión del hombre que enviará Scotland Yard.

—Tan pronto llegue, le avisaré con Wilmot e Cobb.

Hilary Cobb, molesto porque acababan de despertarle en el cuarto de guardia donde estaba amodorrado al calor de la estufa, acogió con un gruñido el mensaje de Cyril Wilmot:

—Te llama el jefe.

Pasó Cobb al despacho contiguo.

—Siéntese y escuche con atención. Le he elegido para una misión importante en la que debe concentrarse.

El semblante colorado de Hilary Cobb adquirió una mueca que a su entender significaba que se concentraba.

—Usted hizo los interrogatorios de sondeo de Sheila Price. Tendrá que visitarla de nuevo.

Cobb abrió los ojos al máximo, frunció la frente y sorbió por las narices. Sonándose, afirmó:

—Voy a pillar un catarro nasal. La vieja Price sao me gusta nada, pero lo que se dice nada, jefe.

—La influencia del cine es perniciosa en mentalidades poco desarrolladas, Cobb. Persiste en apodarme jefe y renuncio ya a evitarlo. Le guste o no la señora Price, volverá a visitarla.

—No… —y sorbiendo por las narices, Cobb ostentó una sonrisa que consideraba muy enigmática.

—¿Se niega? —inquirió Mason, perplejo.

—No me niego, jefe.

—Entonces, ¿por qué dijo que no?

—No dije que no. Quería decir que no… me extrañaba, pero usted se anticipó en la pausa.

Hilary Cobb trataba de imitar la lentitud deliberada del prudente sargento, que expuso:

—Sheila Price juguetea con naipes, bola de cristal y otras zarandajas, pero no cobra honorarios por sus manipulaciones, y por consiguiente es libre de dedicarse a estas majaderías. Pero presumió en privado de ser capaz de hacer girar mesas en el aire, y de tener condiciones de «médium».

—¿Y esto qué es, jefe?

—Un «médium» es una persona que, según los ocultistas, puede atraer por los efluvios de su alma, a un espíritu. Los efluvios son emanaciones, fluido, ¿comprendido, Cobb?

—Casi, jefe. Pero para mí, la vieja no es un «médium», sino un carcamal cuyas declaraciones son siempre imprecisas, plagadas de equívocos y diseminadas incoherencias —afirmó Cobb, complacido.

—Me consta que adora emplear los términos técnicos que se empolla en los textos para los exámenes de «constable». Pero procure encajarlos en su lugar correspondiente. ¿Cree en el espiritismo y en el ocultismo, Cobb?

—Vamos, hombre… Quise decir, vamos, jefe… Yo soy un sujeto templado, muy por encima de estas memeces. Pero, claro, no hay que descartar la posibilidad de que algún oculista de ésos, pretenda hacernos creer que un espíritu vengador planea sobre Caleyham. El

doctor Bond era uno de los testigos amenazados por la maldición de Muriel Kendal. ¿Se ha dado cuenta?

Suspiró Mason. Consideraba un buen muchacho a Cobb.

—Sus deducciones son atinadas, Cobb. Ahora irá al domicilio de Sheila Price, alegando que necesita consultarla sobre una duda. Usted cree en la aparición de los espíritus, le dirá. ¿Es posible que ande un trasgo por Caleyham?, le preguntará. ¿Comprendido?

—Cabal, jefe.

—Puede adornarlo con las ideas que se le ocurran. Deseo saber lo que opina ella, cuando usted le revele de sopetón que Basil Bond ha muerto en extrañas circunstancias.

—La pillará de sorpresa y hablará con sinceridad. Es una táctica muy astuta, jefe.

—Aplíquela adecuadamente. Vaya.

—Está nevando horrores, jefe.

—Enfúndese las botas, el abrigo, la bufanda y agarrase a un paraguas. Son las prendas que se utilizan para estas emergencias.

Hilary Cobb, durante el corto trayecto, imprecó contra las «emergencias» que le congelaban el aliento. Apenas abrió la puerta Sheila Price, entró rápidamente. El recibidor estaba entibiado por una estufa. En las paredes, numerosos cuadros representaban signos astrales.

—Señora Price, no vengo en mi calidad de autoridad, sino de particular, de hombre deseoso de ilustrarme. Pero tendrá que guardarme el secreto o se mofarían de mí. Quiero consultarla en su gabinete especial.

—Sígueme, Hilary —invitó ella, abriendo una puerta.

Entró Cobb en una salita tapizada con retales negros, surcados de estrellas fugaces, planetas dorados y signos cabalísticos. La luz era escasa, y surgía verdosa de una pantalla empotrada a un lado de la mesa que estaba en el centro. Bajo la mesa ardía un brasero que exhalaba un olor a almizcle.

Sentándose, Hilary Cobb contempló receloso a la señora Price, que se instalaba al otro lado de la mesa, frente a él. Le era antipático al policía aquel rostro arrugado, más momificado al resplandor verde.

Sheila Price llevaba lentes de cristal oscuro, y parecía jorobada bajo los dos chales de lana negra.

Una bola de cristal ocupaba el centro de la mesa. Se enfundó ella unos mitones negros y dijo:

—Tu consulta particular es señal de tu inquietud espiritual, Hilary.

—¿Sabe por qué he venido?

—Lo sé.

—No en balde tiene fama de bruja —rió Cobb—. Bueno, de bruja adivinadora.

—Tengo la llave del arcano de los secretos, Hilary. Secretos que tú ignoras.

—Que se cree usted eso, pero ni hablar. Yo, por ejemplo, me sé algo que usted ni lo huele…

Un movimiento brusco hizo sobresaltarse a Cobb. Algo negruzco acababa de rozarle el rostro, revoloteando hacia una esquina.

Aventó Cobb el aire como si espantara moscas.

—No tengas miedo, Hilary. Acabas de ser admitido por Asmodeo.

—¿Asmodeo? —Silabeó Cobb con cierta aprensión.

—Un espíritu protector reencarnado en un dócil murciélago. ¿Crees en la metampsicosis, Hilary?

—Ni en la sitacosis ni en los murciélagos espiritosos.

—Adivino que deseas una prueba. ¿Qué prueba quieres ver materializarse ante tus ojos, Hilary?

—Allá usted. Me da lo mismo, porque para mí, el que pringa, muerto se queda.

—Has de saber, ¡oh, incrédulo!, que las ánimas erran de noche por las ruinas, por los lugares solitarios y por los sitios en que vivieron.

—Esto es un cuento de viejas cochambrosas. ¡Ey, un momento! Aquellos ojos en las sombras… —y el índice algo trémulo de Cobb señaló dos puntos brillantes y malévolos, sobre un bargueño esquinado.

—Es Garpala. Mi búho consultor.

—Vaya hombrecito que le largó al bicho.

—Es el nombre del demonio buen consejero que habita en el búho.

—Déjese ya de capulladas. Usted lo que pretende es asustarme. Y a mí no me asusta nada. Primeramente, este cuchitril lo destina

usted a impresionar a los idiotas que… ¡Ey, un momento! ¿Qué diablos es esto que zapatea y brinca por el suelo?

—Sufren, el genio indispensable.

—¡Es… un puerco sapo! Si se arrima más lo aplasto como a un sapo. Vamos a ver si le echa valor a la cosa y le mete mano a sus brujerías. ¡Qué aparezca ahora mismo el espíritu del doctor Basil Bond!

—No puede aparecer ya que está en vida, Hilary.

—Pasemos al recibidor, porque esto huele peor que una conejera.

En el recibidor, Hilary Cobb pasó a la segunda fase de su misión.

—Basil Bond murió en extrañas circunstancias esta madrugada.

Se irguió Sheila Price y añadió Cobb:

—Vendrá un especialista de Scotland Yard, porque esta muerte tiene mucha miga. Bond ponía una cara espantosa como si hubiese visto a un trasgo infernal…

Sheila Price se aproximó con lentitud a un sillón en el que se desplomó, doblando la cabeza sobre el pecho.

—¡Ey, un momento, señora Price! No le vaya a dar ahora un patatús.

Sheila Price gimió:

—Lo temía, lo temía… Muriel ha venido a vengarse… Los poderes satánicos se han desatado…

—La que está para atar es usted —gruñó Cobb a modo de despedida.

En comisaría, informó Cobb a su superior, finalizando:

—Así es la cosa. Y hablando de todo un poco, esta noche no podrá transitar nadie si sigue este temporal, jefe. Recuerdo la otra nevada que nos pilló en otoño, desprevenidos, y estuvimos cinco días con sus noches, incomunicados, sin luz, sin agua, sin butano… ¿Se ha dado cuenta, jefe? La vieja bruja juega a los espíritus, pero se puso morada como una berenjena cuando le espeté que Bond había sido la primera víctima de las seis en perspectiva.

El sargento Mason contempló compasivamente a su auxiliar. Tenía que resignarse. El otro auxiliar, Cyril Wilmot, era aún más obtuso.

Y si arreciaba el temporal de nieve, ya no vendría aquella noche el hombre de Scotland Yard.

CAPÍTULO IV

La «Hostería del Ciervo» databa del año 1745, y por su situación había sido algún tiempo el objetivo de incursiones de salteadores de caminos. Tras el amplio edificio de dos plantas, se extendía un vasto parque, en cuyo centro se abría un prado conteniendo un estanque natural. La rústica decoración interior seguía siendo la misma que el primer Atkins eligió, dos siglos antes. Piezas de cerámica y platos de bronce adornaban los muros recubiertos de paneles de madera.

La sala, que ocupaba toda la planta baja, se dividía en dos espacios a desnivel. El más alto contenía el expendio de bebidas y el acceso a la cocina y el patio.

En el inferior, de entrada, se hallaba el comedor general y varias mesas con banquetas y escabeles. El rincón espacioso destinado a sala de estar, poseía un mobiliario moderno: un tresillo de cuero y varios butacones.

Una enorme chimenea de campana ocupaba media pared en aquel espacio. Los troncos chisporroteaban en la ancha bocana, y el antiquísimo reloj de largo péndulo, desgranaba con sonoridad las horas y sus fracciones.

En el amplio diván dando frente al fuego, Telma Smith afirmó:

—Es imposible salir con este tiempo. Telefoneé a Katryn, y nos veremos mañana. Me he enterado que a cena es a hora fija, y servida en mesa redonda, Norman. Igual las otras comidas.

—Resulta agradable este ambiente campesino. Reposa.

—En tu ausencia, llegaron cuatro viajeros que han preferido alojarse por esta noche, para evitar verse bloqueados en la carretera. Hay una pareja sospechosa. Norman.

—No me digas.

—Llegaron en el mismo coche, un «Cadillac» con matricula

yanqui, pero ella se alojó en una habitación y él en otra.

—Nuestro caso, Telma. ¿Somos sospechosos, entonces?

—Es diferente, hombre. Me refiero a otros detalles detonantes. Ella es hermosa, pero vulgarmente llamativa, amanerada y soberbia. Y el que la acompaña se parece a Charles Laughton. Miré el registro y me he enterado que ella. Pamela Norris, es una actriz de Nueva York, y él, Craig Rutland, es un poeta australiano.

—Así tendrás con quien chismorrear.

—Se hospedó también un viajante de comercio, simpático, y un pastor muy solemne. Británicos los dos. Un poco más y no encuentran habitación. Sólo hay seis alcobas.

—Es una hostería de paso y antes las habitaciones contenían varios camastros para arrieros. Ahora cada alcoba tiene una cama matrimonial elegida con acierto, porque es de baldaquín, postes y casi hay que escalarla.

Rió ella:

—Me resultará extraño esto de dormir en un tálamo nupcial. —Y bajando la voz, añadió—: Ahí viene el poeta australiano.

Un hombre alto y grueso, de prominente labio inferior caído y glaucos ojos, bajaba los últimos peldaños de la escalera, y aproximándose al umbral que comunicaba con la cocina, anunció con voz cavernosa:

—Posadero, la señorita Norris cenará en su habitación.

Desde dentro, la áspera voz de James Atkins protestó:

—Sólo tengo una muchacha para el servicio, señor. Y debido al temporal se ha acumulado el trabajo.

—Posadero, me limito, a transmitir la petición. A su libre albedrío pertenece complacer a sus huéspedes.

Frotándose las manos gordezuelas, se aproximó Craig Rutland al fuego. Sin dejar de mirar el cabrilleo de las llamas hacia las que tendía las manos, dijo:

—Hiende la lanza invernal los fulgores del agonizante otoño. Y hecho el obligado comentario sobre el tiempo, hago mención de que mi preclara personalidad permite prescindir de prejuicios. Plasmo un ósculo en su palma, señora, y me presento, caballero. Soy Craig Rutland, poeta.

—Telma Smith —replicó ella, envarada.

—Norman Sanders.

—Preludian presagios pronosticando palpable precipitación pertinaz —manifestó Rutland instalándose en un sillón y señalando las ventanas blanqueadas por la nieve adhiriéndose a los cristales.

Sus ojos de desvaído color verdoso y amarillenta córnea, se posaron contemplativos, con descaro, en Telma Smith.

—No pretendo pasar por excéntrico, porque lo soy, señora Smith.

—Señorita —corrigió ella.

—Posibles peculiaridades personales pregonarán pretendo pintoresquismo pueril, señor Sanders —insinuó el poeta.

—Percibo predilección por palabras principiando por «pe» —sonrió el fiscal.

Craig Rutland emitió una risa extraña. Removió los labios, rodó los ojos hasta ponerlos en blanco, y su garganta produjo un ruido como si hiciese gárgaras. Un segundo después, la seriedad más absoluta tensó su redondo semblante.

—Perspicaz, señor Sanders. Y posee usted una gran facilidad retórica, puesto que siendo hoy el día que dediqué al ejercicio práctico de la letra mencionada, hallo ciertas dificultades en su elaboración. Mañana me pertenece la letra siguiente. Es útil para enriquecer el lenguaje. Usted ensartó varias palabras seguidas sin dificultad. Como iba diciendo, señora Smith, para mí, una señora es aquella que siéndolo por cuna, exhibe una línea clásica infortunadamente abolida por la moda absurda. Con el adecuado atuendo, blanca peluca y lunar en la mejilla, revivirá en usted la marquesa de Pompadour.

Telma Smith, halagada, reprimió la sonrisa. Levantándose, anunció:

—Subo a mi habitación, Norman. Dispénsenme.

Craig Rutland la detalló mientras ella ascendía por la ancha escalera de crujientes peldaños.

—Me olvido y prescindo del pasatiempo de enhebrar petulancias, señor Sanders, ante una mujer de rubia esplendidez que inspira rimas bucólicas y hubiese entusiasmado al pintor Fragonard. La señora Smith se halla en la faceta en que la rosa es espléndida. Luego, posiblemente tenderá a ser un modelo de Rubens. Hoy es un prodigio de dulce armonía carnal y suave picardía solapada. Mis indiscreciones le escandalizan, señor Sanders.

—En absoluto. En los fines de semana, los ingleses suelen afrontar sin excesivo convencionalismo las situaciones y compañías improvisadas. Debe ser digno de visitar el continente australiano.

—Canguros antiestéticos, praderas interminables, sequías agobiantes y carencia de contactos intelectuales de alto nivel. He opinado sobre la señorita Smith, con el presentimiento de que no es ni su prometida ni su amante.

Frunciendo el ceño, Norman Sanders replicó incisivamente:

—Ignoraba que el cultivo de la poesía estuviera reñido con la práctica de la cortesía más elemental, Rutland.

Alzó el australiano la vista hacia el techo, recitando:

—«La sinceridad es demencial, en la brumosa Albión, de alienta pestilencial, la hipocresía del britón».

Norman Sanders pestañeó sorprendido:

—Rutland, no deseo obligarle a salir conmigo al exterior, porque nieva en abundancia, pero persista en sus groserías y logrará hacerme perder el control, hasta que me fuerce a invitarle puños en ristre.

—Soy objetor de conciencia y enemigo declarado de todo ejercicio físico, Sanders. El pugilismo no profesional, es un salvajismo impropio de gente culta.

—Táctica que no le permite ofender, sin atenerse a las consecuencias.

—El que merece la paliza es el que compuso los ripios. John Pears, londinense, conato de lírico que se honra con mi amistad. Para nuestro mejor entendimiento futuro, sepa que nunca me permito decir lo que realmente pienso, fiscal Sanders.

—Desearía haber leído alguna obra suya, poeta Rutland.

—La Prensa propaga las suyas. Requisitorias de dialéctica seca, mordaz y eficiente, que allanan el sendero que conduce a la horca. Requisitorias alabadas por los corifeos del sensacionalismo. Yo me digno leer con gran delectación los sucesos, procesos y ejecuciones. Mórbida personalidad la recóndita. ¿Se cumple con los fiscales la tentación que oprime a los asesinos, Sanders?

—Le ruego concrete.



Ronda un espíritu maléfico y asesino

—Los asesinos vuelven al lugar del crimen.

—Su lengua es ponzoñosa, Rutland.

—No vierte la ponzoña quien habla, sino quien presta malignidad a lo que oye. ¿Es cierto o no que en Caleyham sucedieron los hechos por los cuales Muriel Kendal se encaminó hacia la horca, ayudada por los empujoncitos con que usted la

impelió…? Permítame presentarle al preclaro adorador de Mercurio. El señor Tony Preston.

El recién llegado, un joven atlético, sonrió saludando. Añadió Rutland:

—Tony Preston supo hallar la profesión más hábil. La patrocinada por el dios del comercio. Los demás trabajan para él. El fabricante le garantiza azadas a cinc® chelines y Tony Preston las esparce por la campiña inglesa a diez chelines. Tony, le presento al fiscal Norma Sanders. Una personalidad del foro.

Sentándose, Anthony Preston expuso jovialmente:

—Soy representante vendedor de maquinaria agrícola. La azada cedió el paso al tractor, Rutland.

—Nos conocemos apenas hace unas horas, Tony, pero no dudo que mi cultura mejorará mucho en su compañía. Con mi permiso, voy a comprobar cómo afronta la situación imprevista la excelsa Pamela.

El australiano se dirigió hacia la escalera. Subiendo los peldaños volvió el rostro, contraído en mueca sardónica:

—Dueños son de comentar que el zafio australiano os antipático y carece de la más elemental urbanidad.

Desapareció escaleras arriba hacia el invisible rellano.

Tony Preston rió:

—Es un poeta y quiere «epatar» a los burgueses normales. Una postura archiconocida.

Una muchacha de castaño cabello trenzado acudió de la cocina para abrir un armario y sacar un mantel. Tras ella venía un individuo de recia musculatura, bajo y •le espesas cejas negras, al igual que su abundante cabello rebelde.

Deteniéndose entre el diván y los sillones, manifestó:

—Tendrá que excusarme por las deficiencias del servicio, señor Sanders.

—No se preocupe, Atkins. ¿Su esposa sigue bien?

—Afectada todavía. Mary no es la misma desde el infortunado asunto de las Roos. Y el proceso la dejó muy impresionada por la maldición de la envenenadora.

Discretamente, Tony Preston había abandonado su sillón yendo hacia la pared, donde fingió contemplar la vajilla decoradora.

—La impresión es aún reciente, Atkins. Pero su esposa olvidará,

porque el tiempo es el mejor bálsamo curativo.

—Es mi deseo, señor Sanders. Como la señorita Norris cena en su habitación, la señorita Smith prefiere también ser servida arriba. Elisa las atenderá. Yo serviré la mesa a los caballeros.

En el exterior, el viento huracanado, arrancaba quejidos lastimeros de la vegetación del parque cercano. En la carretera, los árboles ondeaban sus cimeras, entrecruzándolas. La luz, en varias ocasiones, oscilaba.

Por la escalera descendió un hombre de corta talla, blanco cabello y apacible semblante sonrosado. Vestía por entero de negro, con el cuello de celuloide sin abertura delantera, ni corbata, revelando su profesión. Norman Sanders y Anthony Preston se pusieron en pie, mientras ceremoniosamente, la voz áspera de James Atkins efectuaba las presentaciones:

—El pastor Calvin Honey. Los señores Norman Sanders y Anthony Preston. La cena está servida, caballeros.

Craig Rutland, caminando con exagerada pesadez, vino a sentarse, en silencio. La conversación preliminar versó sobre el tiempo.

Craig Rutland no tomó parte en ella. Guardaba un completo silencio, dedicado de pleno a saborear la copiosa y bien guisada cena.

James Atkins iba y venía, atendiendo al servicio.

—Parabienes, posadero —resolló Rutland limpiándole la boca con la servilleta, muy manchada—. Place pernoctar protegido por pétreas paredes primitivas.

Calvin Honey, untuoso en ademanes y voz, comentó:

—La originalidad rebuscada, señor Rutland, supone una mengua en la calidad.

—Patriarcal pusilanimidad pragmática —afirmó el australiano —. Poseo palmario privilegio permitiéndome pedantería. Mi mayor encanto es ser desagradable y malévolo. Señores, brindo por las copiosas víctimas de la banalidad imperante.

Alzando la copa de *brandy*, Rutland bebió y tras chasquear la lengua, miró al fiscal:

—Su íntima y severa reprobación no puede amilanarme, Sanders. Soy un ferviente adepto de la teoría de que hemos de espolvorear salpicones de locura, para evitar que la gente normal

enloquezca de verdad. Es un hecho comprobado que solamente la gente muy seria es la que corre el peligro de convertirse en furiosamente loca. ¿Coincide conmigo, Tony?

Risueño, el interpelado replicó:

—No alcanzo sus cumbres solitarias, Craig. Antes que me olvide, Sanders, desearía hacerle unas preguntas, salvo que le importune.

—En absoluto. Las charlas de sobremesa son el placer complementario de una buena cena.

—Posiblemente voy a escandalizarle, reverendo —manifestó Preston—. Lo que deseo preguntarle, Sanders, es si cree posible la transmutación de almas.

—En amistosa conversación, cualquier tema es aceptable, señores —admitió el pastor protestante—. No obstante, hubiera preferido que eligiese otro tema menos espinoso, Preston.

—Eligió el pintiparado —intervino Rutland—. Percusiones populares propagan presencia pasmosa. Ronda un espíritu maléfico y asesino. Concretamente, como suele decir el fiscal Sanders, un ser incorpóreo tiende su bermeja guadaña sobre Caleyham. Se inició el cumplimiento de la maldición de Muriel Kendal. Ha muerto ya el primero de los seis testigos sentenciados. Muerto de miedo.

CAPÍTULO V

Cyril Wilmot, envuelto el rostro en amplia bufanda, y calado hasta las orejas el sombrero impermeable, abultaba mucho revestido con varias prendas de lana.

Sus botas chapoteaban en la nieve, mientras sus manos enguantadas intentaban evitar que el sombrero volase al impulso del viento.

Taconeó palmeándose los costados, hasta que abrió Carol Charmer. Y penetró en el caldeado saloncito, donde el farmacéutico Vince Sheridan leía una revista de cine.

—Buenas noches, Cyril. Sírvale un buen «grogg», Carol. Mi esposa está en cama con una de sus jaquecas, aunque la verdad debe ser que prefiere el calorcillo de las mantas.

Vince Sheridan era considerado un hombre sencillo, de plácido carácter, aquejado de un solo mal: su esposa Marjorie, tiránica y agriada.

Carol Charmer habitaba en la casa de los Sheridan, anexa a la farmacia. La propia Marjorie comentaba que la querían como a una hija adoptiva y rebatía las insinuaciones.

No había el menor peligro, por bonita que fuese Carol, afirmaba. Su marido era un tímido cordero muy temeroso de ella, exponía Marjorie, y siendo Carol una muchacha honesta, tenía además la salvaguardia de ser la novia del rudo policía Cyril Wilmot.

Wilmot, alto y recio, trataba siempre de mejorar su escasa instrucción. Carol Charmer, sentándose cerca de la mesita, comentó:

—Te noto preocupado, Cyr…

—Y no es para menos —rezongó el segundo auxiliar el sargento Mason.

Sheridan había regresado a la contemplación de las femeninas

luminarias del cine en el festival de Venecia. Las entrevistas de Wilmot con Carol tenían siempre lugar en su presencia.

—Estoy ante un dilema —aseguró Wilmot—. Y coma dilema es hallarse en un callejón, emparedado entre dos obligaciones, así estoy yo. Titubeando entre mi obligación como subordinado del sargento Mason y mi obligación como amigo de la casa en que estoy ahora.

Cerró Sheridan la revista, y por encima de sus lentes contempló al policía. Carol, sin alzar los ojos del bastidor en que bordaba, insinuó:

—La señora Barney vino a comprar pastillas contra la tos, Cyr.

—Nos hemos fastidiado entonces… Con lo charlatana que es, ya estará informado medio pueblo.

—¿De qué? —preguntó Sheridan.

Fue Carol la que replicó:

—La señora Barney me pidió que no lo repitiese y seguramente les dirá lo mismo a cuantas personas les hizo la confidencia.

—¿Qué contó la charlatana? —quiso saber Wilmot, impaciente.

—Con muchos circunloquios explicó que el suplente del doctor Bond había sido requerido con urgencia, y que al parecer, al doctor Bond le había dado un ataque grave. Que tú no la dejaste entrar en la alcoba del doctor Bond y que estaba segura de que el doctor Bond se encontraba muy grave, cosa que la extrañaba, ya que el doctor es robusto y no padece achaques.

—¡Vince! —llamó una voz autoritaria, desde el pisa alto—. Ven enseguida.

El farmacéutico, levantándose, se encaminó hacia las escaleras.

En voz baja, rogó Carol:

—Ahora estamos solos, Cyr. ¿Qué ha pasado?

—Basil Bond murió esta madrugada. No está, clara la cosa, y el sargento telegrafió pidiendo un detective a Scotland Yard.

—No debemos ocultarlo a Sheridan. No es impresionable.

Vince Sheridan, bajando, dijo:

—Marjorie pide que le prepares el analgésico, Carol.

Carol pasó al local en que se hallaban las estanterías. Cyril Wilmot tosió, se arañó el vello del mentón y acabó por decir:

—Lo siento, señor Sheridan, pero el asunto tiene castaña. Y encima, no veo por dónde empiezo a contarle el suceso.

—Habla tranquilamente, muchacho. Conmigo tienes plena confianza.

—Basil Bond ha sido asesinado.

Vince Sheridan se estremeció, mirando fijamente al policía.

—No es posible… ¿Estás seguro?

—Si se lo digo yo, es porque sé lo que me digo. Bueno, asesinado, asesinado, a primera vista, no.

—Procura ser coherente, Cyril. Has declarado que Bond ha muerto asesinado. ¿Dónde?

—En su consultorio. Bueno, en el cuarto donde dormía.

—¿Cuándo?

—El doctor Lodge dice que la defunción se produje hacia las cinco de esta madrugada.

—Desde entonces han transcurrido casi quince horas. También es verdad que en el pueblo la gente apenas transita, encerrándose en sus casas, pero un hecho de esta importancia se habría ya transmitido como un reguero de pólvora, Cyril.

—El sargento, que es un águila, ha procurado que nadie lo sepa. Le aseguró a la señora Barney que si le propalaba, caería bajo el peso de la Ley. Ya sabe: «Dura lex, sed lex».

—No estamos para latinajos, Cyril. La muerte de Bond ha podido ser accidental.

—Mason telegrafió a Scotland Yard pidiendo el enrío de un detective de los buenos. Y también telegrafió al fiscal Sanders, el del proceso de la Kendal.

—Una lamentable coincidencia. ¿En qué puede fundarse Mason para deducir que existió un asesinato?

—Aparentemente fue un síncope, pero capté detalles que me tienen amoscado. No me los señaló el sargento, porque se cree que yo soy un zopenco incurable, pero despistando, hice yo mis propias deducciones lógicas.

—Me temo que tus deducciones serán estrambóticas, hijo.

—Yo las expongo y usted les saca la punta. Bond arrojó un cenicero contra el cristal de la ventana que tenía la cortina descorrida. Y Bond, con un garbanzo le atinaba a una lenteja a diez pasos.

—Bond pudo ver alguna sombra que le inspiró recelo.

—No era un chiquillo asustadizo ni mucho menos. Se echó al

coleto la guerra en primera línea. Y yo le digo que si le llega usted a ver la cara, se arruga.

—¿La cara? ¿Que tenía en la cara?

—Un miedo de espanto. Esto es lo que tenía en la cara el doctor Bond. Y ahora abra bien las orejas. En un cristal de la ventana, habían dibujado con tiza una horca y dos iníciales. Las dos letras ya las adivina, ¿verdad?

—No.

—«M» de Muriel y «K» de Kendal. ¿Y ahora qué me dice?

Entrando, fue Carol Charmer la que contestó:

—El ambiente que se ha formado en torno a este desdichado asunto, influye en todo el pueblo. Cabe la posibilidad de que alguien que tuviera alguna rencilla contra el doctor Bond, haya querido aprovechar la sicosis que se ha creado, y tras matar al doctor Bond, dejase huellas que infundan desconcierto.

—El cadáver de Bond no presenta la menor herida, Carol. Murió de un ataque al corazón, pero según el sargento, que es un águila, hay cosillas que demuestran una mano criminal.

—¿Mano criminal, Cyr? Acabas de decir que Bond no presentaba la menor herida.

—Yo he explicado todo lo que sé. Ahora tengo que volver a la comisaría, por si hay alguna orden. El sargento no quiere irse a su casa a dormir, y nos tiene fritos a Cobb y a mí.

Tras haber despedido a Wilmot, y de regreso al saloncito, manifestó Carol:

—Es posible que Mason desee hacer méritos.

—Howard Mason posee una inteligencia muy superior a la que puedes imaginarte. No quiero influir en tu ánimo, Carol, pero de ahora en adelante, procura cerciorarte de que lo dejas todo bien cerrado.

—Usted es el que no debe dejarse influir por…

—¡Vince! —llamó la voz autoritaria—. Trae el ajedrez.

Vince Sheridan suspiró, resignado.

Cyril Wilmot parecía acariciar con las dos manos la estufa, a varios centímetros de distancia. Hilary Cobb imitándole al otro lado, rió silenciosamente.

—Cuéntame el chiste —pidió Wilmot.

—¿Sabes una cosa? No somos tan ceporros como piensa el jefe.

Y se lo vamos a demostrar, porque tú y yo, en colaboración, descubriremos la verdad oculta tras la muerte de Bond. Tengo ya una pista.

Wilmot sacudió la cabeza con escepticismo y dijo:

—La única pista que veo yo, es que si sigue el temporal, nos quedaremos a oscuras. El tendido de postes no podrá aguantar mucho más tiempo las sacudidas del ventarrón.

—El temporal no es de nuestra incumbencia. Vayamos a lo nuestro que es husmear y descubrir. Sabrás que le hice una visita a la vieja bruja.

—Lo sé.

—No puedo volver a visitarla porque ya la tengo escamada. He estado meditando, dándole vueltas a la cosa, y no falla, viejo. La muerte de Bond lleva su firma.

—¿La firma de quién?

—De la bruja Price, hombre.

—Una vieja que no tiene ni media torta.

—Aquí no se trata de tortas, viejo. Se trata de supuestas apariciones de trasgos raros. Medita un poco, castizo. Tú eres uno de los seis testigos sentenciados, a morir de canguelo.

—No lo soy.

—Estamos en el terreno de las hipótesis teóricas, hombre. Regresaste de Londres con la maldición de la ejecutada al lomo. El pueblo te mira con lástima, y quieras o no, tus nervios empiezan a vibrar.

—No me vibran porque no soy ningún alfeñique medroso.

—Tú no, pero los otros sí. El que era menos impresionable, el doctor Bond, ha sido el primero en estirar la pata, muerto de miedo. Reconstruyamos los hechos, viejo. Estás en la cama roncando a gusto, y de pronto te despiertas, porque algo araña en tu ventana. Miras, ¿y qué es lo que ves?

—¿Qué es lo que veo? —quiso saber Wilmot.

—Cualquiera sabe —dijo Cobb enigmáticamente. Y bajando la voz en murmullo, añadió—: A lo mejor ves r. Muriel Kendal.

Cyril Wilmot, cogiendo la botella de ron se escanció un generoso chorro en la taza de té. Encogió los recios hombros.

—No fastidies. ¿Cómo voy a ver a la ahorcada?

—Ahí está, ahí está el truco. Lo ves. No será ella, pero tú la ves.

Ahí, en pie, tras los cristales, toda blanca, suelta la cabellera, crispadas las manos y mirándote de un modo escalofriante. Te arrugas.

—No me arrugo. Voy a por la aparición, y la agarro por el pescuezo.

—Ahí está, ahí está donde te esperaba yo. Dices que vas y agarras por el pescuezo a la figura. ¡Y tus manos cogen aire, puro aire helado! ¿Por qué?

—Porque la figura se ha largado.

—No, hombre, no. Porque la vieja bruja que está como un cencerro, anda aprovechando la ocasión para hacer alguna de sus tretas de magia. Y el móvil es clarísimo. Siempre ha dicho ella que su gran ambición es conseguir muchos prosélitos. Gente que crea en sus dotes de maga.

—Hombre, puestos a meditar, reconozco que tu pista no es del todo idiota, Cobb.

—¿Verdad? Tú vas a visitarla, diciéndole que vienes de Londres, y que eres el mensajero de una secta.

—¿Cuál secta?

—Por ejemplo, la secta de los satanescos. Entonces, mencionas la muerte de Bond, y la sonsacas, haciéndote el espirituoso.

—¿Cómo me hago el espirituoso?

—Le dices que la secta satanista tuya quiere nombrarla a ella presidenta honoraria, por ejemplo, si ella tía pruebas de ser alguien de peso en estos jaleos.

—Parece que estás atinando, Cobb. Pero la vieja me conoce.

Hilary Cobb palmeó un libro sobre la mesa.

—Este manual contiene el capítulo referente a la conveniencia, en algunos casos, de recurrir al disfraz sencillo. Eres moreno. Te encasquetas una peluca rubia, unas gafas oscuras y parafina por la cara. Yo te ayudaré, y nos vamos a calzar un triunfo estrepitoso. Nos ascienden sin exámenes, viejo.

—¿Dónde encontramos una peluca rubia?

—Panocha de maíz.

Cyril Wilmot, adheridas a la badana del sombrero las rubias hebras, se miró al espejo. Las gafas solares y la parafina rosada en las mejillas, nariz y mandíbulas, le habían cambiado el aspecto.

Momentos después, ante la puerta del domicilio de Sheila Price,

aplicó la mano en el asidero.

La puerta se abrió, y entrando saludó Wilmot:

—Buenas noches, señora Price. Mal tiempo, ¿eh? Estaba a solas. Escrutó la modesta antesala. Alguien se movía en la contigua salita que oficiaba de gabinete para consultas gratuitas.

Quince minutos después, Cyril Wilmot irrumpía en el cuarto de guardia, gritando:

—¡La vieja! ¡Ahorcada!

CAPÍTULO VI

—Muerto de miedo —repitió Craig Rutland.

La declaración realizada con su voz cavernosa, produjo tres reacciones distintas en sus oyentes.

El pastor Honey frunció las cejas con aspecto de reprobación.

Tony Preston movió la cabeza con expresión intrigada. Norman Sanders examinaba el indefinible semblante del australiano. Dijo:

—Su dudoso gusto por la morbosidad, Rutland, podría ser una manifestación de su afición a pretender asombrar a los filisteos, que somos aquellos que desconocemos las complicadas derivaciones del arte. Pero suscita usted mi curiosidad. ¿Me permite analizar sus últimas frases?

—«Si quieres ser feliz, como dices, no analices», aconsejaba un tierno vate ibérico. Me complace suscitar su curiosidad, fiscal. Caballeros, tienen el privilegio de asistir al portentoso duelo verbal entre una personalidad del foro y una eminencia lírica. Le cedo la palabra, fiscal.

—Ha declarado, ante dos testigos, que se había iniciado el cumplimiento de la maldición de Muriel Kendal. Posiblemente, ni el reverendo Honey ni el señor Preston están en antecedentes del caso.

—Yo, sí —dijo Preston—. Precisamente le recuerdo ahora, Sanders, que ya le expuse mi deseo de hacerle algunas preguntas. El caso Kendal me interesó mucho en plan profesional.

—¿Profesional? —indagó Sanders.

—En mi circuito de visitas de fin de otoño, estaba incluido Caleyham. Ya sabe que la técnica del vendedor exige conocer los detalles locales interesantes, para abrir el fuego.

—Leí con sumo interés el proceso Kendal —afirmó el pastor—. La Prensa sensacionalista trató de desvirtuar sus sólidos argumentos

acusatorios en las alusivas a la inexistencia de manifestaciones sobrenaturales, salvo las reconocidas por el dogma canónico.

—Fiscal, concentre su atención en mi persona —exigió Rutland.

—Usted, por arte y oficio, domina el significado que implica el uso de cada palabra, Rutland. Afirmó que se había iniciado el cumplimiento de una maldición. Le pregunto concretamente a qué maldición se refiere.

—Muriel Kendal proclamó a los cuatro vientos tribunalicios que desde la sima de su fosa surgiría para vengarse.

—Rectifique, Rutland.

—Ratifico, Sanders.

—Muriel Kendal no anunció que saldría de su tumba, sino que desde el fondo de su tumba maldeciría. El matiz es importante, Rutland. ¿Lo admite?

—Lo admito. No obsta a la veracidad de la maldición que ella lanzó contra siete personas.

—Rectifique, Rutland.

—Ratifico. En el epílogo del proceso, echó un maleficio contra los seis testigos de cargo. En su tránsito hacia la horca, incluyó en el maleficio a un séptimo personaje. Usted, fiscal.

—Los seis testigos y yo gozamos de excelente salud —especificó Sanders.

—Rectifique, fiscal —y la sonrisa de Rutland compendiaba sardónica fruición—. Los testigos fueron seis. La esposa de nuestro posadero, un farmacéutico y su ayudante, una pitonisa, un sargento rural y un médico ídem. Declaro, afirmo y sostengo que uno de los seis testigos pasó a peor vida.

—Por favor, señor —suplicó Honey—. Su última frase es irreverente.

—Pasó a peor vida, porque siempre es peor morir que seguir viviendo, aunque sea miserablemente. Su mirada rezuma astucia, fiscal. Expela el dardo.

—¿Desde cuándo se halla usted en Caleyham?

—Desde las cinco y cuarenta y ocho minutos, momento solemne en que el registro de esta posada se convirtió en documento que pasará a la posteridad, al estampar yo mi firma.

—¿Vino directamente a Caleyham?

—Desde Londres.

—¿Era Caleyham el punto final de su viaje?

—Esta pregunta capciosa e insidiosa, requiere la exposición de datos preliminares. Pamela Norris, la excelsa actriz, está leyendo con honda reverencia mi obra lírica intitulada: «Elegía a un cuarteto». El cuarteto se compone de tres esposas desilusionadas, exhalando y extrovertiendo sus quejas a un asesor: el marido de una de ellas. Acabo de ofrecerles las primicias de tres actos que pasmarán el mundo teatral. ¿Chocante el tema, pastor?

—Nada escandaliza si la finalidad es aleccionadora y moral —declaró Honey untuosamente.

—Mi finalidad es demoledora y amoral. Pamela Norris deseaba admirar el paisaje escocés. Consentí en acompañarla y el temporal la intimidó, decidiendo de mutuo acuerdo protegernos en esta posada contra la inclemencia asolando la ruta. Mi respuesta satisface su pregunta, fiscal.

—No por completo. En las horas anteriores a la cena supongo que recorrería el pueblo.

—Suposición errónea. Todos los panoramas que pueda ofrecerme el globo terráqueo se esfuman ante mi panorama interior. Los paisajes que admiré en mi adolescencia, hoy sé que son engañosos y falaces. De lejos, la verde vegetación de una isla nos maravilla. De cerca, su población de mosquitos nos zahiere. Y por último, desde Copacabana a su antípoda, todo es igual y nada cambia, porque el ser humano es el mismo por doquier. No recorrí ni pienso recorrer este pueblo.

—¿Recibió alguna visita?

—Mi fama sólo impregnó las minorías. No recibí ninguna visita.

—¿Quién murió de miedo, Rutland?

—El doctor Basil Bond.

Las luces se apagaron. Desde la cocina gritó Atkins:

—¡Llevo lámparas inmediatamente, caballeros!

—Primero las señoras y después los niños —indicó Rutland.

En la total oscuridad, relucían tres puntos rojizos. Los extremos encendidos de los habanos que fumaban Sanders, Preston y Rutland.

Desde el rellano superior, completamente en tinieblas, Telma Smith notificó:

—Se averió la luz, Norman.

—Atkins lo remedia —dijo Sanders.

James Atkins, sosteniendo un quinqué en cada malo, titubeó.

—Las señoras primero, Atkins —aconsejó Sanders—. Hay atisbos de sensatez intermitente en sus parrafadas, Rutland.

—¡Elisa, apresúrate! —ordenó Atkins, subiendo las escaleras, aureolado por el oscilante y doble halo luminoso.

—La negrura actual nos remonta a épocas acordes con el decorado —manifestó Rutland.

—Nos hallamos lejos de los tiempos supersticiosos, Rutland.

—Pero no obsta para admitir que el doctor Bond, que atestiguó en el proceso de Muriel Kendal, era un testigo ecuánime y aplomado, fiscal. Un hombre sin aprensiones supersticiosas. Y esta misma madrugada, en las postrimerías del año 1932, Basil Bond, de sólido organismo, ha muerto de miedo —especificó Rutland.

—Al carecer esta localidad de emisora y Prensa, tengo que poner en duda su aserto, Rutland. Lo considero un toque más en el exhibicionismo de su excentricidad. Usted especula con el lóbrego ambiente, la noche tormentosa y la luz de los quinqués…

Elisa, la criada, depositó un quinqué en el centro de la mesa y otro en el extremo. Dijo baja la mirada:

—Disponemos solamente de un quinqué por habitación, caballeros. Nosotros utilizamos candiles.

—Perfectamente, pizpireta paloma —bisbiseó Rutland, contemplándola con avidez.

Ella se alejó apresuradamente hacia la cocina. Añadió Rutland:

—Una Dulcinea digna de profundizar en su estudio. Trenzas ingenuas, labios perversos.

Los reflejos de las mechas embebidas en petróleo daban extraños realces a los rostros de los cuatro contertulios.

Tendió Rutland la diestra en blando ademán hacia Sanders:

—Las emisoras y los periódicos son el sucedáneo moderno de un medio de propagación mucho más antiguo, fiscal. Adivine, adivinanza.

—La voz popular no es precisamente la voz divina.

—Coincido plenamente —aprobó Honey—. Deben excusarme, señores. Me atengo siempre a un meticuloso horario y es mi hora de recogimiento. Buenas noches.

Portando su quinqué se dirigió a las escaleras. Atkins vino a

colocar otro en la mesa, regresando a la cocina.

Anthony Preston comentó:

—Los temas escabrosos han ahuyentado al pastor.

—Lo escabroso es imitar al avestruz. No escondamos nunca la testa en la arena. Seamos vanidosos cuando podemos serlo. Como era de esperar, fiscal, acertó la adivinanza. Yo, sin radio, sin periódico, sin salir y sin recibir visitas, supe lo que usted ya sabía horas antes.

—Afirmación que precisa ser demostrada, Rutland.

—Un fiscal londinense, sibarita por medios y gustos, no viene a alojarse en un mesón aislado, por típico que sea. Usted se ha presentado en esta localidad, porque alguien le comunicó la brusca defunción del doctor Bond.

—Reitera usted una esquela que no ha sido publicada.

—En tiempos pasados, el alcalde delegaba sus mandatos o las incidencias de su rebaño en un pregonero, el cual en plena plaza pública, redoblaba el tamboril y con mayor o menor pericia, entonaba un solemne canturreo: «De orden del señor alcalde se hace saber, que el borrico del tío Andrés, decimos, el borrico del tío Andrés, se extravió por los pastos…», etc. ¿Le Causo hilaridad, Tony?

—No lo puedo remediar, Craig. Usted me divierte.

—Grave ofensa a mi trágica angustia recóndita. Todo depende del color del cristal al través del cual miramos. Para usted, Tony, soy un payaso. Para el fiscal soy eminentemente sospechoso. Concretamente, Sanders, ¿sí o no?

—Tendríamos que partir siempre de un axioma elemental, Rutland. En toda indagación, el que suscita más sospechas nunca es el asesino. Es axiomático y demostrado en las novelas y películas. El asesino es axiomático y demostrado en las novelas y películas. El asesino es el ser de más inofensiva apariencia.

—Entonces, ya tenemos al prototipo ideal del asesino que hemos de hallar. El pastor Calvin Honey —afirmó Rutland—. Apacible, meloso y espirituado, si bien deglute con voracidad.

—En la vulgar y corriente existencia real, Rutland, suele suceder que el sospechoso es el delincuente que se busca.

—Búsqueme y encontrará una mente criminal. Pero soy demasiado perezoso para fatigarme en los esfuerzos que requiere la

matanza de un ser humano.

—Le ruego nos ciñamos a lo concreto. Su conocimiento de la presunta muerte del doctor Bond.

—Una da mis predilectas pasiones es escuchar tras las puertas. Oír voces desconocidas en murmullo confidencial me deleita. Cuando la excelsa Pamela quedó instalada, bajé a curiosear. La señorita Smith estaba de cara al fuego, absorta en la lectura de un novelón amoroso.

Una mujer, con trazas de fregona fisgona, descendía por las escaleras conducentes a la vivienda cocineril de los Atkins.

Tendió repentinamente Rutland el índice apuntando hacia Preston:

—Le cedo la palabra, Tony. Pasa usted a ser el orador.

—Yo soy el público espectador —rió Preston.

—Ante su reticencia, le acuso entonces de sonsacar en ronda de comadres —manifestó Rutland—. ¿Qué bacía usted en la cocina, a las seis y veintiún minutos? Siempre miro el reloj cuando presumo palpita peculiar pábulo propicio posteriores preguntas, Preston.

—Vaya por Dios… Ahora la cogió conmigo —rió Preston—. Bajé a la cocina para preguntarle a la señora Atkins si era posible obtener agua caliente para afeitarme, porque el termo del cuarto de baño no funcionaba. Y entró la señora Barney.

—Rectifique, Tony —exigió el poeta.

—La señora Barney estaba hablando cuando yo llegué, y pasó a un cuarto anexo. Regresó a la solicitud de la señora Atkins.

—Y yo pregunto, señores del jurado, la razón por la cual, si el sospechoso Tony Preston sabía perfectamente que el doctor Bond había muerto en rara postura definitiva y póstuma, el mencionado sospechoso se calló hasta que lo desenmascaré.

—Le está parodiando —sonrió Preston mirando al fiscal—. La señora Barney le contaba a la señora Atkins que el doctor Bond había muerto esta madrugada, y que su cara expresaba miedo. He de repetirle, Sanders, que ya le indiqué que deseaba hacerle unas preguntas.

—Hágalas. Le escuchamos —dijo Rutland.

—¿Tiene atribuciones un sargento de policía rural para mantener secreto un asesinato? —preguntó Preston.

—¿El sargento rural le comunicó algún asesinato? —rebatió

Sanders.

—No, claro que no, pero la señora Barney dio a entender que el doctor Bond no murió de muerte natural.

—Hecho que no le pertenece aquilatar, Tony. —Y poniéndose en pie, cogió Rutland su quinqué—. El que debe aquilatar y preocuparse es Norman Sanders. Figura en la lista de futuros cadáveres asustados. Y la señora Atkins, ídem. Me deseo muy buenas noches.

Y el australiano se dirigió con lenta majestuosidad hacia la escalera, subiendo los peldaños con deliberada gravitación, haciendo crujir la madera.

Tony Preston, levantándose, empuñó su lámpara y sacudió la cabeza:

—Lo menos que puede decirse es que es un tipo original. No creo que los australianos sean así. ¿No era australiana Muriel Kendal? Buenas noches, Sanders.

El fiscal, a solas, contempló la blanca ceniza de su cigarro.

Resultaba indudable que apenas llegase, el enviado de Scotland Yard indagaría el pasado de Muriel Kendal, en busca de algún indicio revelador.

Se preguntó a sí mismo: ¿quién trataba de hacer efectiva la amenaza de Muriel Kendal?

Meditativo, subió las escaleras, deteniéndose en el rellano.

La blanca mano que ondeaba se prolongó en brazo ceñido en tejido de punto azul, terminando de abrirse la puerta.

En el umbral, murmuró Tétala Smith:

—Es horripilante, Norman. Escuché la conversación y ahora me he enterado que reside aquí mismo uno de los testigos… La pobre Mary Atkins. ¿Te gusta mi «Meyba»?

—Me place, pero es indecoroso. Si en vez de azul, fuese blanco, serías Eva antes del pecado original. Juegas con fuego, tía Telma. Cierra la puerta y aleja tu visión de mis débiles pupilas. Fuerte es mi espíritu, pero…

—Mi balcón da al patio y si vieras el patio, te impresionaría mucho, Norman, muchísimo. Un sudario blanco y extenso, removiéndose al impulso de los arbustos… ¿Sabes que el poeta me dedicó un madrigal al pasar por delante de mi puerta?

—Ah… ¿Tenías la puerta abierta?

—Pensaba que eras tú. Me recitó no sé qué acerca de una soberana sultana sensorial, y rodaba los ojos como un demente. La verdad es que me da miedo este australiano.

—Cierra bien tu puerta, Telma. No por los espíritus, sino por los poetas.

—Sólo hay uno aquí, Norman —insinuó ella.

—Soberana seductora solapada, ¡cierra ya!

Entornó ella con suavidad. Complacida, porque los ojos azules de Norman Sanders, siempre fríamente analizadores, se entibiaban al mirarla en determinadas ocasiones.

Y pensó ella que la misión de la mujer siempre había sido una y primordial: seducir solapadamente.

Paseando ensimismada por la habitación, se aproximó al balcón, frotando con el codo el vaho interno del cristal.

El parque semejaba un mar de fantasmales sudarios y oscuras masas moteadas de blancor, agitándose con lastimeras protestas bajo el embate del viento aullante.

De pronto, Telma Smith permaneció inmóvil, reteniendo el aliento. Una sombra se deslizaba por el patio, escurriéndose hacia el sendero posterior. La sombra alta y oscura se destacaba en contraste con la capa nevada.

Telma Smith volvió a respirar al identificar la sombra. Una persona de carne y hueso.

Decidió que a la mañana siguiente le revelaría a Norman que un huésped efectuaba misteriosa escapadas nocturnas, rehuyendo la salida normal.

CAPÍTULO VII

En el centro del techo, el sólido garfio estaba destinado a soportar el peso de una lámpara por pesada que pudiera ser. El garfio tenía dos resaltes remachados en la vigueta central.

Y Sheila Price pesaba poco.

El búho, el murciélago y el sapo, se acurrucaban en confraterna unión en la esquina entre el barguero y la pared.

La verdosa iluminación ya no lucía. Una lámpara de butano ardía encima del bargueño. La mesa había sido derribada violentamente.

Howard Mason se acarició la mandíbula. Después, se enfundó unos guantes de piel gris oscura, forrados interiormente de lana. Agrandaban el tamaño de sus manos, de por sí anchas, y de cortos dedos cuadrados en sus yemas.

Levantó del suelo la bola de cristal compacto, haciéndola girar al trasluz. La colocó nuevamente donde estaba cuando entró.

Los colgantes pies de la ahorcada se moldeaban en pantuflas cerradas por una cremallera hasta el tobillo.

Pensó Mason que en vida, aquellos pies carecían de fuerza suficiente para derribar la voluminosa mesa, cuyo brasero eléctrico era un peso complementario.

En el recibidor oyó la voz de Cyril Wilmot invitando:

—Por allí, doctor.

Percival Lodge entrando, habló secamente:

—Tenía usted autoridad propia para descolgar a esta pobre anciana, sargento.

—Ya no es una pobre anciana, sino un cuerpo muerto, una víctima. Usted, subiéndose en la silla, puede, sin tocar nada, darme su primer diagnóstico.

Percival Lodge, cuarentón flaco y hosco, se subió a la silla. Empezó su examen, mientras vuelto de espaldas, Wilmot refunfuñaba:

—La vieja ofrece un espectáculo muy desagradable, sargento.

—Podrá evitarse otros peores, cambiando los estudios de su oposición. Existen plazas de carteros, bien remuneradas, Wilmot. Y de una vez por todas, le conviene asimilar que no somos duros por naturaleza, sino por rutina obligada. ¿Suicidio, doctor?

—No.

Y bajando de la silla, Percival Lodge señaló la mesa:

—Póngala en pie, Mason. Tenderemos en ella a la muerta.

—Lo siento, pero Hilary Cobb tiene que sacar fotos. Rutina, ¿sabes? Pero me pagan para que anteponga mi respeto a la rutina al respeto que me inspiran las víctimas. Hola, Cobb. Enfoque cuatro planos angulares, y un primer plano de la soga. Usted, Wilmot, venga conmigo y explíquele al doctor su hallazgo.

Pasaron los tres al recibidor. Disparó Cobb en el gabinete su primer «*flash*».

Cyril Wilmot inició su explicación:

—Yo vine a visitar a la vieja porque Hilary Cobb me convenció de que era apremiante someterla a un interrogatorio astuto.

—Esto ya me lo aclaró, Wilmot —gruñó Mason.

—La puerta estaba abierta y entré, llamando a la vieja. Pero ella no se asomaba, y entonces me asomé yo al gabinete. Allí estaba ella. Ahorcada. Como era mi obligación, no toqué nada y corrí a avisar al sargento. Me ordenó que fuese a buscarlo, doctor.

—La lámpara de butano la encendí yo —expuso Mason—. La luz verde del gabinete astral se apagó estando yo dentro. Wilmot, vaya al cuerpo de guardia por si se presenta alguien.

Ya a solas con el doctor —preguntó Mason:

—¿En qué me baso para refutar la posibilidad de un suicidio?

—En las dos huellas que han dejado hematomas a cada lado de la garganta, y que no son obra de la cuerda. Primeramente fue estrangulada y luego la ahorcaron. Innecesariamente, porque los hematomas indican por su hondura que la estrangulación ya había producido la muerte por asfixia, aparte de la rotura vertebral inferior al entronque del nudo corredizo.

—¿Estudió medicina forense, doctor?

—Un médico rural está obligado a estudiarla, por lo menos en sus puntos fundamentales de reconocimiento de cuerpos.

Hilary Cobb, asiendo la cámara fotográfica, anunció:

—Todo quedó plasmado, jefe.

—Vaya a revelarlas.

—A la orden, jefe. Le digo a Wilmot que duerma el primer turno, ¿no?

—De acuerdo.

Entró Mason en el gabinete y puso la mesa en pie. Encaramándose a la silla, alcanzó el garfio. Rodeó con su otro brazo la delgada cintura de Sheila Price.

Izó el cuerpo.

Enlazando la muerta que reclinaba su cabeza en su hombro, bajó de la silla, y la tendió sobre la mesa. Aflojando el nudo corredizo, dijo:

—Como la circulación por carretera y vía férrea, está totalmente paralizada, tengo que tomarme libertades. No puede venir el «coroner», ni es de esperar que el hombre de Scotland llegue antes de mañana. Usted se convierte en mi testigo y ayudante, doctor.

—Así es.

—Habrá asistido a muchos casos de ahorcamiento.

—Pocos, pero suficientes.

—Habitualmente, el que se suicida ata un extremo, se coloca en torno al cuello el otro extremo en nudo, sube y derriba el soporte. Sheila Price subida en la mesa, pudo derribarla. Es de corta talla, y tuvo que subir a la mesa. En los estertores pudo sacar la necesaria fuerza nerviosa que le permitiese derribar la mesa.

—No me quiera atrapar en falso —masculló el médico—. Nos conocemos ya, Mason, y su cazurrería sobra conmigo. Sabemos perfectamente que ningún suicida consigue hacer un doble nudo.

—Exacto, exacto, doctor. El remate de la cuerda al otro extremo del nudo corredizo, quedó cerrado en torno al corto trecho de soga que colgaba del garfio. Ahora bien, ella pudo hacerlo estando en pie sobre la mesa. Mide un metro cincuenta y cinco, exactamente.

—¿Y sus pies a qué distancia se hallaban del suelo, Mason?

—A veinte centímetros más arriba que la superficie de esta mesa. Eso es, doctor. No cabe mantener la hipótesis de suicidio. Y existe un detalle que me tranquiliza. La cara de Sheila Price no

manifiesta terror alguno.

—La asfixia desfigura y borré toda expresión que existiese anteriormente al cese de las palpitaciones bronquiales y cardíacas.

—Por lo tanto, la inexpresividad ya no es un indicio. Porque, lógicamente ella tuvo que aterrorizarse al ser agredida. Y no por un duende ni un espíritu.

—Por favor, Mason, nada de ironías macabras.

—Muy lejos de mí tal intención, doctor. Usted confirma que ningún ser ingrávido y ultraterrenal pudo estrangular, suspender y confeccionar dos sólidos nudos. La víctima murió estrangulada y su agresor derribó la mesa en el forcejeo con la víctima. He dicho un agresor, aunque una mujer de mediana fuerza pudo también estrangular a la débil anciana. Pero descartamos así absurdas teorías.

Lodge examinaba los hematomas. Asintió, prosiguiendo la inspección.

—Lo evidente es que quien estranguló quiso que la horca figurase como instrumento de muerte. No es sicosis mía, sino la que pretenden inculcar en el pueblo. Afortunadamente, esta muerte no se propagará. La pobre vieja pasará a la comisaría, envuelta en una manta. La transportaré yo mismo. Mañana llevaré el informe para el juez comarcal. El suyo, doctor, puede redactarlo en mi despacho.

Saliendo del laboratorio fotográfico, Hilary Cobb encendió una vela, encajándola en la palmatoria. Entró en el cuarto de guardia, escasamente iluminado por un candil.

Sentado en el catre, Cyril Wilmot terminó de enroscar los dos ajustes de la lámpara de carburo y encendió. El chorro blanco resplandeció y gruñó Wilmot:

—Apaga el cirio y la aceitera, Cobb. Estuviste muy acertado al mandarme a casa de la vieja. Un gafe, eso es lo que eres tú.

—Parece mentira que seas tan ceporro, hombre. Fuiste un águila. Si no llegas a ir, gracias a mi consejo, la vieja seguiría de péndulo hasta quién sabe cuándo. Tú le diste las pistas al jefe, al pillarla aún calentita.

—Tiene castaña la cosa. ¿Y la bronca que me enjaretó por tu culpa? Con las prisas me olvidé de sacarme la panocha del sombrero y la cera del hocico, cuando le di el parte. Me miró con muy mala uva, diciendo: «Wilmot, voy a pedir que le condecoren

con la más alta encomienda policial». Casi me lo creí, al hacer él la pausa. Y va y me dice: «La encomienda a la idiotez elevada al grado de mentecato insuperable».

—Este jefe tiene cada golpe redomado que desternilla. Oye, cuando entraste en el gabinete y te sacó la lengua la pobre bruja, te debiste llevar un susto morrocotudo.

—Calla, hombre… Primero se me echó encima un pájaro.

—Era Asmodeo, el murciélago.

—Le largué un manotazo que lo dejé tambaleando. Fue a acurrucarse lo más lejos posible. Luego, otro pájaro…

—Garpala, el búho.

—Al Garpala lo vapuleé con otro castañazo. Se fue •ojeando al refugio. Y a todo eso, aventando pájaros, descubrí a la vieja. Entonces, por el suelo…

—Hizo una zapateta Sufron.

—¿Qué Sufron? Era un asqueroso sapo que brincaba de un lado a otro. Le aticé un patadón y renqueando se dirigió al refugio. Comprobó que no quedaban ya más animales, alborotando y visto que la vieja estaba bien muerta, salí de estampía.

—Te ascenderán. Claro, viejo. Te has portado como un castizo, gracias a mi asesoramiento técnico. Llegaste como los bomberos. Donde hay fuego, allá van. Recién ahorcada la vieja allá fuiste. Si esto no es tener un olfato de sabueso excepcional… que baje Sherlock Holmes y lo vea.

* * *

En el rellano a oscuras del primer piso de la Hostería del Ciervo, dos manos enguantadas palpaban con suavidad la puerta de una habitación. Un guante gris plomizo se aproximó a la manija, mientras el otro rodeaba una linterna eléctrica, apagada.

Desde dentro de la habitación, abrió Norman Sanders, de golpe.

El foco de la linterna le deslumbró una fracción de segundo. Después, iluminó la habitación, porque el abogado se apartó a un lado, apenas hubo abierto.

El visitante anunció:

—Espero no haberle despertado, Sanders.

—Solamente son las nueve y media, Mason.

El sargento, al entrar, examinó la amplia habitación, con fuego de chimenea en una esquina, dos sillones confortables, mesa, armario y un gran lecho antiguo de cuatro postes, cortinas y baldaquín. Lo único moderno, aparte los dos sillones, era el anexo compartimento de aseo.

—Dormir en este lecho ha de producir la impresión de hallarse en época lejana. La iluminación del quinqué colabora. Puedo ofrecerle *brandy*, Mason.

—Acepto sin remilgos. Aquella puerta, ¿comunica con la otra habitación?

—Con la ducha, baño, sanitario con desodorizante y lavabo. Confort moderno en marco de arcaico sedante.

—Y gruesos muros que dan insonorización. Sheila Price ha muerto entre las siete y las ocho.

Norman Sanders escanció *brandy* en las dos copas.

—A las ocho empezamos a cenar aquí, Mason.

—No pude avisarle, porque cuando quise telefonearle, quedó cortada la línea por el apagón general. Al parecer la avería eléctrica se extiende por todo el litoral en unos veinte kilómetros a la redonda. Lo hizo saber un tractorista. El huracán ha derribado algunos postes, varios tendidos y creo que un transformador.

—¿Scotland Yard?

—Suelen ser calmosos. El enviado se presentará cuando pueda viajar cómodamente. Mañana, pasado o el otro. El otoño pasado estuvimos incomunicados tres días. Actualmente, usted y yo tenemos que enfrentar la realidad de dos muertes casi consecutivas.

—Sheila Price, la alucinada por sus propias manías, ha muerto, segunda realidad.

—Llegué a sospechar de ella, lo confieso. La estrangularon.

—Entonces, en principio, se elimina una injerencia inexplicable.

—Colgaba del techo de su gabinete astral. Ahorcada.

Norman Sanders paladeó un sorbo de coñac, imitado por el sargento.

—Se le presenta un posible problema de difícil incógnita a resolver, Mason. Un loco vesánico o un maníaco suelto por el pueblo.

—Teoría que me atosiga desde esta mañana. Ojalá no sea así, porque en tal caso…

En la pausa, esperó Mason, en vano, un comentario. Añadió:

—En tal caso, se hace muy dificultoso hallar un rastro lógico.

—Usted inició la truncada frase con la expresión «en tal caso», pero ¿la terminó como pensaba primeramente?

—Sin rodeos, Sanders. Usted está en peligro.

—Como usted, como Sheridan, como Carol Charmer y como Mary Atkins. El demente, maníaco o lunático, ya ha eliminado a dos testigos. Seguirá, porque las circunstancias le favorecen. ¿Qué medidas tomó, Mason?

—Usted y yo nos podemos proteger cada cual, estando sobreaviso. Mary Atkins tiene a su marido, que no se arredra fácilmente.

—Queda entonces únicamente asegurar la protección de Sheridan y Carol Charmer. Residen en el mismo domicilio, ¿no?

—Hilary Cobb ha ido allá para vigilar dentro de la casa. Envidio francamente a los detectives norteamericanos, Sanders. Un privado de Los Ángeles pasaría el rastrillo por la población y entre los cuatro mil habitantes de este pueblo, extirparía la mala hierba del loso vesánico. Pero yo, un campesino, no logro encontrar el medio que me permita seleccionar al demente que se parapeta entré cuatro mil seres aparentemente normales.

—Ni lo hallaría el mejor técnico de Scotland, por el momento.

—Deseo someterle una teoría, Sanders. Alguien del pueblo, enamorado secretamente de Muriel, entrevistándose con ella también secretamente, ha resuelto en homenaje póstumo eliminar a quienes testificaron en su contra.

—Teoría muy sensata, dando por cierta la posible insensatez de este secreto enamorado.

—Y siendo un romance secreto mientras ella vivió, ¿cómo puedo ahora descubrir al sanguinario enamorado? Puede ser el tendero que traía las provisiones, el veterinario que iba a curar los perritos de las hermanas Roos, yo mismo…

—Irene Roos era una fanática del ajedrez.

—¿Cómo movía las piezas?

—Cantaba sus jugadas y movía Muriel Kendal por ella. Gracias por el coñac. Supongo que nos podemos decir, hasta mañana. No me acompañe. Tengo mi linterna.

—¿Le gusta el ajedrez, Mason?

—Mucho. Cada dos o tres días iba yo a jugar con Irene Roos. Y también Vince Sheridan, el farmacéutico. Buenas noches.

* * *

Vince Sheridan movió la torre de dama. Marjorie, sentada en la cama, arropada bajo un chal amarillo, bufó colérica.

Obesa y nerviosa, teñido de intenso negro el cabello, su papada temblaba al menor movimiento.

—Atrás, tonto. Si quitas la torre te doy jaque triple.

—Pieza tocada, pieza movida, querida mía.

—Lo que quieres es ir a dormir, y juegas de cualquier modo. Es la tercera partida que te gano. Si hubiese algún testigo te fijarías más.

—Hagamos una apuesta, Marjorie. Te doy un caballo de ventaja, y me corto las pestañas si no te gano.

Fingió ella una carcajada silenciosa. Ondeó el embozo y el chal.

—Y si ganas, ¿qué pides?

Vince Sheridan sonrió tímidamente:

—Te enojarás, querida.

—Estamos solos, imbécil. Y solamente yo y tú sabemos la clase de alimaña que eres. Mucha fachada de respetabilidad, pero a mí no puedes ni nunca pudiste engañarme. Vince Sheridan. Te lo adiviné hace tiempo…

—Ah, querida mía, no vuelvas a repetir aquel absurdo infundio que tú misma inventaste.

—Estabas enamorado de la australiana.

—Y lo demostré declarando en contra de ella.

—No te quedó más remedio. Lo que se despacha en la farmacia apuntado queda en el registro, cuando puede ser tóxico. Estabas enamorado de la australiana, y por esto acudías con tanta frecuencia a jugar al ajedrez con la pobre Irene. Para poder adorar en silencio a Muriel Kendal.

—En el fondo te consta que en mi vida no ha habido más que una mujer. Yo me enamoré de ti hace dieciséis años, Marjorie. Desde entonces, me he quedado inmunizado por completo.

—Esto exijo que me lo aclares, bribón.

—Entonces, tenías veintidós años. Te podía abarcar el talle entre

mis dos manos cerradas. No comías para guardar la línea y me sedujo tu palidez. La romántica Marjorie que lloraba leyendo a Tennyson y a Keats. Nos casamos, y por ser yo un calzonazos, ocurrió la que fatalmente debía suceder: te desquitaste del ayuno de soltera. Ya no leíste sino libros de cocina, y te importó muy poco que yo te rogase continencia. ¿Qué queda de la romántica Marjorie? ¿Qué queda del ilusionado Vince?

Quitándose los lentes, Sheridan limpió los cristales, húmedos los ojos.

Marjorie Sheridan empujó por un hombro a su marido, con gesto torpe que pretendía ser cariñoso. Y hacía años que su voz no sonaba afectuosamente.

—¿De veras te inmunicé contra todo enamoramiento, Vince?

—No existió ni existirá otra mujer para mí. Sólo una. La Marjorie que leía a Tennyson y a Keats. Aquella esbelta criatura es la que salva y protege de mi rencorcillo a la presente jamona que ladra, tiraniza y se aburre porque no rechisto.

Murmuró ella:

—Si me das un caballo de ventaja y pierdo yo, ¿qué he de hacer?

—Ponerte a dieta, chupar limones, beber vinagre y fundir grasas, Marjorie. Tal vez así… renazca lo nuestro de antaño. Tal vez así, volveré a enamorarme, y no de una lejana figura, sino de ti.

—Mira que eres raro, Vince. ¿Por qué he de chupar limones y beber vinagre, verdugo?

—Porque adelgaza como astringente de las paredes del estómago y da palidez, Marjorie. ¿Blancas o negras?

Palmeó ella un puño cerrado, y abriéndolo mostré Sheridan un peón negro.

A la sexta jugada, rezongó ella:

—¿Quién llamará a esta hora? Vete a ver, Vince.

—Ya abrirá Carol.

Carol Charmer abrió. Hilary Cobb, entrando, se sacudió como un perro mojado.

—Buenas noches, muchacha, aunque sea rutina, porque la noche está de órdago. Aquí estoy yo.

—Ya lo veo. ¿Qué te despacho? ¿Aspirina o fósforo?

—Guasitas, ¿eh? Despáchame medio litro de té caliente con un

dedo de ron. Vertical. El dedo de ron.

—Eres un buen amigo, Hilary, pero pasaron de las nueve y no es hora de tertulia. Me eché la bata sobre el pijama, y no estoy con ánimos de prepararte ningún «grogg».

—Ordenes son órdenes, guapa. Y donde manda sargento se calla la tropa. Soy tu ángel de la guarda.

—No me digas que el sargento Mason te ha enviado de centinela. Es absurdo, Hilary. Si el doctor Bond murió de un síncope, no es motivo de alarma.

—¿No? —y sonrió Cobb enigmáticamente—. Toma nota y suma. La vieja Price ha muerto hace cosa de una hora. Estrangulada y ahorcada. ¿Me preparas el brebaje reconfortante, sí o no, preciosa?

Carol Charmer se apoyó en el mostrador de la farmacia, parpadeando.

Aseguró Cobb:

—Como tú estás en la lista, aquí estoy yo para vigilar como un cancerbero de primera clase. Cuidando dos pajaritos del mismo tiro. A Sheridan y a ti, muñeca. Valor y tranquilidad, muchacha, que donde está Hilary Cobb la muerte huye con el rabo entre piernas.

James Atkins astillaba troncos en el cobertizo del patio, manejando el hacha con fácil balanceo. Aserró después los trozos destinados a los hogares de las chimeneas.

Su esposa Mary, apretando el chal de lana en torero a sus huesudos hombros, ostentaba una tez macilenta.

Mary Atkins nunca había sido de fuerte constitución, pero su mente no empezó a dar muestras de inestabilidad hasta después del proceso de Muriel Kendal.

—Jim, ya has cortado bastante madera. Hace frío aquí.

—No te obligué a que vinieras, mujer. Fuiste tú la que quiso acompañarme. Es también engorroso que te comportes como una niña, Mary.

—Antes, allí en la casa, la vi. Estoy segura de que había alguien en el fondo del pasillo, Jim. Poco se pocha ver, pero sé que estaba allí, acechándome.

—¿Quién te acechaba, Mary?

—Ella.

James Atkins siguió colocando tacos de madera en los capazos.

—Ella —repitió Mary Atkins.

—Si sigues así, mujer, tendremos que mudarnos de pueblo. Venderé la hostería al precio que sea, pero no puedo consentir que vayas enfermando sin remedio.

—Ella me esperaba allá, al fondo del pasillo.

—Sería Elisa.

—No era Elisa. Una mujer que no se movía. Estaba muy quieta, y no tenía rostro, Jim. Estaba encapuchada, como las que ejecutan en la horca.

—Vamos, vamos, mujer.

—El doctor Bond la vio esta madrugada.

—Si le haces caso a la comadre de Ruth Barney me enojaré contigo, mujer. Debes hacer caso de los hombres sensatos como lo son el sargento Mason y el fiscal Sanders.

—¿Por qué ha venido el fiscal a nuestra hostería, Jim?

—No venía al pueblo —mintió Atkins—. Acompañaba a la señorita Smith al norte, y el temporal los bloqueó, como a los demás huéspedes.

Alzó Atkins un capazo lleno, y resaltaron las musculosas cuerdas de su cuello y de sus antebrazos desnudos hasta el codo. El abundante vello era su protección contra el frío, aseguraba.

Salió del cobertizo, seguido por su esposa. Y llevó el capazo hasta la sala principal de la hostería, donde aguardaba Elisa.

Un candil despedía su escasa luz. Descargó Atkins el contenido del capazo en la gran caja junto a la chimenea.

—Siéntate junto al fuego, mujer. Elisa te hará compañía.

—Sí, Jim —obedeció ella dócilmente.

Se marchó Atkins, y sentada ante el fuego murmuró Mary:

—La vi al fondo de aquel pasillo, Elisa.

La criada, deshaciéndose una trenza, sonrió aviesamente:

—No piense más en ello.

—No tenía rostro. Estaba encapuchada y me esperaba, muy quieta, muy segura de que al final me mataría… ¿Qué ha sido este ruido, Elisa?

—La carcoma muerde los peldaños.

—Alguien pisa la escalera, Elisa. Pisa suave, como un cuerpo sin peso. Es una mujer… ¡Jim! —llamó Mary Atkins.

En la escalera, totalmente a oscuras, crujió un peldaño.

—¡Jim! —gritó Mary Atkins.

Su marido entró portando otro capazo lleno. Lo descargó, mientras su esposa suplicaba:

—Quédate conmigo, Jim. Elisa puede traer la madera, llenando solamente la mitad de los capazos.

—Voy ahora mismo —y se alejó ella hacia él patio.

Cerrados los ojos, musitó Mary Atkins:

—Soy un engorro para ti, Jim. Salvo cocinar, en nada más puedo ayudarte. En cambio, Elisa es joven y fuerte.

—Elisa es la criada, y tú eres el ama.

En la escalera se erguía inmóvil una alta silueta. No tenía rostro porque estaba encapuchada.

—En la escalera hay alguien, Jim. Te juro que hay alguien.

—Desde donde estás no ves siquiera el primer peldaño, mujer. Tranquilízate. Iré a ver, por si es un huésped que desea algo.

James Atkins, pisando el primer peldaño miró hacia arriba, entornando los párpados. Sombras densas. Inmóviles.

Regresó junto al fuego y sentándose en el diván, afirmó:

—Mañana mismo te llevaré a casa de mis padres, Mary. Y tan pronto venda la hostería, me reuniré contigo. Lo he decidido, y la muerte del doctor Bond me hace precipitar tu marcha.

—Entonces, tú también sabes que al doctor lo mató ella.

La silueta alta y encapuchada bajó otro peldaño.

—Elisa tarda, Jim. ¿Le habrá pasado algo?

—Voy a ver.

—No me dejes sola.

—Yo no puedo dividirme en dos pedazos, Mary. Me quedo aquí.

—No debo ser tan egoísta. Vete a ver por qué tarda tanto Elisa.

James Atkins pasó ante la escalera y cruzó el patio.

La encapuchada silueta abandonando el último peldaño, surgió de pronto.

El roce de su larga túnica negra al abalanzarse, fue lo primero que oyó Mary Atkins.

Después vio los guantes plomizos avanzando engarriados hacia su garganta.

Un grito aterrador se elevó en prolongado tono agudo.

CAPÍTULO VIII

Howard Mason entró en el cuerpo de guardia y Cyril Wilmot anunció:

—Sin novedad, sargento. ¿Le preparo un potente brebaje tonificante?

—No, gracias. Tiene la nariz como un tomate, Wilmot.

—El calorcillo de la estufa.

—Y los buenos tragos. Se está mejor aquí que en mi despacho.

—Quiero manifestarle con respeto y subordinación que tiene castaña que Cobb pernocte en la farmacia.

Howard Mason iba repartiendo sus guantes, bufanda y abrigo sobre la mesa, cerca de la estufa. Colocó el sombrero suspendido en la llave de paso del tubo de la estufa.

—No se preocupe; Cobb no beberá ningún tónico sin receta.

—Esto no me atosiga. Usted sabe que le hizo la rosca a Carol, pero yo me la llevé de calle. No jugué sucio, puesto que los dos a la vez empezamos a probar suerte y ella me prefirió.

—Guapo que es usted.

—Sí, pero Cobb no abandonó la partida. Dice que mientras Carol no sea mi novia oficial, el prado es libre y que él puede escarbar.

—En estos momentos, su compañero Cobb es un funcionario en servicio.

—Rondando por donde se cimbrea Carol.

—Carol está encerrada en su alcoba, durmiendo.

—Quiero pedirle que me autorice a relevar a Cobb.

—El entró de servicio a las nueve y media. Lleva escasamente una hora y usted duerma hasta las dos y media, hora en que relevará a Cobb.

—No puedo pegar el ojo, y no es que desconfíe de Carol que es

una chica honesta a carta cabal.

—Entonces, todo va bien en el mejor de los mundos. ¡Y no me fastidie con sus celillos! Intente dormir y si no puede, haga solitarios.

—Bien se ve que usted… Bueno, me callo.

—No, hombre, no se calle nunca si tiene algo que echar fuera o le formaría musgo en la tripa y le podría dar apendicitis. Eche fuera lo que iba a decir.

—¿De hombre a hombre?

—Que yo sepa no hay ninguna hembra a la vista.

—Usted es así de tranquilo porque nunca se enamoró.

—Me enamoré de la maestra de caligrafía cuando tenía once años, y de la panadera a mis catorce. Ni se enteraron. A los dieciocho le hacía versos a mi primera novia.

—Yo me refiero a una sola novia, la que será la esposa de uno.

—Sé lo que son los celos, Wilmot, y que muerden duro. Mi primera novia juraba que estaba loca por mí que por entonces era dependiente de la droguería de mi pueblo. Se casó con el dueño de la droguería.

—¿Y usted la dejó?

—El hombre propone y la mujer dispone. Me quedé sin novia y sin empleo tras la paliza que le di al dueño de la droguería. Mi segunda novia era una delicia, pero murió tontamente. Sí, tres días antes de acompañarme a escuchar la epístola de San Pablo, se corto en un dedo. Un corte sin importancia, y dos días después moría de tétanos. Una muerte que no se la deseo a nadie.

—Debe ser horrible. ¿Y su tercera novia?

Sonriendo, Howard Mason repicó con el índice sobre su corazón. Dijo:

—Amor secreto, pasión oculta.

—¿A que lo adivino?

—Pruebe a ver.

—La del chocolate, Katryn Diggle.

Asombrado, inquirió Mason:

—¿Por qué la menciona como mi posible novia secreta, Wilmot?

—Todo el pueblo sabe que Katryn Diggle, que está jamón y tiene más billetes que Rothschild, viene todos los fines de semana a Caleyham, sólo para ver si usted la ataca ya.

—No me había dado cuenta que era tan fascinador. Me ha ablandado el hablar de amoríos, Cobb. Vaya a relevar a Cobb.

—¡Gracias, sargento! —y salió Wilmot de estampía.

Howard Mason se encaró al espejito, mirándose detenidamente. Un rostro enjuto, como tallado a hachazos. Grandes ojos soñadores. Sonrió a plena boca. Sólidos dientes blancos, muy suyos.

—Katryn Diggle, la guapetona millonaria —meditó en voz alta —. Y yo el último en enterarme.

El grito aterrador había cesado bruscamente.

James Atkins, corriendo por el patio, entró en la sala principal y se detuvo porque los dos candiles estaban apagados y reinaba una oscuridad total, salvo en el fondo, donde el ígneo resplandor de la chimenea enmarcaba el cuerpo femenino tendido en el suelo.

Avanzando, prendió Atkins un fósforo. Por su lado, pasó corriendo una alta silueta. El fósforo se apagó.

Indeciso, James Atkins titubeó. Un resplandor precedente del rellano aureoló a Norman Sanders que aún no se había desvestido. Otras puertas iban abriéndose.

James Atkins encendía un candil y lanzó una exclamación:

—¡Dios mío!

Norman Sanders bajó las escaleras y acercó su quinqué al lugar en que se arrodillaba el hostelero.

Mary Atkins yacía de costado, pero con el semblante hacía arriba en forzada contorsión. Y su semblante plasmaba un infinito pavor.

Junto al cuello había un pedazo de cuerda, retorcido en forma de nudo corredizo.

Anthony Prestan, avanzando, dobló una rodilla proyectando la luz de su linterna de bolsillo.

—No la mueva todavía, Atkins. Tranquilícese y compruebe que su esposa vive y respira con fuerza. Se ha desvanecido y usted llegó a tiempo… Las dos manchas del cuello van enrojeciendo y es un buen síntoma. La sangre circula nuevamente tras la opresión y no se forman contornos azulados. Puede transportarla a su alcoba, Atkins.

El hostelero alzó en brazos a su desmayada esposa, yendo hacia las escaleras que, descendentes, conducían a su vivienda.

Norman Sanders escrutaba fijamente a Anthony Prestan que, sacudiéndose la rodillera, apagó su linterna y dijo risueño:

—Es preferible no alarmar a las señoras, Sanders.

En el rellano alto, Craig Rutland exponía:

—El chillido de una rupestre mesonera asustada por un roedor, es el responsable de la alteración del debido sueño reparador. Regresa al blando lecho, Pamela, y duerme tranquilamente o se resentirá tu tez de nardo. Lo mismo le sugiero, señora Smith. Y usted, pastor Honey, eche la bendición correspondiente para nuestros felices sueños. Amén.

Al pis de la escalera, Sanders indicó:

—Los nervios de la señora Atkins están un poco alterados y un juego de sombras la asustó. Atiende el sensato consejo de Rutland, Telma.

La actriz había vuelto a entrar en su habitación, así como el pastor.

Telma Smith vaciló un instante, pero comprendió que Sanders no deseaba su presencia y dando media vuelta entró en su alcoba.

Craig Rutland, en alto el quinqué, bajaba pausadamente. Preston, de espaldas al fuego, contemplaba el nudo corredizo en el suelo. Lo recogió Sanders con su pañuelo, guardándolo en dobleces en su bolsillo. Sentándose, manifestó:

—Tiene conocimientos prácticos de medicina traumática, Preston.

—Necesarios para quien viaja constantemente.

Dejando el quinqué en el suelo, Craig Rutland se acomodó en una esquina del diván. Su amplio batín de lana roja y solapas amarillas, aumentaba su corpulencia. Dijo:

—Las mentes asustadizas atraen aquello que más temen y el pensamiento constante en una calamidad presentida ejerce su influencia de imán sobre el acontecimiento que se teme. Tal teoría puede tener un ápice de verdad, ¿o es absurda, señores?

—Yo sólo sé que no sé nada —sonrió Preston.

—Su parodia del estoico filósofo cordobés, la rechazo de plano, Tony. SI lacerante alarido que perforó mi exquisito tímpano concentraba la quintaesencia de un pánico con mayúscula. Ante las damas aludí a un ratón para justificarlo. Pero reitero mi teoría de que temiendo la mesonera una aparición, la atrajo. ¿La ahuyenta mi científica explanación, Sanders?

—Voy a inquirir si la señora Atkins necesita asistencia médica.

James Atkins arropaba a la que seguía sin recobrar el sentido.

—Excúseme la libertad, Atkins —dijo Sanders, entrando. Y en voz baja añadió—: No la deje a solas ni un instante.

En una cuchara vertía Atkins coñac. Colocando el brazo bajo el cuello de su esposa, alzó la cabeza inerte, forzando entre los prietos dientes la punta de la cuchara.

En el dintel, anunció Preston:

—Yo, en su lugar, Atkins, le daría un sedante a su señora.

El posadero miró a Sanders, interrogante. Asintió el abogado, diciendo:

—Es lo más acertado para impedir que Mary, al recobrarse, sufra un ataque nervioso. Además, el señor Preston tiene conocimientos médicos.

—Voy a por el sedante —y salió Preston.

James Atkins murmuró pensativo:

—Poco antes del incidente, Mary juraba que había una mujer encapuchada en la escalera y que ya la vio antes. Enguantada, esperándola en el pasillo. Lo indudable, señor, es que intentaron estrangularla.

—No se separe de ella ni un momento. ¿Vio usted algo anormal?

—Pues, sí… Mientras prendía un fósforo, algo negro pasó corriendo. Se apagó el fósforo y pensé entonces que era un reflejo de sombras. Pero era una silueta.

—¿Baja, mediana, alta?

—Alta y ágil.

Preston, entrando, tendió una cajita.

—Es un calmante inofensivo. Dos comprimidos ahora, disueltos en leche tibia, y su esposa dormirá unas horas. Cuando despierte estará en condiciones de explicar con coherencia lo que sucedió.

—Gracias, señores.

Subiendo la escalera, expuso Preston:

—Llevo farmacopea para gripe, insomnios, jaquecas y demás menudencias de la agitación moderna.

En el rellano, Sanders replicó:

—Por unos instantes actuó usted con autoridad y conocimiento de causa.

—No quise que Atkins moviera el cuerpo, por si había fractura. Y le indiqué que podía trasladarla, porque era lo único hacedero.

No podemos recurrir a la policía local, ya que el teléfono no funciona. Además, por el momento, nada resolvería Howard Mason.

Sentándose ante el fuego, insinuó Sanders:

—Ignoraba que conociese al sargento.

De repente, ambos miraron con fijeza lo que Craig Rutland hacía restallar entre sus dos manos. Un tejido retorcido en gruesa trenza, sedoso y de color negro.

—Les recrimino por menospreciar mi perspicacia aguda y husmeadora. Sepan de una vez por todas que soy una fantástica mezcla de poderosa lucubración mental y endeble sentido práctico. Me place ser oído con toda su atención, Tony, y con todo su recelo, fiscal.

—En determinadas circunstancias, Rutland, se impone ser llano y explícito —invitó Sanders.

—¿Dónde están las nieblas de antaño? ¿Dónde la legendaria seriedad de los criminales británicos? Siempre me inculcaron el prejuicio de que los asesinos britones respetaban el decorado de las noches brumosas y amparaban su insania en la pavana de los jirones del vapor de agua, en las serpentinas neblinosas y en los velos impalpables que el tosco hijo de la Gran Bretaña tilda de «puré de guisantes».

Mientras divagaba, Rutland revolvía entre sus manos el negro tejido.

—No habiendo logrado con mi exordio exasperar la flema inglesa, expongo mi parecer sólidamente irrebatible. La señora Mary, dulce nombre bucólico, recibió una descarga de pavor de grueso calibre, provocado por una aparición sin rostro, pero de manos corpóreas. Anticipándome a sus preguntas, Sanders, oí los comentarios de Tony sobre las marcas de opresión en el cuello de la semivíctima. Y vi la aparición.

Rutland hizo restallar nuevamente el tejido negro, tensándolo de golpe a todo lo ancho de sus brazos extendidos lateralmente.

—Mientras se inquietaba por la salud de Mary, me asomé al patio y sobre el albo tapiz nevado se destacaba esta prenda. La persona que la empleó no ignoraba que escapar por entre paisajes nevados, vistiendo negro ropaje, supondría la posibilidad de llamar la atención de cualquier vecindona espiando tras ventanas. En su huida, se desprendió de esta negra tela por si era perseguida.

Aventó y el tejido negro Se extendió en amplios vuelos.

—Como una capa, toga a túnica, señores. Se ajusta al cuello con un lazo y tiene capucha con dos rendijas para otear. No incluye hebras capilares delatoras. Le cedo este trapo lúgubre para su traspaso al sabueso local, Sanders.

Recogiendo el sutil tejido que le tendía Rutland, comento Sanders:

—Siendo irrebatible su aguda percepción, pudo apreciar el contorno de la aparición que ha mencionado.

—Una sombra escurriéndose entre sombras con celeridad, imprecisa en altura y anchura. Desde el rellano mi perspectiva era escasa. Salí apenas oí el grito, pero mi volumen y mi pereza me impidieron correr escaleras abajo. Ahora bien, gracias a ser un gran imaginativo superdotado de agudísima percepción, puedo testificar que no lo juraría ante un tribunal, pero como entre nosotros caben licencias, testifico que ésta capichuela envolvía a una mujer.

Sonriente, Preston esperó el comentario de Sanders, pero éste guardaba silencio. Prosiguió Rutland:

—Tengo sueño y mi actividad cerebral por lo intensa, requiere reposo.

Recogió el quinqué y levantándose pesadamente, afirmó:

—Cubierto con esta capa, yo semejaría un elefante retozón en una tienda de porcelanas, si me viese obligado a correr. Usted, Tony, parecería un olímpico de larga zancada y usted, Sanders, un elástico intelectual que hace gimnasia. Pero Eva, siéndolo con femineidad y excluyendo marimachos, se delata al correr, porque aunque pretenda asesinar, al fugarse asustada, hace gestitos grotescos o muy dulces. No mueve los brazos en doble émbolo propulsor ni codea. Se descadera, apretando los latidos del seno izquierdo con una mano y recoge o pretende recoger el vuelo faldero con la otra mano.

—Entonces pudo verle las manos.

—Dos guantes que destacaban por su tonalidad plomiza. Y ahora, mi único deseo es que podamos dormir sin más coros de alaridos. Aunque, según ya apunté al inicio de mi instructiva conferencia, una mujer temerosa que atisbo a una encapuchada con la cual sueña despierta, la verá ahora en cualquier ondulación de cortinajes.

—Dormirá hasta por la mañana —garantizó Presión.

—Por último y en colofón, señores, les ruego que sean malignos, malpensados y ruines. Las actuales condiciones de tinieblas y solicitud transitante, favorecen a personajes ajenos al devoto rito de Muriel Kendal —y con el quinqué señaló el australiano hacia el acceso a la vivienda del sótano—. Tras aquella bambalina se mueven los actores de la eterna función tragicómica. Los galos citan el «triángulo». Yo, el terceto. Un terceto rupestre, pero humanísimo. La cónyuge enferma y mustia, el robusto barbián vitaminado y la sinuosa criadita tentadora. Plantada la cizaña en semilla, les dejo lucubrar. Me retiro por el foro.

El halo de luz oscilante, desdibujaba el adiposo contorno del que desapareció escaleras arriba.

Anthony Preston, serio el semblante, insinuó:

—Resulta intrigante este poeta que analiza con tanto acierto. Despide a intervalos tinta, como el calamar, pero oculta con las divagaciones su solidez mental. ¡Elisa!

La que se deslizaba hacia la puerta del patio, procedente de la vivienda inferior, acudió lentamente, recogida la espléndida mata de cabello castaño con un lazo a la nuca. Seguía vistiendo el uniforme azul claro con delantal blanco.

Se detuvo a un paso de los dos sillones, mirando alternativamente a los dos hombres, medio entornadas las pestañas.

—Puede sentarse, Elisa —sonrió Prestan—. Ahora no está de servicio.

Obedeció ella, sentándose en el borde del diván y estirando la falda.

—Cuando la señora Atkins gritó, usted no estaría lejos.

—Me encontraba en el cobertizo, recogiendo madera para el fuego, señor.

Prestan miró al fiscal y amablemente indicó:

—Le ruego haga las preguntas correspondientes. Es usted más hábil.

—Elogio que me envanece, Preston. Al oír el grito, Elisa, ¿qué hizo?

—Me asusté.

—¿Se desmayó?

—Oh, no… Simplemente me asusté —y sus ojos de incierto

matiz azulado contemplaron con descaro al fiscal.

—Acudiría corriendo en busca de protección.

—No, porque vi al señor Atkins dando media vuelta en el patio y regresando a la sala. Seguí llenando el capazo de leña.

—Vería algo anormal, sin duda.

—No.

—Sin embargo, vio al señor Atkins dando media vuelta, lo cual significa que desde donde estaba usted, divisaba el patio y aquella salida.

—Sí, pero ya no vi nada más. Seguí recogiendo leña. —Su turno, Preston.

—Miente mal, Elisa —afirmó Preston amablemente—. Oh, no miento —declaró ella dilatando los ojos cándidamente.

—Su figura es muy femenina, Elisa, Una mujer oye un grito y se asusta. Pero después, aunque sea solamente por curiosidad, se siente impulsada a venir a fisgonear.

Levantándose, sonrió ella. Una mueca donde el aparente candor contenía diluida malicia.

—Sabía que era el ama que no está bien de la cabeza desde que fue a los tribunales como testigo y se pasa las horas asegurando que hay encapuchadas esperándola por todos los rincones. Y como no estoy de servicio, señor Presión, sepa que no acepto que me llamen mentirosa. Buenas noches, caballeros.

—Felices sueños, Elisa. Ah… —y Preston alzó la voz. Una voz repentinamente dura, incisiva—: Cuídese mucho, jovencita mentirosa. A veces, es peligroso ver y callar.

Se volvió ella, aproximándose de nuevo:

—¿Ver y callar? —preguntó.

—Sobre la nieve del patio había una capa negra.

—No la vi.

—Voy a darle un consejo en su propio bien, Elisa. Es posible que no viese nada, pero suponiendo que reconoció a la persona que, huyendo, tiró esta capa negra de capucha, usted, Elisa, podría pretender guardar su secreto para valorarlo. Sería jugar con fuego.

—Es usted gracioso —murmuró ella, muy seria.

—Ojalá siempre pueda decirme lo mismo. El señor Sanders es testigo de que le advierto a usted en su propio bien. Poco importa que la aparición haya sido vaga, breve y fugaz. Si la persona que

pretendía asesinar a la señora Atkins, pudo comprobar que usted estaba cerca y la vio, tratará de silenciarla, porque temerá que usted, en cualquier momento, evoque con mayor precisión y pueda denunciarla.

—Yo no vi ninguna aparición y no puede obligarme a escucharle.

Se alejó ella, yendo a cerrar la puerta del patio, y bajó las escaleras hacia la vivienda.

—Le acuso a usted de haber mentido por abstención —dijo Sanders apuntando con el índice a Presión.

—¿Me acusa a mí?

—A modo de despedida, Elisa afirmó rotundamente que usted no podía obligarla a que le escuchase, inspector Preston.

—Usted ha deducido que soy policía. Pero ¿por qué precisamente inspector?

—Plenos poderes sobre un sargento rural al cual no ha visitado aún. Siempre en el terreno teórico, ¿descarta usted la posibilidad de que Elisa pudiera emplear la capucha?

—Nunca descarto ningún naipe mientras no posee la baza. Tengo varios naipes en mano, Sanders. Elisa aprovecha la ocasión, como ha sugerido Rutland con su terceto. Pero es un naipe de bajo valor, ya que si bien la chica es lista, supondría un exceso de listeza dejar la capa para hacer recaer la culpa en otra persona. En el naipe Elisa, anotemos la posibilidad de que sabe quién es la mujer encapuchada y se lo reserva para uso indefinible.

El inspector Anthony Preston, de Scotland Yard, señaló hacia arriba:

—¿Conoce a la actriz norteamericana Pamela Norris?

—No.

—Es alta, sinuosa y teatral. Fado echar la capa por la ventana que da al patio.

—Pero no pudo subir las escaleras, estando yo en el rellano.

—Pudo salir al patio, aguardar, y mientras ambos estábamos abajo, volver a subir. Puede actuar en complicidad con alguien, o por su cuenta. Pero es una hipótesis personal, no oficial. Segundo naipe, pues, Pamela Norris. ¿Me ofrece otro naipe?

—El sargento Mason ignora su llegada, inspector.

—Naipe delicadísimo de manejar. ¿Le convenció la sutil teoría

de Rutland acerca de la peculiar manera como corre una mujer?

—Nos imbuyó la seguridad de que era una mujer, pero expuso que era muy imaginativo y no lo juraría ante un tribunal.

—Por consiguiente, no descartemos la posibilidad de un varón encapuchado. Descartemos a Rutland. El sí que no pudo subir las escaleras, despojarse de la capa y aparecer con el quinqué en segundos. Al resonar el grito yo estaba en mi habitación, la última al fondo del rellano. Vi a Rutland saliendo de su alcoba y llegué al primer peldaño cuando usted ya descendía. ¿Qué opina de Howard Mason?

—Inteligente y bien provisto de sentido común.

—En cierto modo usted es colega mío, Sanders. Lea esto.

Tendía Preston una cuartilla que acababa de sacar de una amplia cartera, La doblez separaba dos espacios. Uno enteramente en blanco. El otro alineando mayúsculas y minúsculas en franjas pegadas al papel.

—Letras de una revista. Papel satinado. Tipo de impresión norteamericana —aclaró Presión.

Leyó Sanders:

> «Exhumación ROos obligaDO HOWARD MASON pedirLA por CONFIDENCIAS HILARY COBB oídas en FARmaCIA.
>
> »Deben saber MASON amante MURIEL KENDAL. Vigilancia MASON es esencial».

—Este anónimo se recibió en Scotland Yard anteayer. Llueven los anónimos en el buzón de denuncias. Las letras de esta cuartilla proceden de una revista cinematográfica editada en Nueva York. Las mayúsculas en palabra entera son nombres de actores: Mason, Cobb, Muriel, Hilary, Cobb… La palabra Confidencias es el título de varias páginas de esta revista, la «True Magazine», que es enviada por correo a los suscriptores del mundo entero. La velada acusación contra Howard Mason es muy concreta.

—Muy delicada, dijo usted.

—Alguien quiere inculpar a Mason. Teoría aceptable, porque Mason es un solterón reservado y posee inteligencia. Acudía con

mucha frecuencia a casa de las hermanas Roos a jugar al ajedrez, y Muriel Kendal movía las piezas por incapacidad física de Irene Roos. ¿Muriel Kendal incluyó en su maldición a Howard Mason? Sí, pero Mason la visitó varias veces en la prisión y el pase de visita carcelaria señala como motivo: «Informaciones sobre anteriores declaraciones».

—No quiero ni es posible influir en el ánimo de un enviado especial de Scotland, pero si usted consigue demostrar que Mason es el que mueve los hilos tenebrosos de estos delitos, tendré que valorizar nuevamente mi presuntuosa calificación mental, instintiva y no razonada.

—Pensando en Mason, yo razoné que al perder a su amante, mataría a quien creyese responsable, pero no trataría de encubrirse. Si yo fuese Mason, mataría al agente Hilary Cobb, ya que éste fue el que originó la revisión del expediente por parte de Mason y su petición de exhumación. Pero varias veces he tenido que rectificar oficialmente mi impresión personal. Me agradaría conocer su calificación intuitiva de Mason.

—Un hombre sano de cuerpo y mente. Si experimentó algún apasionamiento por Muriel Kendal, le resultaría molesto acumular pruebas contra ella, pero las acumuló. Yo, como particular, avalaría que Mason no es el criminal que usted busca. Pero cada cual es maestrillo en su oficio. Buenas noches.

—Igualmente y muchas gracias, Sanders. Porque si mis indagaciones me condujeran a la captura de Mason, sufriría una desilusión. Siempre he creído y quiero seguir creyendo que un policía inglés encarna al hombre que se esfuerza en ser sano de cuerpo y mente.

CAPÍTULO IX

—Eres duro de mollera, castizo —masculló Hilary Cobb.

Cerrando la puerta, Cyril Wilmot se cruzó de brazos.

—Lo repito para que no nos engañemos. He pedido relevarte porque no me fío de ti ni un pelo, estando mi oblea allí —y señaló con la barbilla la trastienda de la farmacia.

—La chica, que por ahora no es de nadie, se encerró y debe llevar horas roncando.

—Carol no ronca, animal.

—Ronca como cualquiera. No te hacía tan galápago, viejo.

—Por poco que pudieras le harías la rosca a Carol.

—Si se dejase ella, claro, pero no se deja. La atontaste. Bueno, yo me voy a dormir, dejándote la casa intacta. Si quieres hacer el inventario de los tres inquilinos, vamos.

—No hace falta —y abriendo la puerta, añadió Wilmot—: ¿Te quemaste?

—Me encocora que desconfíes de mí, estando yo de servicio. No es reglamentario.

Chapoteando por la nieve, Hilary Cobb apresuró el paso, irrumpiendo poco después en el cuarto de guardia donde se esparcía el agradable calor de la estufa.

En la esquina de la mesa, Howard Mason hacía un solitario.

—Fuera hace un taro que despelleja el forro de las narices, jefe. Oiga, no hay derecho, no está bien y no •6 reglamentario, digo yo. ¿Y usted qué dice?

—Que me hace falta una sota de tréboles para terminar esta mano.

—El asno de Cyril tiene celos y estando yo de servicio, no hay mujer que valga un pitoche, así sea la propia Lollobrígida que me

gusta más que el arroz con leche, pero estando yo de servicio, para mí la hembra más apetitosa, como si fuera usted. No me inspira la menor pasión.

—Lo que ha de apasionarle es meditar sobre los sucesos que exigen nuestra atención. Túmbese a dormir y, por la mañana, tal vez me sugiera alguna pista.

—Tengo una, jefe —y sentándose al borde del catre, se quitó Cobb una bota sacudiéndola en el aire—. Lo que pasa es que usted me cohíbe. Del verbo cohibir, que significa…

—También tengo diccionario, Cobb. ¿Su pista?

Sacudiendo la otra bota, rezongó Cobb:

—Es de miedo. Y cuando se entere, me abronca.

—Pierda este complejo, Cobb. Hable sin reparos.

—Oiga, es una pista de miedo —y doblando sus pantalones, Hilary Cobb, en calzoncillos largos de lana y felpuda camiseta, añadió—: Partamos de la premisa matemática de que están vengando la muerte de Muriel. Por lo tanto, se impone la deducción geométrica de que se trata de un macho que la anhelaba con rabia. Y agárrese ahora, jefe.

Deslizándose entre las mantas, suspiró Cobb complacido:

—Al que inventó la cama no le han hecho una estatua. Es una injusticia. ¿Dejamos mi pista para mañana, jefe?

En silencio, Mason iba extendiendo hileras de naipes. Cruzando las manos bajo la nuca, manifestó Cobb:

—Un hombre muy entusiasmado por unas faldas, hace barbaridades, jefe. Y entremos en la teoría de que Muriel volvió tarumba a un varón, del cual nadie sospecha. Salvo yo. Que tras eliminar la pista de la vieja Price, me puse a meditar que si Muriel entusiasmó a uno, éste es el que está haciendo barbaridades. ¿Se lo suelto ya? ¡Vince Sheridan, el farmacéutico!

Hilary Cobb cerró los ojos. Al perdurar el silencio, pensó que allá el sargento con su responsabilidad. El daba pistas. Alguna sería la buena.

—Su teoría no es descabellada, Cobb, pero si la estudia desde el punto de vista práctico, llega a la conclusión de que Sheridan, aunque quisiera, no puede desplazarse libremente, porque su esposa Marjorie es una muralla. Si a las cinco de la madrugada, intentase Sheridan salir de la cama, Marjorie a su lado, chillaría recelosa. Ni

podría salir atardecido, sin que Marjorie le chillase de nuevo, exigiéndole quedarse a cuidarla.

Hilary Cobb asintió adormilado. Tendría que buscar otra teoría.

A las seis de la madrugada, la nieve, que había cesado de caer, se solidificaba sobre calles, techos y patios.

En el dormitorio, James Atkins se removió cuidadosamente. Su esposa seguía respirando plácidamente bajo los efectos del soporífero. Atkins no se había desvestido. Se enfundó un largo chaquetón y salió al corredor, yendo a una puerta, donde repicó con los nudillos.

Esperó unos instantes y al entreabrirse la puerta, dijo:

—Has de ir a la compra, Elisa. Te dejo la lista y el dinero en la mesa.

—Con este tiempo, ¿usted cree que Hodge me abrirá?

—Hodge abre siempre a las seis, haga el tiempo que haga. Llévate la deslizadora.

Elisa Simpson, acabando de vestirse, se decidió. Su secreto valía dinero. Y con dinero sería una señorita y entonces, al enviudar Jim Atkins…

Ella iría a ver a la «encapuchada» y le diría claramente: «No la denunciaré ni me importan sus motivos, y es más, si quiere la ayudo a suprimir a Mary Atkins, pero quiero dinero. Y no soy ninguna cobarde asustadiza».

Abrió la puerta dando salida al patio para ir a recoger la carretilla con deslizadores, muy útiles para transportar pesos en tiempo de nieve.

Entrando en el cobertizo se dirigió al fondo, donde en el taller estaba la carretilla con dos arcos de hierro *en* bisel sustituyendo las ruedas.

En alto el candil, empujó la puertecilla dando acceso al taller. Pasó al interior y un soplo de aire apagó la llamita. Buscó ella en el bolsillo del abrigo la caja de cerillas.

La puerta se cerró a su espalda y Elisa se volvió. Un haz de luz la enfocaba. Divisó una silueta. El rostro era una mancha oscura.

La luz de la linterna empuñada por un guante gris oscuro, le daba de lleno en la cara y oyó una voz conocida, cuya entonación, ahora, la heló de repentino terror.

—Llevo tiempo esperándote, Elisa, y sabía que saldrías.

El foco luminoso seguía deslumbrándola. Murmuró ella:

—No dije nada ni diré nada…

—No dijiste, pero podrías…

La forma sin rostro avanzaba y ella retrocedió hasta quedar adosada a la pared. La linterna se apagó y las dos manos enguantadas rodearon la garganta femenina, ahogando el grito que iba a brotar.

Forcejeó ella, pero las manos implacables apretaban como un dogal férreo.

Un dolor atroz, insoportable, invadió su cerebro y lucecitas rojas bailaron ante sus ojos desorbitándose. Sus brazos cayeron sin vida.

Un nudo corredizo rodeó la garganta estrangulada y en seco estirón quedó ceñido.

La linterna volvió a encenderse explorando su haz el bajo techo, hasta encontrar el soporte adecuado: un doble garfio que retenía una polea. Las manos enguantadas quitaron la polea y pasaron por dentro del doble garfio el extremo de la cuerda. Fueron izando y el extremo libre quedó anudado sólidamente en torno al yunque sobre el cual Atkins efectuaba trabajos de herrería.

Los pies de Elisa Simpson distaban escasamente medio metro del suelo. Se bambolearon unos instantes hasta que cesó todo movimiento de péndulo.

El péndulo acompasó los siete toques. Fuera de la casa, una lividez incipiente trataba de ahuyentar las tinieblas por encima de la nieve.

Marjorie Sheridan desplazó su masa, bostezando:

—Las siete, Vince.

—Domingo, querida. Reposo dominical.

Parpadeó ella, acomodándose hasta quedar rentada. A su lado, le imitó el farmacéutico.

—Anoche me parecía absurdo, Vince, pero tenías razón. Así hemos dormido tranquilamente. Ahora ya puedes abrir la puerta y quitar las barras de la ventana.

—No hay prisa.

Junto al lado de la cama donde estaba sentado Sheridan, había una butaca calzadora y en ella se encunaba una escopeta de caza.

—Lo que me contaste anoche, Vince, tiene una explicación sencilla. El doctor Bond murió de mi ataque al corazón por causas

normales. Comía mucha carne sangrienta. Y Sheila Price se ahorcó porque siempre le faltó un tornillo. No debes ver en ello ningún maleficio.

—No hay maleficio que resista a una descarga da este exorcismo —aseguró Sheridan señalando la escopeta.

—Eres un león —rió ella—. Bien, anoche me ganaste y ya no puedo desayunar copiosamente. Voy a preparar tu desayuno. Sí, sí… Me conviene moverme y quemar grasas. Lo que no me hace gracia es chupar limones y beber vinagre. Pero has ganado, Vince.

Abandonando la cama, cuyos muelles suspiraron aliviados, se envolvió ella en una bata acolchada y pasó al cuarto de baño.

Vince Sheridan meditó que ella había acumulado mucha celulitis, por no decidirse él, ante®, a exigir. Pero cabían esperanzas todavía.

El despertador tintineó y mascullando insultos, alargó Hilary Cobb un brazo fuera del embozo, aplastando bajo su palma la campanilla.

Howard Mason se distendió en el sillón y encendiendo la lámpara de butano, se levantó para echar en una palangana el agua que bullía sobre la tapadera de la estufa.

Desde la cama, protestó Cobb:

—Hombre, jefe… Si llego a saber que pensaba usted dormir aquí, le cedo el catre. ¿Nieva todavía?

—No —y enjabonándose el rostro, añadió Mason—: Llene la jarra de agua y tomaremos té.

Se enfundó Cobb los gruesos calcetines y, en pie, hizo unos cuantos movimientos de gimnasia, dilatando su camiseta y calzoncillos. Fue a llenar de agua la jarra, dejándola sobre la estufa que ronroneaba con fuerza.

—Le renovó usted el combustible, jefe.

—Me ocupé de ello hará una hora. Se apagaba y el frío me despertó.

A los diez minutos, vestido del todo y hundiendo bizcochos en la gelatinosa mezcla de leche condensada y té, rió Cobb silenciosamente.

Paladeando el té puro, le miró Mason por encima del reborde de la taza.

Apuntándole con un bizcocho mojado, afirmó Cobb:

—Tan pronto resolvamos este caso, nos cubrimos de gloria, jefe. Fíjese bien que no tenemos la menor pista, ¿se dio cuenta?

—Existe un procedimiento campero, Cobb, que mi padre aplicó cuando le robaron unas gallinas muy ponedoras. Mi padre me ordenó que fuese por todo el pueblo diciendo que yo sabía quién había robado las gallinas.

—¿Y lo sabía?

—No. Pero lo supe tan pronto eché a correr perseguido por el ladrón, vara en alto. Mi padre vigilaba y lo atrapó.

—Oiga, pues no es del todo idiota… Bueno, quiero decir que el troco es astuto. —Y encendiendo un cigarrillo añadió Cobb—: Claro que unas gallinas son unas gallinas. Y aquí, en nuestro caso, no hay gallinas.

—El meollo es lo que importa. Si usted pregona por todas partes que ya sabe quién es el asesino de Sheila Price, el resultado podría ser el mismo que con las gallinas. Con una variante. El asesino no echará a correr detrás de usted. Intentará matarle, si cree que usted ha sido capaz de descubrirle.

Levantándose, añadió Mason:

—Cuando llegue Wilmot, usted pasa al tumo de servicio ambulante.

A los cinco minutos de irse Mason, entraba Wilmot en el cuarto de guardia.

—¿Sigues quemado, Cobb?

—No, viejo, porque soy magnánimo y me digo que un hombre entusiasmado por tinas faldas, hace burradas. Ya te habrá alimentado Carel. Aprovecha ahora que el catre está aún calentito, castizo.

Quitándose las prendas exteriores, Cyril Wilmot contempló a Cobb que paseando, manos a la espalda, meditaba profundamente, hasta que parándose, anunció triunfal:

—¿Sabes una cosa, viejo? Ya tengo el truco infalible para atrapar al asesino suelto. No falla.

—A mí no me embarcas más.

—Reposa, mientras yo pongo el barreno. Voy a recorrer tascas y tenduchos pregonando las tres noticias sensacionales. Primera, muerte de Bond. Segunda, palmatoria de Sheila. Tercera, y ahí está el toque genial… Bueno, me las piro.

—Escupe el toque genial —exigió Wilmot deslizándose entre las mantas.

—¿Te acuerdas de Colón? Todos diciéndole luego que no había derecho y que era una gansada. Sí, el Colón de las Américas. Dijo que a ver quién era el guapo que lograba que un huevo se quedase en pie sobre la mesa. Nadie atinaba, pero fue Colón y lo aplastó un poco por una punta. El huevo se quedó tieso como un poste. Sí, claro, ahora lo ves sencillo. Pues lo mismo ocurriría con mi truco genial con precedente gallináceo. Si te lo cuento, ya no tiene salero. Pero cuando yo traiga por el coleto y a patadas en el fondillo al ahorcador, entonces, ¿qué?

—Te echo una mano, si quieres.

—Nada, nada. Yo soy el que está de servicio ambulante y soy el que va a resolver este caso peliagudo. Hasta pronto, castizo.

El reloj de pared señalaba las siete y cuarenta, cuando Norman Sanders bajaba a la sala general de la hostería. James Atkins, asomándose, hizo un ademán invitador.

Acudió Sanders y bajando las escaleras dijo Atkins:

—Habrá de perdonarme, señor, pero aún no ha regresado Elisa, y estoy preparando los desayunos. Mary dice incoherencias, pero se está despertando. Usted ha de oírla a la pobre.

—De acuerdo, Atkins.

—¿Quiere desayunar ahora?

—Luego. Según el horario, el desayuno es a las ocho.

Entró Sanders en el dormitorio. Mary Atkins, ojos abiertos, sentada en la cama, vendada la garganta, se arropó más el chal en torno a los hombros.

—Todo va bien, Mary —afirmó Atkins—. No ha regresado aún Elisa, y preparo los desayunos. Con el señor Sanders todo se resolverá enseguida. No tengas ya miedo; y si dije que desvariabas, perdona, mujer. Ahora, habla tranquilamente con el señor Sanders. Voy **a** terminar de preparar el desayuno.

Mary Atkins se esforzó en dominar el temblor de sus labios.

—Ni fantasmas ni espíritus, señora Atkins. Fueron dos manos de carne y hueso las que no pudieron terminar su criminal intento, gracias a que usted avisó a tiempo. Una silueta sin rostro, se consigue con una túnica negra y una capucha. Recogimos en el patio una capa negra provista de capucha. Y varios detectives están

investigando. Ahora, piense con calma. ¿Una silueta más baja que yo, señora Atkins?

—Aproximadamente como usted de alta, señor Sanders.

—¿Más gruesa?

—No pude verlo bien… Pero ¡era una mujer! Lo juro, señor.

—Y yo la creo. Explíquemelo.

—Debatiéndome, mis manos rozaron un busto, y era un busto de mujer.

—¿Qué colores recuerda?

—Negro de seda, gris oscuro y negro… Perdonando la tontería… negro vivo.

—Negro de la túnica y gris de los guantes. ¿El negro con vida?

—Se movía… vivía… No sé explicarlo mejor, señor Sanders.

—¿Delante del rostro suyo, señora Atkins?

—¡Sí!

—Las rendijas por donde miraba la encapuchada. Sus pupilas. Muchas gracias, señora Atkins. Y le ruego que le repita todo esto al señor Preston, sí acude a preguntarla. Fue testigo como yo y entre todos lo aclararemos antes.

—Tendrán que excusarme, señores, pero no regresó todavía Elisa.

—Un desayuno excelente —aprobó Sanders.

—¿Dónde fue Elisa? —preguntó Preston.

—A la tienda de Hodges. Como ya llevé el desayuno a las señoras, si me lo permiten voy en un salto a casa de Hodges.

Craig Rutland, secándose la boca, estrujó la servilleta y comentó:

—Me levanté desangelado, por culpa del pastor Honey. Fue mi primera visión mundana y me anunció que se iba a alojar a la vicaría, aprovechando la mejoría del tiempo. Se fue, pero me estropeó la mañana con una despedida melosa. Intentaré reanimar mis musas oyendo las frivolidades de la excelsa Pamela.

El australiano subió pesadamente por las escaleras. Preston encendió un cigarrillo. Dijo Sanders:

—La señora Atkins está despierta. Le indiqué que usted como testigo debe saber detalladamente lo que ella pudo ver.

A solas, Norman Sanders se dirigió a la ventana. Un cielo plateado, tendiendo a esclarecer. Pero la luz y las comunicaciones seguían cortadas. Regresó junto al fuego y notó a su espalda un

soplo gélido.

La puerta se cerró y Howard Mason aproximándose, comentó:

—El tiempo mejora y aquí se está confortable. Lo inconfortable es confesar que carezco de sólidos indicios.

—Puedo proporcionarle uno, pero ante todo, hacia los diez y media de esta noche, hubo un intento frustrado, de estrangular a la señora Atkins. Dejaron este objeto junto a ella.

Contempló Mason el nudo corredizo que colocaba Sanders sobre la mesa.

—Y este otro —agregó Sanders mostrando la capa negra colgante de un asta saliente en la pared—. La silueta alta y negra, abandonó esta pantalla en su huida por el patio. Mary Atkins gritó, porque estaba siempre alerta y provocó su grito la agresión de una silueta alta y negra, encapuchada y enguantada.

Mason colocó sus guantes gris plomo en el bolsillo del abrigo que con la bufanda y sombrero había ido distribuyendo por el perchero. Dijo:

—Si nadie me avisó, no puedo recriminarlo, porque el tiempo no era propicio para mensajeros.

—No hubo gravedad. Mary Atkins tomó un sedante y durmió hasta hace media hora, en que afirmó haber tocado bajo la capa negra, un busto femenino. Y las rendijas de la capucha tenían un brillo moviente de pupilas negras. Pupilas poco corrientes en Inglaterra.

—Y no abundan en Caleyham. No puede ser una forastera, porque pese a la nieve, cualquier forastera es prontamente señalada.

—¿Conoce a la actriz Pamela Norris, hospedada aquí?

—No.

—Yo tampoco. No sale de su habitación.

—Alguien la debió ver. Atkins, por ejemplo.

—O el señor Presten —y Sanders miró al que se acercaba.

Anthony Preston tendió la diestra.

—¿Cómo está usted, sargento Mason? Me llamo Preston. Tony Preston.

—Celebro conocerle y me abruma que sepa mi graduación y apellido.

—¿Qué es lo que pude haber visto, Sanders?

—A la actriz norteamericana Pamela Norris, cuyo aspecto

ignoro.

—Es alta, de agradable porte, cabellos rubios y ojos bonitos. De color pardo claro. Sé quién es usted, Mason, porque en el ojal de su solapa lleva el escudo de la policía rural con las dos muescas de su grado.

Entrando, James Atkins se dirigió rectamente a Sanders:

—Nadie ha visto a Elisa, que se marchó a las seis y minutos y tuvo que llevarse la deslizadora.

—¿Qué es una deslizadora? —preguntó Preston.

—Se quitan las ruedas de una carretilla y se apuntalan en los ejes las horquillas de dos hierros largos en forma de patines.

—Dejan huella y a las seis no nevaba —dijo Mason—. ¿Tenía Elisa que llevarse forzosamente la deslizadora?

—Sí, para traer provisiones. ¿Desea tomar algo, sargento?

—Nada, gracias.

—No acierto a comprender qué puede estar haciendo esta chica durante más de dos horas ni dónde se ha metido —refunfuñó Atkins, alejándose.

Anthony Preston le acompañó. Howard Mason hizo una mueca interrogante:

—¿Cabe relacionar el ataque a la señora Atkins y la tardanza de Elisa?

—La agresión tuvo lugar aquí mismo, donde estamos, y Elisa se hallaba en el cobertizo. Dijo haber visto a Atkins dando media vuelta en el patio y por consiguiente veía el patio donde en su huida, la mujer de negros ojos abandonó la capa que podía delatarla en contraste con la nieve. Es posible que Elisa viese a la mujer de negros ojos.

En la puerta y procedente del patio, instó Preston:

—No le diga nada a su esposa, Atkins. Sería preocuparla sin fundamento ni utilidad. ¡Sargento Mason! Lo que acabamos de descubrir Atkins y yo, es de su incumbencia.

Sanders permaneció sentado. Al llegar el sargento al patio, añadió Preston:

—Elisa está en el cobertizo. Ahorcada.

CAPÍTULO X

La luz del día se filtraba por la lucarna tendida a lo largo del tabique lateral. Howard Mason examinó el nudo terminal sujeto al yunque. Volvió a encaramarse al taburete; su cabeza rozaba el techo mientras contemplaba el nudo corredizo, preguntando:

—¿Cómo se le ocurrió venir aquí, Preston?

—Le indiqué a Atkins que mirásemos si habla huellas de la deslizadora en el patio. No las había: Fuimos a comprobar si Elisa se llevó o no la deslizadora que ahí está en la pared.

Bajando del taburete, dijo Mason:

—No dispongo de nadie para avisar al doctor Lodge. Si es usted tan amable de ir al cuartelillo le darán la dirección de Lodge.

—Me tomé la libertad de pedirle a Atkins que fuese a buscar al doctor.

—Necesito al agente Cobb para las fotografías de rutina.

—Atkins quedó en avisar a su agente fotógrafo.

—Entonces, es absurdo que le pregunte si tocó algo. Yo soy policía; Sanders es fiscal, y usted, ¿qué profesión tiene?

—Vendedor de maquinaria agrícola.

Los pies de Elisa Simpson rozaban la parte posterior de las rodillas de Mason, que comentó:

—En espera del doctor y de mi agente, podemos aguardar junto al fuego. Ya sabe que no puedo descolgar a Elisa Simpson hasta después de las fotos.

Por el patio agregó Mason:

—No había huellas de deslizadora, pero podía haberlas de pies, Preston.

—Bien, no buscamos sino las señales del surco de los patines. —Y entrando en la sala, dijo—: Su comentario de que yo sabía que no

podía descolgar **a** la ahorcada, fue afirmativo.

—Hoy en día, cualquier lector sabe que hay que avisar al forense, no tocar nada, llamar al fotógrafo policial y dejarlo todo como está.

Recogiendo su abrigó y sombrero, regresó Mason al patio.

Sentándose, esperó Preston a no ser oído por el sargento. Dijo:

—Sé que usted no ha revelado a nadie mi identidad, Sanders. Pero Mason parece sospechar que no soy viajante de maquinaria agrícola.

—Sexto sentido de colegas olfateándose.

Howard Mason caminaba a lo largo de la pared exterior del cobertizo hasta el portante que daba salida al sendero posterior.

Deshizo lo andado y por dos veces dobló una rodilla, acercando el rostro casi a ras de suelo. Incorporándose, fue a la sala.

Al irse aproximando hacia la chimenea, manifestó:

—Agradecería el préstamo de una cámara fotográfica, si algún huésped…

—Puedo traerle mi «Contax» —y Preston subió las escaleras ágilmente.

Una tenue sonrisa alentó en los ojos de Mason al comentar:

—Caramba con el viajante… Una «Contax». Casi un instrumento de precisión profesional.

Bajaba Preston con la cámara, notificando:

—Está cargada. ¿Conoce su manejo, Mason?

—Nadie mejor que el dueño. Si es tan amable… «Contax» es un apelativo que me recuerda al tractor de tres palas, el «Comprex».

—No conozco esta marca. No es inglesa.

—Es alemana. Hay unas huellas preciosas en el patio, Preston. Harían brincar de júbilo a un hombre del Yard. ¿No viene, Sanders?

—Luego le oiré.

En el patio, señaló Mason dos huellas hondas, entre varias similares.

—La nieve al cesar, me favoreció. Un pie izquierdo y un derecho, por favor. Este y aquél.

Arrodillado, Prestan sacó varios primeros planos de cada huella y enfoques a distinto ángulo y altura.

—Pies masculinos. Botas anchas, ¿verdad, Preston?

—Sí. Y por cierto, que yo sepa no existen tractores de tres palas.

—Ya los inventarán. Como tendré que revelar el rollo, dediquemos las restantes a la ahorcada. —Y en el taller del cobertizo, añadió Mason—: Plano general, encuadres de ambos nudos y plano completo de uñas. Es usted un operador rápido y técnico. Reserve cuatro clisés.

—Hasta treinta y seis, los que quiera. Quedan ocho.

—Aquello que parece serrín junto a la pared del fondo, en el centro, brilla mucho. Deben ser limaduras de hierro. Ya que es mi benévolo auxiliar, Preston, saque foto de cada lado del recuadro de limaduras. ¿Percibe lo visible?

—Tacones bajos, femeninos, que se hundieron entre las limaduras, contra la pared. Frente a las punteras femeninas, unos pies masculinos, casi idénticos en su huella a los del patio.

—Preston, amigo mío, usted equivocó su carrera. Tiene vista da lince. ¿Escrutó el nudo corredizo?

—Escruté la nuez. Antes de ahorcarla, fue estrangulada.

—Sus progresos son apabullantes.

—Usted me indicó las huellas que acabo de retratar y era evidente que una mujer se adosó en la pared. Un hombre ante ella. Suelas mojadas, ambos.

—Entonces, ya lo hemos resuelto todo. Basta rascar las suelas de todas las botas masculinas de este tamaño. El que luzca limaduras adheridas, y se adhieren mucho, es nuestro hombre. A un promedio de dos mil varones en el pueblo, elimino mil ochocientos. De los doscientos restantes, puedo descartar unos ciento cincuenta. Lo cierto es que sabemos la hora.

—¿Sí?

—Infantil y le consta, Preston. A las seis aproximadamente, dejó de nevar. A las seis y minutos, según declaración de Atkins, vino Elisa en busca de la deslizadora, que sigue en su sitio y que Elisa no removió. Pongamos las seis y diez como momento de la estrangulación. A las seis y diez, ¿dónde estaba usted, Preston?



¿De hombre a hombre, sargento?

—No comparto su sentido del humorismo. A esta hora, dormía, naturalmente.

Chasqueó Mason la lengua contra el paladar varias veces. Y dijo:

—Bien, podrá contar a sus jefes que mientras usted dormía, ahorcaban a una joven criada, casi debajo de su cama de usted. Una anécdota humorística… Bienvenido, doctor Lodge. Le presento a

Tony Preston, viajante de tractores. Hola, Cobb. Mi auxiliar Hilary Cobb, Preston. Saque las fotos rutinarias, muchacho. Incluya aquel recuadro de limaduras. Ayude al doctor después, descolgando el cuerpo. Regreso enseguida, doctor.

En el patio, volvió Mason a mirar las huellas hondas, antes de ir echando nieve en ellas con la puntera de su zapato. A su lado, Preston dijo:

—Salvo error, le percibo socarrón conmigo, Mason.

—Es mi natural rusticidad. Además, desde ayer por la madrugada, reviso tres cadáveres. Debo ser un inepto, aunque mi responsabilidad queda atenuada ya que ayer telegrafié a Scotland Yard, pidiendo un superhombre.

—¿Quiere que le revele las fotos?

—Magnífico. Ganaremos tiempo. ¿Viaja con el material revelador para convencer a sus clientes, retratándoles los niños?

Mason regresó al cobertizo. Preston subió a su habitación, bajando minutos después y deteniéndose ante Sanders comentó:

—Craig Rutland ha convencido a la señorita Smith para una partida de bridgs en el cuarto de Pamela Norris. Craig solicita un cuarto jugador.

—Yo mismo —dijo Sanders levantándose.

—Creo que Mason sabe ya que soy el enviado de Scotland. Las instrucciones recibidas me obligan a, callar y ahora debo soportarle las ironías. No tiene nada de obtuso y va directo a lo práctico. Casi diría que va demasiado directo… Es fastidioso a instantes el oficio de tener que sospechar de todo. Me hizo retratar unas huellas de un pie mayor que el suyo. Aún con botas. Claro que empleando botes de varios números más…

Subiendo las escaleras, agregó Preston:

—Elisa firmó su condena al callarse. Vio, pero fue vista. Son dos las personas a encontrar. Un hombre alto y robusto y una mujer de ojos negros.

Hilary Cobb, pasando ante el cuarto de guardia, gritó:

—¡Novedades, viejo! Despierta, castizo.

Wilmot, vestido por entero, estaba tendido sobre la cama. Minutos después, entrando, anunció Cobb:

—En remojo las placas. ¡Apunta, nene! Ya cayeron tres, pero el tercer cadáver no tenía que ver con el proceso ni con la maldición

de Muriel. Afina el talento, viejo, mientras se revelan las placas.
—Elisa Simpson —rezongó Wilmot.
—¡Sopla! —exclamó Cobb desconcertado—. ¿Qué trampa es ésta? Ni con control remoto en la cebolleta, puedes saber que la nueva ahorcada es la marmota de la hostería.
—Atkins pasó a decírmelo. Yo no puedo moverme, porque estoy de plantón. Atkins fue a briscarte para que recogieras al matasanos.
—Ya decía yo que tu talento deductivo no podía ser ten fenomenal… Bueno, no cabe duda que hay un loco suelto repartiendo cuerda a diestro y siniestro. ¿Qué tendrá que ver Elisa con Muriel? Nada de nada. Dice el jefe que le aguardemos aquí. Traerá a Elisa, en la deslizadera, bien arropadita. Oye, si estuviera en las botas del jefe, echaría las muelas. Hace vigilar a Carol y a Sheridan y, ¡zas!, le ahorcan a Elisa.
Rió Cobb, añadiendo:
—Es para pillar una meningitis. La misma zarpa que le apretó el gañote a la vieja es la que le paró el fuelle a la marmota. Los mismos nudos y esto no tiene el menor sentido. Así no vale. ¿Cómo puede uno deducir? Andamos tras una pista y de buenas a primeras, al majareta le da por ahorcar, previo agarrón de gaznate, a una que no tiene nada que ver con la pista que seguimos. El jefe anda ya tan embarullado que me hizo retratar hasta basura. Unas limaduras de metal.
—Decías que tenías un método infalible para amar al criminal.
—Ya hice correr la voz. Yo sé quién es el asesino.
Cyril Wilmot se contempló los pies. Y de repente miró el suelo. Algo brillaba. Unos diminutos caracolillos metálicos, desprendidos de las suelas de las botas colgadas de la pared, cerca del recodo del manguito de la estufa. El calor había desprendido de las suelas aquellas limaduras.
Alzó lentamente el rostro, fija la mirada en su colega.
—Mira que dices sandeces, Cobb… Si sabes quién es el asesino, ¿a qué aguardas para meterle mano?
—Técnica refinada. Soy un tigre taimado y daré el zarpazo en el momento adecuado. Ni un minuto antes ni un segundo después. Ya han pasado los minutos de remojo y voy a por las copias, castizo.
Cyril Wilmot a solas, fue recogiendo del suelo, con dificultad, las minúsculas raspaduras metálicas. Examinó las suelas de las botas.

Algunas limaduras seguían incrustadas, brillantes, entre las estrías de goma. Las fue extirpando a punta de cuchillo.

En su despacho, Howard Mason examinaba las diversas fotografías extendidas sobre la mesa. Iba apuntando palabras en la hoja de un block. Tras llamar en la puerta, apareció Hilary Cobb:

—Propagué las noticias, jefe. El pueblo está alborotado, cacareando que pronto será detenido el delincuente gracias a que yo sé quién es, Me hacían preguntas intempestivas, pero yo, digno y enigmático, mutis.

—Desde ahora, dedicará toda su atención a dos indicaciones. Hallar un hombre calzando botas del 44, con suela estriada en diagonal, de goma, tacón izquierdo desgastado y tacón derecho con una contera de metal, hincada con tres tachuelas. Si encontrase limaduras metálicas en la suela, ya tiene al asesino. Tome nota por escrito.

—Escribo, jefe. O sea, que como un piel roja, me lanzo a buscar…

Repitió Mason loe datos y al término, manifestó:

—Usted conoce a la población femenina. ¿Abundan las mujeres altas y de ojos negros?

—Así, a primera vista y por deducción por encima, la pista de los ojos negro es interesante, porque no hay docenas en nuestro sector. Está Rachel, la zíngara, Jeannie, la bodeguera…

—Vaya haciendo la lista. Éstas son sus dos misionas, Cobb. Dese prisa y su acierto puede valerle el ascenso. El hombre calzando las botas reseñadas, es alto y robusto.

—Voy a por él y ya está en el saco. Hay una pega, jefe. No puedo ir levantándoles las pezuñas a los sospechosos que me tope. Soltarían coces.

—Usted desea saber si es cierto que unas bolas con suelas de gema estriadas en diagonal, son de verdad antideslizantes. Ande, salga ya.

A solas, Howard Mason se acarició el mentón. Tenía que poner riendas a su imaginación que le estaba llevando por senderos absurdos.

Acogió con simpatía la llegada del abogado fiscal.

—Bienvenido. Si me tolera la presunción, pretendo que este despacho es como un laboratorio, donde en conversación conmigo

mismo, trato de analizar y desmenuzar. Estas fotos me han sugerido posibilidades que reducen al mínimo el principal problema: pasar al rastrillo todo un pueblo en busca de un nexo con Muriel Kendal.

—Y habrá desistido de nuestra teoría de un demente.

—Porque la muerte de Elisa no es la acción de un cerebro extraviado. Elisa vio a la mujer que pretendía estrangular a Mary Atkins. Su muerte, no es pues un hecho aislado, sino una derivación. Y nos da una pareja actuando en complicidad.

La bombilla se encendió y Mason se frotó las manos.

—Los elementos desean favorecerme. Puedo telegrafiar y puedo hacer uso del teletipo. Este momento lo esperaba con ansiedad desde que anoche nos quedamos sin fluido. ¿Me acompaña a Telégrafos?

—Le esperaré aquí. ¿Me permite estudiar las fotos y sus anotaciones?

—Agradeceré su aprobación. No tardó mucho en regresar.

Las palabras que había anotado el policía, entre sí, carecían de hilación. «Plena libertad de desplazamientos. Ejecutador. Oportunidad Sheila Price. Fecha llegada Muriel Londres. Inscripciones alojamientos Londres. Coincidencia alojamientos o fechas. Remitir para análisis fibras uñas».

La puerta del despacho se fue abriendo lentamente. Una mano enguantada de gris oscuro asomó por la abertura que iba ensanchándose progresivamente.

Capítulo XI

LA Caza del Hombre

Norman Sanders ladeó la cabeza. Terminando de empujar la puerta, Cyril Wilmot dijo:

—Perdón. No sabía que usted… ¿El sargento?

—No tardará en volver.

—Soy Cyril Wilmot, señor fiscal. Agente auxiliar del sargento Mason. Estoy de plantón, es decir, por si viene alguna visita.

—¿Pensaba salir?

—No. ¿Por qué?

—Lleva abrigo, bufanda, guantes…

—En el cuerpo de guardia hace calor, pero por los pasillos y en este despacho, hace más bien frío. Siempre admiré a los fiscales que saben descubrir lo que esconden las caras y las palabras.

—Nuestra tarea se limita a reunir las pruebas que otros obtienen.

—En algún caso, usted obtuvo las pruebas, según leí en los reportajes del proceso de Muriel Kendal.

—Usted debió conocerla bien a ella.

—No era una mujer callejera, es decir, vivía muy encerrada en casa de las hermanas Roos. Nadie imaginaba que fuese lo que resultó Ser.

—¿Puede acompañarme al depósito?

—No es reglamentario, pero si el sargento le deja dueño del despacho, es porque tiene usted categoría. No es un depósito de verdad —explicó Wilmot por el corredor—: Es un cuarto que, por suerte, se ocupa poco.

En el cuarto, muy frío y lóbrego, junto a una larga mesa había una camilla. Encima de los cuerpos tendidos respectivamente en la mesa y camilla, se tensaba una manta de algodón.

—Arriba, Sheila Price. Abajo, Elisa Simpson —especificó Wilmot —. Y ahora que se han restablecido las comunicaciones, vendrán el juez comarcal y el «coroner». Hacen falta, porque sin ellos, aquí se pondrían muy tiesos los dos cuerpos del delito.

Alzó Sanders las dos mantas, bajándolas hasta el busto.

—Siendo yo un profano, recurriré a su atesoramiento, Wilmot. Estas dos gargantas, tan distintas en su conformación, tienen marcas similares. ¿Se llaman hematomas o equimosis?

—Son los moretones dejados por la presión.

—Presión de dos pulgares anchos y fuertes, que se cerraron de modo idéntico en torno a estos dos cuellos, hundiéndose los pulgares en la tráquea.

Sanders levantó la diestra inerte de Elisa Simpson y contempló las uñas violáceas. Hizo lo mismo con la zurda. Tendió la manta. Examinó las dos manos de Sheila Price antes de extender la manta.

Saliendo al corredor, dijo:

—Hace frío. La temperatura será más agradable en el cuarto de guardia.

Al detenerse Sanders ante la estufa, Wilmot indagó:

—¿Qué tenían las manos de las dos?

—El indicio que ha llevado a muchos asesinos al cadalso, Wilmot. En el caso de muerte por estrangulamiento, la víctima intenta primero apartar las manos del agresor. Luego, araña. Ahora bien, si el agresor tiene el rostro cubierto, las uñas de la víctima arrancan fibras textiles de un pañuelo o de una bufanda. Si el rostro está descubierto, las uñas de la estrangulada conservan un halo interno de sangre. Las manos de Sheila Price y las de Elisa Simpson arañaron un tejido.

—Siempre dije que tener instrucción es importante. ¿Y qué se hace entonces?

—Las fibras han de ser analizadas en un laboratorio especial que no existe en provincias. Han de remitirse a Londres.

—¿Y allá?

—Determinan el color, calidad del tejido, índole de la prenda y espectro de la contextura. Este último término revela el uso y

desgaste.

—Instrúyase, Wilmot —declaró Mason, entrando—. El señor fiscal es un gran maestro. Queda libre, Wilmot, y así podrá sacar a pasear a su chica. Pero, a las siete de la tarde, se presenta.

Recogió Wilmot las botas colgantes y quitándose los zapatos, las calzó. Se despidió ceremoniosamente.

Frotándose las manos ante la estufa, declaró Mason:

—He remitido, comunicado y pedido lo que solventará todas mis dudas. Por el pueblo, anda Tony Preston husmeando. Un viajante agrícola que conoce los ángulos de enfoque para fotos legales que puedan ser incluidas en los expedientes de indagatoria preliminar. Vamos, vamos, Sanders… Usted ya lo adivinó. ¿Por qué me lo esconde?

—Yo soy un curioso, pero no un entrometido. Sin ninguna función oficial, y simplemente pasando el fin de semana.

—Preston es el enviado de Scotland Yard. Llegó ayer tarde y no se ha dado a conocer. Delicadeza de Scotland para no darme un complejo de inferioridad imponiéndome a un supervisor, ¿verdad? —sonrió Mason, burlón.

—Es tarde. Vuelvo a la hostería.

—Espero unas respuestas definitiva entre seis y siete. Estaré en contacto con usted, Sanders.

En una plazoleta de las afueras de Caleyham se erguía un amplio klosko, bajo el cual, en los domingos normales, se resguardaban los músicos de la banda municipal.

Pero aquel domingo no había concierto y era escaso el tránsito, que en su mayoría, se componía de parejas buscando aislamiento.

Carol Charmer y Cyril Wilmot se sentaban en el centro de kiosko: Muy aislados y solitarios.

—Esta misma noche debemos irnos, Cyr, porque aún estamos a tiempo.

—Nadie sospechará nunca de nosotros, Carol. Nunca podrán relacionarnos. Marchamos ahora sería revelar lo que nunca sabrán encontrar.

—Sheridan se encierra y desconfía.

—No de ti ni de mí. Escucha, Carol… Estoy colocado de modo que cualquier indicio que pudiera tener Mason, lo averiguo. Hice desaparecer mi bufanda, quemándola, porque la habían arañado

Sheila y Elisa.

—Hilary va diciendo que sabe quién es… y que busca a un hombre alto y robusto, calzando un 44 y a una mujer de ojos negros.

Los negros ojos de Carol Charmer contemplaban fijamente la plazoleta.

—Cobb hará una lista de medio centenar calzando botas sachas. Y otra lista con cerca de veinte mujeres de ojos negros.

—Paro, ¿no te das cuenta? Solamente Elisa pudo verme.

—Y Mary Atkins. Si Elisa te hubiese denunciado, no estarías aquí conmigo. Me dijiste que serías mía cuando se cumpliera lo que deseó Muriel, y anoche mismo, tras escabullirte de tu alcoba por el patio posterior, cuando regresaste de la hostería, decidimos que Elisa debía ser silenciada antes que amaneciera. Las muertes de Bond y Sheila sembraron el terror que Muriel deseó, pero… no puedes olvidar lo principal, Carol.

Cyril Wilmot hablaba con autoridad y soltura.

—Desde que fui haciéndome hombre, siempre recordé el consejo que le oí a un tratante de ganado. Decía que en todos los negocios, humanos triunfa siempre el que sabe hacerse el tonto, aquel que por su apariencia cerril y tosco lenguaje, sabe esconder su habilidad. Nadie desconfiará nunca de él. Nadie desconfía de mí, Carol. Y en cuanto a ti, ¿quién podría nunca sospechar nada?

—Dijiste que no puedo olvidar lo principal.

—Los verdaderos culpables de la muerte de Muriel, loe verdaderos culpables de que ella fracasase en su intento de darte un hogar y una absoluta independencia…

—Si ella no hubiese sido detenida por Mason, habría vendido la casa y las acciones de las Roos, y con el dinero me habría llevado con ella, lejos, sin más disimulos sobre mi origen.

—No te remontes al pasado; vive el presente. Los verdaderos culpables del fracaso de Muriel, siguen con vida. Ni Sheridan ni Mary Atkins importan ya. ¿Quién removió todo? El imbécil de Cobb con sus comadreos. Y el cazurro de Mason con sus alardes de talento. Estos dos son los principales responsables.

—Sí. Mason y Cobb… —murmuró Carol Charmer, como embrujada—. Esto repitió siempre ella, según me has contado.

—A las siete, estaré en el cuarto de guardia y acabaré con Cobb.

Pero a Mason será difícil que pueda cogerle por sorpresa. No porque desconfíe de mí, sino porque siempre está prevenido. Pero tú…

—Yo puedo visitarle con cualquier pretexto.

—Eso es. De ti nunca esperará la muerte.

Se entrelazaron las dos diestras enguantadas. De lejos parecían dos jóvenes saludables haciendo planes sobre el porvenir y el futuro hogar.

—Podrás disparar sin temor, Carol. Nadie lo oirá, sino yo. Y si oyesen, pensarían que practicamos con arma corta en el corredor, como otras veces. Muertos Mason y Cobb, dejaremos pasar algún tiempo y nos iremos.

—¿Norman Sanders?

—Un fiscal que no habría intervenido sin los datos aportados por Mason y Cobb.

De pronto, la sonrisa de Cyril Wilmot fue afectuosa:

—Cuando te conté lo que Muriel deseaba que hicieses por ella, tú me dijiste que esto nos uniría para siempre. Y para que seas mía, he matado y mataré sin el menor remordimiento. Porque ahora ya estamos unidos por lazos imborrables, de sangre. Mañana mismo anunciaremos nuestra próxima boda. El viaje de novios será el pretexto razonable para nuestra marcha.

Las máquinas quitanieves habían despejado los lugares intransitables. Circulaban trenes y las carreteras quedaban abiertas al tráfico. La radio añadía que el tiempo anunciaba mejoría general.

A las tres de la tarde, Jamás y Mary Atkins fueron aconsejados por Mason para que se trasladasen al pueblo donde residían los padres del hostelero.

Con anterioridad, Pamela Norris y Craig Rutland habían reemprendido su viaje al norte, autorizados por Mason.

Telma Smith se hallaba en casa de su amiga Katryn Diggle, donde pasaría la noche, regresando con ella a Londres, a la mañana siguiente.

Norman Sanders, cerrada la hostería, se trasladó en el «Zodiac» a una residencia que le recomendó Masera. Aguardando allí su llamada telefónica.

El farmacéutico Vince Sheridan escuchó atentamente al teléfono. Y colgando, anunció a su esposa:

—Vamos a dar un paseo en coche hasta Borngate, querida. Es un

consejo de Mason, que acaba de sugerirme este alejamiento circunstancial, asegurándome que el peligro existente se disipará esta misma noche.

—¿Y en caso de urgencia de algún enfermo?

—Carol atenderá. Si no quieres venir, no es tu Vida la que está amenazada.

—Voy contigo, Vince. El régimen surte ya efectos Deseo pasear contigo.

A las seis y cuarto, Hilary Cobb irrumpió en el despacho de Mason, encendido el redondo rostro y vacilan, te el paso.

—Una jornada agotadora, jefe… ¡hip!… Me hace falta un susto para quitarme el… ¡hip!… el hipo. Antes que nada, es impepinable que estoy algo borracho, pero… en actos de servicio… Ya sabe lo que pasa, yendo de tasca en tasca, pidiendo información. Wilmot no está. Le iba a pedir que preparase un café, para ponerme en forma, porque llevo montañas de informaciones de buena fuente. ¡Oiga, se me pasó el hipo!

—Ahí tiene mi maquinilla. Prepare dos cafés, muchacho.

Hurgando en el bote del café molido, rió Cobb silenciosamente.

—¿Cuántos y cuántas? —preguntó Mason refiriéndose a las dos listas.

—Dos tazones y cuatro cucharaditas, jefe, para usted y para mi boquita. Fui a por una morena ojerosa y agarre una turca… Me reía porque bueno… Así por encima hay cuarenta pares de botas del 44. Las fui olisqueando y ninguna me llegó al alma. La que tenía estrías no tenía el tacón que nos hace falta.

Pitó la cafetera automática, y viendo el chorrito negro cayendo en las dos tazas, afirmó Cobb solemnemente:

—La ciencia es necesariamente una necesidad, jefe. A la que nos quedamos sin voltios, empezamos a renegar. Se hace luz y en un santiamén, café calentito. ¿Bizcochos, jefe?

—No se eche azúcar.

—Es que me gusta dulcito. Ah, ya… Amargoso para echar fuera el menjunje. Oiga, la cosecha de este año del viejo Bulberry es de miedo. Dice que es licor de cereza, pero qué va… Se equivocó y debió mezclar pimienta con guindas piconas y alcohol de quemar. Suerte que yo aguanto como un jabato.

Hilary Cobb trató de colocar la taza destinada a su superior en

un platillo. Le auxilió Mason cogiendo la taza. Cobb removió en el aire al platillo, con cara recelosa.

—Oiga, jefe. Aquí hay duendes. Yo tenía una taza, la suya…

—La tengo yo. Beba su café, botarate.

—Le noto muy jovial, jefe. No me mira con mala uva, sino con cariñote —y sorbió Cobb ruidosamente.

—Porque usted es exactamente lo que representa ser. Un mozo sano, de muy buena voluntad, aunque ahora está asquerosamente borracho.

—Ah, eso sí. De salud estoy forrado, y de la voluntad no hablemos. No hablemos tampoco de la turca. Lo del jabato lo dije por el truco de las gallinas. Usted cree entonces que el asesino me anda acechando ya.

—Es posible. Dome la lista de ojos negros.

—«Ojos negros, que fascinan, que iluminan»… —canturreó Cobb —. ¿Le gusta la musiquilla? Es la canción rusa esa de «Tralalaika».

—«Balalaika», ceporro.

—Una buena cogorza a tiempo, debería ser obligatoria para la salud, impuesta por el Ministro de Obras Públicas. Lo veo todo color de pétalo. Tengo ya en el saco a dieciocho chavalas. Bueno, alguna que otra mojama cayó también. Por ejemplo, descartemos sin discusión a Hermione, la pastelera. Tiene ojos como carboncillo, pero es una birria de retaco y es bizca. Así le salen de retorcidos los picatostes. ¿Sabe el chiste del general bizco que pasaba revista a la tropa?

Acabó Mason de leer los dieciocho nombres. No estaba el que buscaba. Dijo:

—Lo que está sobre la repisa es lo que manca encontramos, Hilary.

—Exacto. ¿Y qué le pasa a la repisa? Primero, no hay repisa.

—Si usted frecuenta a diario una mujer de ojos rojizos, se acostumbra a tal punto a verlos que no sabe el color de sus ojos, y entonces hace una lista con las demás poseedoras de tales pupilas.

—Hablando de pupilas, vayamos a lo que interesa. El general bizco se plantifica marcialote ante un soldado y le berrea: «¿Tu nombre, recluta?». El que está al lado del preguntado, contesta muy tieso: «Adams, señor general». El general, furioso, clava la vista en el que ha hablado, y el recluta que está más allá del que habló,

protesta: «Ojo con empaquetarme a mí, vuecencia, que yo no dije ni media». —Y riendo añadió Cobb—: Descacharrante, ¿eh? ¿No está bueno? Bueno, al grano. ¿Tenemos ya la pista o aquí qué va a pasar?

—Lo que pasa es que está usted borracho.

—No lo niego y ni se discute. Voy a tumbarme un poco, si no me necesita, jefe. No me lo diga, no. Voy a ver si con los datos que poseemos, acierto en deducción eliminatoria «*a posteriori*», que significa que a la postre, todo llega.

—¿Lleva su revólver de reglamento, Cobb?

—Amartillado y centinela alerta, alerta está. No pase cuidado que yo estoy al tanto. Y si se asoma un desconocido, va listo. Lo malo es que conozco a todo el pueblo.

—No se duerma y desconfíe hasta de su propia sombra, Cobb.

Hilary Cobb trató de salir con paso firme. Pero se bamboleaba, riendo silenciosamente.

CAPÍTULO XII

Mientras caminaban, Cyril Wilmot asiendo por el codo a Carol Charmer, dijo:

—Cobb ha estado bebiendo y titubeaba dirigiéndose al cuartelillo. Cuando yo entre, esperas a que te haga una señal y te deslizas al despacho de Mason. ¿Tranquila, Carol?

—Por completo. No vacilaré en disparar, pero antes quiero que Mason sepa por qué va a morir.

—Será correr un riesgo inútil, Carol. Yo te acompañaré a su despacho. Espera en el porche, mientras yo me ocupo de Cobb.

Aguardó ella en el porche, mientras Wilmot se detenía en el umbral del cuarto de guardia. No había más luz que el resplandor de la estufa en el centro.

En el catre de la esquina, envuelto en una manta, vio Wilmot el cuerpo de Cobb tendido de lado, de cara a la pared, emitiendo unos suspiros rítmicos que el ronroneo de la estufa no lograba dominar.

Avanzó Wilmot pisando quedamente. Había decidido que estrangular a Cobb era arriesgado dada su fuerza. En la diestra enguantada empuñaba su revólver reglamentario, por el cañón.

Y al llegar junto al catre, en alto el brazo derecho, descargó un recio culatazo que rebotó en la cabeza. El cuerpo se movió bajo la manta.

Aplicó Wilmot un segundo culatazo que se hundió en la cabeza con mayor contundencia. El cuerpo seguía removiéndose, pero cesó en sus convulsiones cuando el tercer culatazo se aplastó en la masa informe de la cabeza.

En la penumbra, £asó repetidamente Wilmot la culata sobre la manta, limpiándola. Se dirigió al umbral y con el revólver hizo una señal invitadora.

Carol Charmer avanzó:

—Iré sola, Cyr —cuchicheó ella—. Intervendrás si fuese necesario.

Cogió ella el revólver, hundiéndolo en el bolsillo de tu abrigo. Avanzó por el corredor y repicó con los nudillos en la puerta del despacho, empujando a la vez.

Howard Mason alineaba naipes en hileras sobre la mesa.

—Buenas noches, sargento.

Empujó Carol Charmer la puerta, sin cerrarla del todo. Dejando el maro de cartas, Mason señaló una silla.

—Hola, Carol. Siéntate.

—Tiene que saber varias cosas que ignora —afirmó ella, sentándose.

—Son tantas las cosas que ignoramos que se asombra uno al ir conociendo mejor las que ya sabemos. ¿Viniste sola?

—Me acompañó Cyril, pero yo he querido visitarle en persona.

—Eres una chiquilla y se puede leer en tu semblante, cuando como ahora, exterioriza lo que de veras sientes. Y es penoso.

Ella miró las dos manos que sobre la mesa cruzaba Mason.

—Alardea usted sin fundamento. No puede adivinar el motivo de mi visita.

—Tuve barruntos este mediodía. Tuve la confirmación de mis barruntos hace escasamente irnos quince minutos. Y a tu espalda está el fiscal Sanders.

Percibió ella la presencia y giró la cabeza a la vez que sacaba la mano derecha del bolsillo. Norman Sanders asió la muñeca, con firmeza, sin brutalidad. Carol Charmer no se debatió. La sorpresa la dejaba inerme.

—Cyril… —llamó con voz quejumbrosa.

Sanders entregó el revólver a Mason que expuso:

—Tuvimos la impresión de que el peligro se acercaba. Oyendo tus pasos, el fiscal se colocó tras mi rústica y amplia biblioteca. Armado, por si entraba Wilmot. Adelante, muchacho.

La puerta fue empujada por Hilary Cobb que plasmaba en su redondo semblante un asombro inextinguible.

—Oiga, jefe, verlo y no creerlo fue lo mismo. Las acierta todas usted.

»Y cuando me despertó, no me pareció bizarro esto de meterme

bajo el catre, pero órdenes son órdenes. Al asomarse un tipo alto y robusto, me puse a respirar desde debajo el catre. Y vaya culatazos que pegaba el muy cerdo sobre el muñeco de goma maciza que empleamos para el tiro al blanco. Luego, llamó a Carol… Se quedó pegado a esta puerta y le atraje a la vez que le arreaba duro en la cresta, que no era de goma. Parece mentira y parece imposible.

—¿Dónde ha dejado a Wilmot?

—Esposado a los barrotes de la celda. Le mellé un poco el cráneo, pero no se muere. Oiga, verlo y no creerlo. Y esta chica… Bueno, aguardo fuera.

Saliendo, sacudía Cobb la cabeza incrédulo.

Coral Charmer se ocultaba el rostro entre las manos. Howard Mason miró a Sanders y habló el fiscal:

—Señorita Charmer, un cariño filial pasa a ser punible, al extraviarse en venganzas injustas. Legalmente, sepa que cuanto diga de ahora en adelante podrá ser empleado contra usted. Para el sargento resulta penoso a cubirla y desenmascararla. El también, aunque de otro modo menos intenso, quiso a Muriel Kendal. Yo, por hábito, prescindo de sensibilidades ante cualquier delito. Puede contestar a mis preguntas, aunque también le asiste el derecho a callarse.

Encogió ella los hombros. Seguía llorando quedamente. Levantándose, dijo Mason:

—Yen conmigo, Carol. Estás detenida y contestarás cuando te hayas calmado.

Se puso ella en pie y abriendo la puerta, indicó Mason:

—Lo reglamentario, Cobb. Registre y enciérrela.

—¿Junto con el… otro?

—No. En la sala de visitas. Está de guardia, Cobb. No lo olvide. Puedo contar con usted, porque ya se despejó por completo.

Cerrando, murmuró Mason:

—Está trastornado el muchacho.

—Es curioso, pero Carol le inspira lástima. Y venía a matarte.

—Tony Preston sigue investigando por el pueblo.

—Voy en su busca. Le diré que usted le espera impaciente.

—Anhelante.

Se fue Sanders y Mason se dirigió al recodo al fondo. Tocó en el hombro a Hilary Cobb.

—Vaya a beber algo caliente al cuarto de guardia, muchacha. Cuando le necesite, le llamaré.

—He preferido pasearme sin verle la cara al muy cerdo. Y pensar que lo creí mi amigo… —masculló Cobb, alojándose.

Encadenado por las esposas, con los puños fuera de los barrotes, Cyril Wilmot tenía los ojos enrojecidos por la repercusión del impacto en su cráneo. La magulladura estaba ya seca. Miró con fijeza a Mason.

—Hablemos poco y bien, Wilmot. Que te ahorcan no cabe la menor duda. Pero no ahorcarán a Carol si tienes el valor de reconocer la verdad. Ella, como hija, se condolió mucho de la pérdida de su madre. Pero nunca la visitó. Tú, sí. Tú visitaste dos veces a Muriel, alegando en el pase «indagaciones». ¿Qué te dijo ella?

—Que Carol era su hija, y como sabía que yo quería a Carol, me dijo que ella maldeciría a todos los testigos, para así no excluir a Carol, que se vio obligada a testificar como auxiliar de Sheridan. Yo le repetí a Carol que Muriel exigía que ella la vengase.

—Una madre no puede exigir esto de su hija. Tú viste el pretexto para obligar a Carol, para tenerla atada.

—No es cierto.

—Oye, Wilmot. La gente te admirará, ¿sabes?, si confiesas haber sido el amante de Muriel Kendal.

—¿Yo? Si apenas tuve trato con ella. Yo le repetí a Carol lo que Muriel me dijo.

—Irás a la horca igual, pero con altanería. Serás un personaje cuando declares ante la policía de Londres y el tribunal, que eras el amante de Muriel. Y que aprovechaste la íntima pena de Carol para inducirla a asustar a Mary Atkins.

—Fue Carol la que quiso ir. Fue Carol la que empleó la mascarilla de cera con la cara de Muriel y la túnica blanca en un palo, para asustar a Basil Bond. Ella fue la que me dijo que sería mi esposa, si yo la ayudaba.

—Si tú la ayudabas, en lo que tú pretendías que Muriel le había dicho… No importa, Wilmot. Darás asco, si te presentas como un pelele ridículo conducido por una chiquilla insensata. Te creía muy hombre.

—Lo soy.

—Y te hacía idiota. Pero eres muy inteligente. Mira que agitar un palo con túnica blanca y mascarilla de cera con la cara de Muriel, en la ventana del doctor Bond… Tuviste una idea genial. Pasarás a la historia.

Te admirará hasta el verdugo y los que te acompañen a la horca, donde de todos modos, hables a lo macho o chilles a lo hembra, irás a meter el pescuezo. Porque estrangulaste a Sheila y a Elisa. Puestos a morir, Wilmot, es preferible que te miren con respeto y no con asquito. Eres un asesino. Conformes. Pero porque adoraba a Muriel y decidiste retar a toda la sociedad en peso. Hasta Carol conservará un recuerdo de admiración por el hombre que cargó con toda la culpa. Conste, para que lo entiendas mejor, que yo dejé de ser policía hace una hora, en que envié un escrito, reglamentario, pidiendo mi retiro incondicional.

Cyril Wilmot, mordiéndose el labio inferior, llevaba un largo instante mirando el techo. Dijo por fin:

—Lo confieso y lo repetiré hasta saciarme. Yo era el amante de Muriel Kendal.

—Ah… Quedan explicados entonces tus móviles. Pero ¿por qué fingías cortejar a Carol? Ah, ya… Por si la necesitabas para tus planes.

—Por si la necesitaba para mis planes.

—Pero, claro, ella ignoraba totalmente que tú habías estrangulado a dos mujeres.

—Lo ignoraba totalmente.

—Tú enviaste a Carol a la hostería para asustar a Mary Atkins, sin más. Pequeña lección, a una charlatana. La prueba de que ella no pensaba matar a nadie, es que pudo haber matado a Sheridan. No lo hizo. Nada más, Wilmot. Luego, pasaré a recoger tu espontánea confesión. Por escrito y firmada.

Pasó Mason a la sala de visitas. Alzó Carol Charmer la cabeza.

—Wilmot acaba de confesar todo, Carol. Todo lo planeó él. ¿Su móvil? Fue el amante de Muriel Kendal.

—¡No! ¡Es una horrenda mentira!

—Haces bien en defender la memoria de tu madre, chiquilla. Pero el tribunal y el jurado no te creerán. Verán a una hija queriendo echarse las culpas y negando que su madre… Llora, chiquilla, que esto calma. El tiempo lo cicatriza todo. Llora y calla,

chiquilla.

En el corredor, llamó Mason:

—¡Hilary!

—A la orden, jefe.

—Siga de celador paseante.

Anthony Preston estaba en un bar, conversando animadamente con varios jugadores de billar. Miró a Sanders.

—Recorrí medio pueblo. El sargento Mason le cepera con anhelo.

—¿Sí? Vamos allá.

En el coche, indagó Prestan:

—El debió indicarle si sospecha mi identidad.

—Esta mañana me afirmó que usted era él enviado de Scotland, insinuando que podía ser por delicadeza que usted no quiso imponerse, dándose a conocer.

—El anónimo contra Mason lo envió Sheila Price, recortando las letras de la «True Magazine» a la que estaba abonada.

En su despacho, señaló Howard Mason las sillas:

—Acomódense y soporten mi pedante euforia. ¿Vendió muchos tractores de cinco palas, Preston?

—No están para comprar en el pueblo. Solamente hablan de un tema: las muertes que ha ido pregonando su auxiliar Cobb, vanagloriándose de que iba a catar al responsable.

—Y lo cazó. Puntualicemos, Preston. En su maletín, depositado en consigna al cerrarse la hostería, hinqué mi juego de llaves, hasta dar con la buena. Plena autoridad, señor. Yo registraba el equipaje de un viajante sospechoso. Su maletín contenía el expediente Kendal, con anotaciones curiosas en los márgenes. Sí, en efecto, me atrajo Muriel, pero siempre, hasta hoy, antepuse mi obligación a los latidos de mi voluble corazón, inspector Preston.

—Todo indicio debe ser estudiado hasta descartarlo, sargento Mason.

—Son veinte años de mi vida los que he perdido como policía, señor inspector. Como policía decente siempre. Y hoy… antepuse los latidos de mi voluble corazón a mi obligación. Hace una hora pedí, con carácter irrevocable, me fuese concedida la dimisión con retiro o sin retiro. Me da igual. Yo me he retirado ya, Tony Preston.

—Por favor… No debe tomarse tan a pecho… Escuche, nadie

puso en duda su honorabilidad…

—Tengamos el valor de nuestras convicciones, Tony. Y sin dramatismos. El motivo real por el que quiero volver a ser un rústico holgazán sibarita es que el epílogo del caso Kendal me ha afectado. Voy a delegar mi autoridad en usted, Preston. En una celda tiene a Cyril Wilmot, autor intelectual y material de las muertes de Basil Bond, Sheila Price y Elisa Simpson. En la sala de visitas, se halla Carol Charmer, inducida al frustrado intento de estrangulamiento de Mary Atkins.

—Particularmente, si tiene la bondad, le agradecería me indicase cómo llegó a la conclusión de este caso.

—Tomé muchas notas, la mitad de las cuales no servían para nada. —Y de un cajón extrajo una carpeta—. Necesitaba seleccionar entre la población a un hombre que tuviera plena libertad de desplazamientos y no llamase la atención de nadie en sus constantes andanzas con tiempo infernal. Un individuo que llevase una prenda en la cual faltasen unas fibras que se hallan en las uñas de Sheila Price y Elisa Simpson. Esta mañana. Sanders le explicó a Wilmot que en el estrangulamiento, la víctima araña. Wilmot sabía que le podían arañar el rostro mientras tuviera las manos ocupadas. Lo cubría con su amplia bufanda. Bufanda que llevaba este mediodía y que sustituyó por otra esta tarde, paseando con Carol. Envié las fibras a Londres. El análisis remitido por teletipo desde el laboratorio coincide en color y manufactura con la bufanda que Wilmot llevaba al mediodía.

Colocó Mason la hoja del teletipo sobre la mesa. Extrajo un cablegrama:

—El pasado de Muriel Kendal era bastante impreciso. Institutriz en un internado de Adelaida, vino de Australia hace unos tres años, residiendo en Londres. Ayer al mediodía, cablegrafié con respuesta urgente y pagada a una agencia australiana de información. La respuesta llegó esta tarde. En ella especifican lo que solicitaba. Averiguar qué familiares legítimos o no, tenía Muriel Kendal. En el Registro Civil de Adelaida, Muriel Kendal inscribió a una niña llamada Carol, hace veintidós años. Hija de padre desconocido. Haciendo uso de un derecho en vigencia allá, Muriel la inscribió con un apellido que eligió: Charmer.

Deslizó el extenso cablegrama sobre la mesa. Cogió un

telegrama:

—Respuesta del servicio de Extranjería londinense, al que solicité que buscasen en el archivo la coincidencia de fechas en hotel o pensión, de Muriel Kendal y Carol Charmer. Recién llegada a Londres, Muriel se inscribió en el hotel «Thames». Y con la misma fecha, se inscribió en el hotel «Northland», Carol Charmer. Ambas, pasajeras del mismo barco. La deducción es clara. Muriel nunca quiso que su hija pudiera sonrojarse de su origen ilegítimo. Se veían como dos amigas, ante testigos. Muriel leyó el anuncio de las hermanas Reos pidiendo institutriz y dama de compañía. Fue contratada. Cuando Sheridan necesitó una auxiliar, se presentó Carol.

Colocó nuevamente lo documentos en la carpeta, tendiéndola a Preston.

Norman Sanders había leído todos los documentos.

—Excelente tarea la suya; Mason. ¿Cómo tuyo lugar la muerte de Bond?

—Wilmot me llamó para confesar. Hizo una mascarilla de cera reproduciendo la cara de Muriel Kendal. Un palo, una túnica blanca, y de miedo o de furor, Bond tuvo el síncope. La oportunidad de matar a Sheila, se le presentó a Wilmot, por entera casualidad. La visitó por indicación de un colega. Tenía ganzúa y abrió le puerta.

A Elisa Simpson la mató porque había reconocido a Carol Charmer y sabía que le iban a desenmascarar, al relacionarle a él con Carol, Llegó a dominar por completo a Carol. La obligó a asustar a Mary Atkins. El móvil es poderoso. Wilmot as hombre de un solo amor. Y amó apasionadamente a Muriel Kendal, siendo correspondido. Fingió cortejar a Carol y hubiese seguido matando implacablemente. Es posible que quisiera matar a Sheridan, pero se opuso Carol. En fin, esto ya lo pondrán en claro los jueces.

—Mi enhorabuena, Mason. Regreso a Londres y comunicaré su gran capacidad y su irreprochable honorabilidad. Piensa en un posible ascenso.

Sonrió tenuemente Mason.

—No le agradaría a mi futura esposa que yo fuese un polizonte. Sí, yo no soy como Wilmot, un hombre de un solo amor. Al desaparecer Muriel Kendal, se extinguió mi atracción. La muerte al

hoyo y el vivo al bollo. Rústico pero sensato. Mi futura esposa es adinerada, además de bonita. Yo ignoraba que ella aguardaba mi iniciativa. Hoy lo supe. Voy a dedicarme plenamente a ella. Terminaré mi tarea de sargento rural, al tomar las declaraciones de Cyril Wilmot y Carol Charmer, por escrito. El gusto de conocernos ha sido mutuo, Preston.

A solas con Mason, insinuó Sanders:

—No mencionó el frustrado intento de Carol de matarle a ellos.

—Deje que me despida con todo honor. Sería ridículo verme obligado a admitir que una chiquilla pudo encañonarme.

—La chiquilla dominada por Wilmot entró sola, decidida a matarle.

—Yo me atengo a lo que confesó Wilmot espontáneamente.

—No consideraba a Wilmot tan altruista como para atribuirse todas las culpes.

—Yo tampoco. Por esto mismo, si lo confiesa es que es cierto.

—Me gustaría poder oír a Wilmot.

—No hay la menor dificultad. Lo tenemos a mano.

Ante la celda, dijo Mason:

—No se vaya, Cobb. Escuche, Wilmot, el fiscal desea hacerle preguntas.

—Vengan las preguntas —gruñó Wilmot.

—Una mascarilla de cera, ¿cómo se elabora?

—Con cera.

—¿Cómo se logra darle un parecido exacto?

—Dándoselo.

—Para pintar sobre cera, emplearía anilina en tubos, ¿no es cierto?

—Empleé lo que me dio la gana.

—¡Más respeto, cabestro! —rugió Hilary Cobb—. ¿Le sacudo, jefe?

—Suéltame las manos y a ver si te atreves a entrar, imbécil —desafió Wilmot.

—Encima, se hace el machote —refunfuñó Cobb—. ¡Asesino de viejas y de marmotas!

—Cállese, Hilary. Y usted, Wilmot, si contesta con más respeto, se beneficiará.

—¿Sí? ¿Me pondrán una cuerda envuelta en papel de seda?

Tanto si contesto bien como mal, me ahorcan igualmente. Prefiero enviar al cuerno desde el fiscal hasta al presidente.

—¿Su móvil, Wilmot? —inquirió Bandera.

—Muriel Kendal era mi amante.

—Curioso… Ahora contesta.

—Porque contesto a lo que me da la gana. Conozco el reglamento. No lo hay para un sentenciado a muerte. ¿Alguna pregunta más, fiscal?

—Sería perder nuestro tiempo. Nadie puede obligarle a hablar decentemente.

Por el corredor, comentó Sanders.

—Interrogar a Carol Charmer de nada serviría. Me diría que es falso lo que confiesa Wilmot. Que es una odiosa mentira. Lógica actitud en una hija, pensará el jurado. —Y sentándose en el despacho, prosiguió—: El defensor de Carol Charmer tendrá una tarea muy sencilla. El fiscal de Wilmot no tendrá que recurrir a oratorias. Le bastará citar un doble crimen premeditado. Horca sin remedio. No quiero ser el fiscal en este caso. Si me nombran por oficio, me inhibiré. Y le diré la razón. Usted dejó de ser policía hace unas horas. Yo no he renunciado a ser fiscal.

—Percibo una velada insinuación, Sanders —sonrió Mason, duros los ojos.

—La compasión por una huérfana no excluye la realidad de que dos mujeres murieron por culpa de dicha huérfana. Rectifico. El autor material fue Wilmot. ¿Inducido por su gran pasión hacia la memoria ele Muriel Kendal? ¿Impulsado por su afán de poseer a Carol Charmer? Interrogantes que persistirán siempre, porque Wilmot ya dio un botón de muestra de cuál será su actitud.

—Realmente estuvo grosero, pero no le vamos a pedir madrigales a un mulo inteligente.

—Cuando Wilmot le llamó o cuando usted en mi ausencia habló con Wilmot, ¿quién escuchó a quién? Otro interrogante, Mason. No es de mi incumbencia. Yo estoy pasando mi fin de semana muy privadamente.

—Muy privadamente también, no puede suponer que yo haya influido en el ánimo de Cyril Wilmot para declararse culpable con todas las responsabilidades. No es tan altruista.

—Pero sabe que le ahorcarán por las dos muertes materiales.

Una teoría, sin demostración posible, Mason: usted le pudo sugerir, que sería más viril la actitud del amante vindicativo que la del monigote acuciado por una jovencita.

—Otra teoría, sin demostración posible, Sanders. Desde el mismo día en que quedó presa, Muriel nunca volvió a ver a Carol. En cambio, Wilmot la visitó dos veces. Muriel le reveló que Carol era su hija. Pero, si planeó Muriel que su hija matase, no era tal madre sacrificándose. ¿Repitió Wilmot lo que le dijo Muriel o inventó? Quería poseer a Carol. Usted mismo lo reconoció. ¿Planeo Carol y obedeció Wilmot? ¿Planeó Wilmot y asustada se calló Carol?

—Esto sólo lo saben Muriel y Wilmot.

—Yo en su lugar, Mason, y perdóneme la petulancia, no permitiría que pudiera germinar en el cerebro de Carol la posible duda de que Muriel Kendal pudo haber sido la amante de Cyril Wilmot. En la teoría, sin demostración posible, de que usted quisiera evitarle un castigo material a una hija, podría condenarla de por vida a una eterna pesadumbre mental. Bien, el tiempo ha mejorado mucho, Mason. Es hora de que regrese a la capital.

En el umbral del porche, tendió Sanders la diestra:

—Celebro haberle conocido de tan cerca, Mason. Su declaración de boda futura, ¿cierta o no?

—Cierta, si es cierto que Katryn Diggle suspira por mi varonil prestancia.

—¿Katryn Diggle? Si me necesita, puedo influir en ella. Un sentimental como usted, es acreedor a compartir su romanticismo debidamente. Y como moraleja, un pensamiento ácido: en Scotland Yard desconfiaron de usted injustamente. Hoy… le ascenderían, si usted quisiera.

—No quiero. Por esto soy un hombre enteramente libre.

—Adiós, amigo mío.

Poco después, ante Carol Charmer decía Mason:

—Me consta que miente Wilmot al decir que fue el amante de Muriel Kendal, chiquilla. Pero si él ha decidido ir al patíbulo con un resto de gallardía, allá él. No se lo podrás Impedir.

Y Carol Charmer no lo pudo impedir, pese a sus protestas. El jurado se apiadó. ES defensor de Carol Charmer hizo, llorar a un periodista veterano, que consideró abusiva la condena a dos años a

la que había sido juguete de un criminal insensible a todo lo que no fuese vengar a su amante. Un criminal que se encerraba en mutismo o lanzaba desplantes ante algunas preguntas. Y que subió a la horca expresando su arrepentimiento por no haber sido capaz de llevar hasta el fin su venganza.

Katryn Diggle aceptó la petición de su blanca y enjoyada mano por Howard Mason.

Hilary Cobb, sargento rural… vigilaba con cautela a sus auxiliares. Los acechaba con gran desconfianza, cuanto más «duros de mollera» aparentasen ser.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.